POESÍAS

DE

DON JULIAN ROMEA,

Segunda edicion aumentada considerablemente.

SEVILLA:
Imprenta: Librería Española y Extrangera,
calle de las Sierpes núm. 35.

1861.

POESÍAS.

22 ans
R. 75. 195
3000
BIBLIOTECA DE ANDALUCIA Granada
ANT
XIX
545

POESÍAS

DE

D. JULIAN ROMEA,

Segunda edicion aumentada considerablemente.

SEVILLA:
Imprenta: Librería Española y Extrangera,
calle de las Sierpes núm. 35.

1861.

« . . . . . .
. . . . . .
¡Qué triste compañero,
Pero qué fiel es el dolor! ¡No deja
Solo jamás al triste que acompaña;
De su aurora solícito lucero;
Estrella de su noche, que la baña
Con luz, que hasta en su sueño se refleja.
. . . . . .
. . . . . »

MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ.

ÍNDICE.

TÍTULOS.	PÁGINAS.
El Tiempo.	9.
Recuerdos.	21.
Primer cántico de Moisés.	29.
Al Sol naciente.	35.
A Zaragoza.	41.
Una noche en la Alhambra. *(Meditacion).* . . .	47.
Roma moderna. *(Traducido libremente de Fulvio Testi)*	57.
Salmo CXXXVI. *(Traduccion libre).*	61.
Traduccion del italiano.	64.
A la Luna.	65.
La Fé cristiana.	70.
Canto. Al nacimiento de la Princesa de Asturias.	79.
A la guerra de Africa. *(Oda).*	90.
La Muerte de Jesus.	102.
En la coronacion de Quintana..	110.
En la torre de Tavira.	115.
A D. Ventura de la Vega. *(Epístola).*	125.
A Elvira. *(Cancion).*	137.
A un Lucero..	143.

TÍTULOS.	PÁGINAS.
Un suspiro.	148.
Ella.	151.
Mi Esperanza.	156.
Cancion.	162.
A Lope de Vega. *(Improvisacion).*	167.
Cancion.	173.
La Flor perdida.	179.
Serenata.	182.
A una flor.	186.
A Elvira. *(Cancion).*	189.
A.....	195.
Las Flores secas.	198.
A María.	205.
El Duelo.	210.
La Golondrina.	218.
Romance. *(Escrito para el album de la Sra. doña Tomasa Andrés de Breton de los Herreros).*	222.
A mi hijo dormido.	226.
Celos.	232.
La Primavera.	237.
Improvisacion. *(Al pasar los restos de Calderon de la Barca por delante del teatro del Príncipe.*	242.
El amanecer. *(Para un album).*	245.
La Flor del valle. *(Para un album).*	249.
El Paseo.	251.
Romance. *(Para la Corona fúnebre de D. Alberto Lista)*	260.
El Proscripto.	264.
Para un album.	269.
A mi sobrina Luisa.	275.
Para un album.	278.
A un arroyo.	281.
Para el album de la distinguida pianista señorita Doña Penélope Bigazzi.	285.

TÍTULOS. PÁGINAS.

El 2 de Febrero. *(Improvisacion).* . . . . . 290.
Al natalicio del Príncipe de Asturias. . . . . 296.

SONETOS.

Un Barco. . . . . 301.
A una Fuente. . . . . 302.
Dos años despues. . . . . 303.
A la tumba de Calderon, *el dia despues de la muerte de Espronceda.* . . . . . 304.
A Cristo en la Cruz. . . . . 305.
El Sol poniente. . . . . 306.
A Sevilla. . . . . 307.
A una Nube. . . . . 308.
Una Lágrima. . . . . 309.
A Elvira. . . . . 310.
Una Flor . . . . . 311.
Adios al Verano.. . . . . 312.
Noche sin sueño. . . . . 313.
A Elvira. . . . . 314.
A la muerte del eminente actor Cárlos Latorre. . 315.
Traducido libremente del Petrarca. . . . . 316.
Al Corazon. . . . . 317.
Traducido libremente del Dante. . . . . 318.
Soneto. . . . . 319.
Soneto. . . . . 320.
Al Sueño. . . . . 321.
Para un album. . . . . 322.

EL TIEMPO.

Verumtamen in imagine pertransit homo.....
David, Salmo 38, Vers. 9.

I.

¡Triste noche solitaria,
A cuyo silencio dulce
El sueño con sus cadenas
El cuerpo del hombre entume!

A tu sombra misteriosa
Mis ojos al cielo suben,
Embebecidos girando
Por sus campañas azules.

Miro ese velo flotante
Que ricos bordan y pulen
Cien encendidos luceros
Con sus inquietas vislumbres.

Miro esos globos de fuego
Cuajando el dosel ilustre
Como rica argentería
Por sus visos y sus luces.

La pura y blanca azucena,
Que erguida en el tallo sube,
De reina de los pensiles
En su brillantez presume;

Mas cuando tu negro manto
Rico de estrellas sacudes,
Avergonzada, sus hojas
Entre su ramaje encubre.

Que en vez de flores terrenas,
Al trono de Dios le cumplen
Sobre su alfombra de cielo
Flores de encendida lumbre.

¡Rica eres, noche! y tu gala
Que el poder de un Dios descubre,

Las grandezas de la tierra
En el hondo polvo sume.

Los imperios que pasaron
Se alzan de sus tumbas lúgubres
Y cual jigantes espectros
A mi pensamiento acuden;

Y sobre ellos tus luceros
Arden en sus altas cumbres,
Como dorados blandones
Sobre inmensos atahudes.

II.

Un tiempo fué, cuando de lauro ornada
De Babilonia la orgullosa frente,
A orillas del Eufrátes asentada,
Rica de gloria la miró el Oriente.

Desde el mágico Eden de sus jardines
Reina feliz se contempló del Asia;
Adormida en sus báquicos festines,
Envuelta en humo de fragante casia.

Vió sus ricos alcázares cubiertos
De cuanto el lujo imaginó oriental,
Y el encendido sol de los desiertos
Reverberó en sus puertas de metal.

Hoy de reptiles y de escombros llena
Yace de los sepulcros en la calma;
Hoy entre mares de infecunda arena
Se mece allí la solitaria palma.

El pueblo de Israel se vió triunfante;
Docto en la ley, valiente en la pelea:
Cual activo hormiguero pululante
Los campos inundó de Galilea.

El brazo del Señor su frente escuda,
Armas le dió contra el tirano impio,
Y transitable el mar, y en lluvia muda
Cuajadas perlas de vital rocío.

Mas hoy que al peso del celeste azote
Vaga en la tierra la nacion maldita,
Sirve de befa ó de insultante mote
El deshonrado nombre israëlita.

De las altas pirámides aun canta
La inmensa duracion su mármol yerto,

Y la encumbrada cúspide levanta
Centinela gigante del desierto.

Pueblos, reyes, soldados, contemplaron
Pasar y huir desde su antigua infancia,
Hasta el dia en que atónitas miraron
Al gran coloso que abortó la Francia.

Al frente de sus bélicas legiones,
Con el orgullo que la gloria inspira,
Llegó el señor de cetros y naciones
Y ante la vieja mole calla y mira.

Sus miradas en ella se fijaron;
Y al saludarla en militar estilo,
Las tumbas faraónicas temblaron
Y enmudeció su catarata el Nilo.

¡Miradle bien! A Europa dictó leyes:
Fué tal su gloria y sus victorias tantas,
Que el recamado manto de los reyes
Fué tapete humildísimo á sus plantas.

Pues esa voz que respetaba el mundo,
Que no halló nunca á sus mandatos valla,
Hoy en silencio funeral, profundo,
Bajo la losa de la tumba calla.

Tambien vosotras, encumbradas moles,
Trocada en polvo vuestra erguida frente,
Arrastradas seréis tras tantos soles
Del ronco Nilo á la veloz corriente.

Guadalquivir, cuyas sonantes olas
Lánzanse altivas entre arenas de oro
Desde las ricas costas españolas
Hasta las playas del inculto moro.

Al hombre vió que comprendiendo solo
De otra region la oculta maravilla,
Pronto á lanzarse al escondido polo
Saluda al paso á la imperial Sevilla.

De la armada miró, que el puerto abruma,
Henchirse en popa las tendidas velas,
Y encanecerse el mar de blanca espuma
Al zarpar de las largas carabelas.

Aquellas ondas vírgenes sintieron
Por vez primera la cortante quilla;
Bajo su peso atónitas gimieron
Abriendo paso á la remota orilla.

Un mundo ofrece de Colon la mano
De Aragon y Castilla al cetro doble,

Clavando en el confin americano
Del Católico rey la enseña noble.

Y conseguido su gigante empeño,
Y acatando á su rey la indiana gente,
Fué el Atlántico mar cauce pequeño
De sus ricos tesoros al torrente.

El imperio Español de ciento en ciento
Pueblos y reyes á sus piés miraba,
Y ese sol que domina el firmamento
De alumbrar su extension se fatigaba.

Hoy de la libertad el árbol santo
Robusto crece en la region indiana;
Y en aquel suelo que empapara el llanto
La bandera ondeó republicana.

El pueblo de Mahoma en su fortuna
Las playas inundó del mar de Atlante,
Y tremolando la africana luna
Del Tajo al mar, se desplegó triunfante.

Mas hoy, Granada, el árabe entre enojos
Gime en la arena de su ardiente suelo,
Buscando en vano sus cansados ojos
El puro azul de tu brillante cielo.

Al nombre de Granada aun se estremece;
¡Suelo de bendicion y de alegría,
Donde la rosa en el invierno crece
Bajo el sol de su hermosa Andalucía!

Inclina al pecho la abatida frente
Por los soles del Africa tostada:
¿Qué es á sus ojos el tendido oriente
Si una Alhambra hay no mas, y está en Granada?

No se oyen ya los ecos de la zambra,
Que el canto de Israël entró á acallarlos,
Cuando á la faz de la arabesca Alhambra
Su alcázar imperial levantó Cárlos.

¡Cárlos! Señor del índico hemisferio,
Y del suelo aleman, y el castellano:
La suerte respetó su inmenso imperio;
Murió feliz; pero *murió* el tirano.

III.

Así del mar de la vida,
Allá en los senos oscuros

Duermen las pasadas glorias
Entre el oleaje turbio.

Y los dias, y los años
Deslizándose uno á uno,
Van cayendo de la nada
En el abismo profundo.

Que mientras el hombre goza,
El tiempo vela sañudo,
Y va formando los siglos
Con los perdidos minutos.

Sobre las ruinas sentado
Mira con semblante adusto
Cien y cien generaciones
Que van pasando en tumulto;

Y la que va descendiendo
Con incierto pié caduco,
Vuelve su triste mirada
Desde el borde del sepulcro,

Á la que jóven y bella
Levanta el cuerpo robusto,
Lleno el corazon de vida,
Llena la frente de orgullo;

Que no recuerda siquiera,
Embebecida en sus gustos,
Que la acechan implacables
Los ojos del tiempo crudos;

Que como el tigre, la aguardan
Entre las flores ocultos,
Y la van acompañando
Hasta arrojarla en el túmulo.

Y si en su tránsito breve
Por esta tierra de luto,
Monumentos y palacios
Alzar acaso la plugo,

No bien á la hueca tumba
Baja á pagar su tributo,
Sobre ellos su helada mano
Revuelve el tiempo iracundo:

Porque está escrito que, en tanto
Que el orbe siga su curso,
Sobre el hombre y su poder
Cantará el tiempo su triunfo.

Hasta aquel tremendo dia,
En que del clarin agudo

Al sonido temeroso,
Crujan los ejes del mundo:

Cuando el sol hecho pedazos,
De Dios ministro sañudo,
A hacer cenizas los orbes,
Caiga en ardiente diluvio.

Entonces irá el magnate
Que rica corona tuvo,
Rozando su altiva púrpura
Con el pordiosero inmundo:

Entonces, iguales ambos,
Y en su miseria confusos,
Llegarán ante su Dios,
Triste barro, polvo mudo.

RECUERDOS.

¡Fértiles prados de la pátria mia,
Ricos de flores, de alamedas llenos;
Valles frondosos de apacible sombra,
Campos amenos!

¡Suelo querido, dó entre paz y dichas
Dias felices para mí corrieron!
¿Dónde están, dime, tan hermosas horas?
¿Dónde se fueron?

¿Dónde tus bosques de azahar que al aire
Tienden sus ramos esparciendo olores?
¿Dónde tus fuentes que al invierno mismo
Visten de flores?

¿Dónde tu brisa que al pasar ligera
Templa de julio las ardientes calmas?
¿Dónde su aliento que con blando arrullo
Mece tus palmas?

¡Ya solo queda para mí de tantas
Tiernas memorias el murmullo vano!
¡Dulce gemido que del arpa herida
Suena lejano!

Ese tu cielo, descuidado niño,
Alta la frente, despejada y pura,
Vióme en las vegas que con limpias ondas
Baña el Segura.

Aun me parece que su sol contemplo
Ir tramontando la lejana cumbre,
Roja vibrando en sus postreros rayos
Vívida lumbre.

Víale hundirse, y mis miradas luego
Acia la luna que tras él venía,

Niño inocente, sin saber la causa
Tristes volvía.

Fijos los ojos, suspendido, absorto,
Viéndola hermosa blanquear los llanos,
Sobre mi pecho con amor cruzaba
Ambas las manos.

Mi alma sentía al admirar su marcha,
Siempre seguida de la blanca estrella,
Mil pensamientos cual su luz tranquilos,
Vagos como ella.

Ora en los brazos del dormir, que ansioso,
Tierno guardaba el maternal anhelo,
Leves cruzaban mi dormida mente
Sueños del cielo.

Ora sumido en infantil asombro,
Lleno del ánsia que el dormir aleja,
Cerca del fuego del hogar oía
Ráncia conseja.

¡Ay dulces horas, cuanto dulces, breves!
¡Cuán presto al fondo de la nada huyeron!
¡Cuán presto llenas de amargura y luto
Otras vinieron!

¡Madre del alma, cuyo amante beso,
Dulce, inefable, me halagara un dia!
Ya nunca á verte volverán mis ojos....
¡Ay, madre mia!

Ya de mirarte, venerable anciano,
Nunca á mis ojos volverá el consuelo:
Noble tu alma, entre las almas justas
Vive en el cielo.

Fué, padre mio, tu tranquila muerte,
Fin de una vida de virtudes llena,
De un dia claro, despejado, limpio,
Noche serena.

Nunca mis labios besarán filiales,
¡Triste certeza que mi llaga encona!
La que ceñías de cabellos blancos
Santa corona.

¡Nunca! ¿Quién sabe? Mi sufrir me cansa;
Tal vez muy pronto á su rigor sucumba:
Tal vez muy pronto de la tuya al lado
Se alce otra tumba.

¿Qué hallé en la senda del vivir, Fortuna?
Sueños; ¡ay! sueños, que veloz arruinas:

Flores acaso; mas por cada rosa
¡Cuántas espinas!

Tal vez mis sienes de la ansiada gloria
Frescas las hojas del laurel sintieron;
Frescas venian, y al tocar mi frente
Secas murieron.

Ya no te basta, corazon herido,
Esa corona que tus sueños era;
Ya no te guía la del arte, hermosa,
Santa lumbrera.

Una luz pura, cual la estrella blanca
Que alta en los cielos rutilante gira
Viste á lo lejos, y á su encuentro fuistes;
Era tu Elvira.

Bella y altiva, pero niña tierna;
Rosa galana del florido suelo;
Blanca paloma de amoroso arrullo;
Angel del cielo.

¡Cómo la amaste, corazon, y cuánto!
¡Ay! la ternura que inundó tu vida,
Era en un mundo material y seco
Planta perdida.

¿Qué fué aquel cielo que á tocar llegaste
Y hoy de tí lejos sin piedad se lanza?
¿Qué tus soñadas ilusiones bellas?
¿Qué tu esperanza?

Nube lijera que deshizo el viento;
Flor delicada que secó el estío;
Pobre arroyuelo, cuyas claras aguas
Trágase el río.

¿Y aun entre angustias tu llorar reprimes?
Deja esa lucha donde nunca vences;
Llora, sí, llora, y de tu tierno llanto
No te avergüences.

¿Qué nos importa que nos mire el mundo?
Sufre sus burlas con orgullo y calma:
Tiene flaquezas en su vida el hombre
Que honran al alma.

Otros del arpa las vibrantes cuerdas
Pulsen y canten el poder, la gloria;
Llanto, y dolores, y ternura siempre,
Esa es tu historia.

Y ¡ay del que nunca en sus enjutos ojos
Ese rocío celestial sintiera!

Lástima ténle, que en su pecho abriga
Alma de fiera.

Llora, sí, llora, y que nos mire el mundo;
Sufre sus burlas con orgullo y calma:
Tiene flaquezas en su vida el hombre
Que honran al alma.

EL PRIMER CÁNTICO DE MOISÉS.

"Cantemus Dómino, etc."

¡Cantemos al Señor! Tendió su mano
Sobre el bosque de egipcios capacetes,
Y los arrolla como polvo vano,
Y hunde en el mar caballos y ginetes.

Él es nuestro poder; la grey perdida
Por Él feliz y victoriosa vemos;
Él es nuestra salud, Él nuestra vida,
Himnos al Dios de Sabaót cantemos.

¡Es nuestro Dios! Eterna en su memoria
Está la suerte de su pueblo fiel:
Es nuestro Padre; y su infinita gloria
Publicarán los hijos de Israël.

De Faraon contra la grey precita
Combate el mismo Dios omnipotente,
Y al fondo de las aguas precipita
Carros, y lanzas, y ganado, y gente.

Contra el pueblo de Dios acometieron;
Y vuelto su furor contra sí mismos,
Los escogidos príncipes cayeron
Como pesada peña en los abismos.

El rayo asolador tu mano vibra,
Dios de Israël, y á Faraon lo arroja;
Y el gran prodigio que á tus hijos libra
Del triunfo y de la vida le despoja.

Junto el poder de la nacion impía
Vimos caer á tu furor divino,
Cual hoja seca en tormentoso día
Al ímpetu rodar del torbellino.

Pronto á arrojarse el enemigo bando
Sobre tu pueblo de amargura lleno,

Sus espumosas olas separando
El indómito mar abrió su seno.

«Perseguidlos», sus Sátrapas decian;
Y se arrojaron como tigres bravos;
«Perseguidlos», en coro repetían;
«Vuelvan á ser de Faraon esclavos.»

Y desnudando la cortante espada
Iban diciendo en ronco clamoreo:
«Quede la infame raza esterminada,
«No vea el nuevo sol ningun hebreo.»

Tu santa diestra entonces retirando
Del ronco mar, que reprimido muge,
Las entumidas ondas desatando
Vivos los traga en su tremendo empuje.

¡Quién como tú, Señor! Ora apacible
Tus dones viertas como Padre tierno,
Ora castigue tu poder terrible,
Siempre eres Dios, maravilloso, eterno.

Cayó ante tu poder el vil tirano,
Y su estéril despecho no desfoga,
Que al vernos libres por tu santa mano
Antes que el agua su furor le ahoga.

Tú lo quisiste, y la enemiga gente
Por tus hijos, Señor, quedó vencida;
Tú lo quisiste en tu infinita mente,
Y ellos verán la tierra prometida.

A atajar en su marcha á los hebreos
Los irritados pueblos se alzarán;
Entonces los altivos filisteos
Cual un tiempo lloramos llorarán.

Entonces temblarán los de Iduméa,
Viendo aterrados con sus ojos fijos,
Rendirse ó perecer en la peléa
De Canaán los asombrados hijos.

Caiga de tu poder el duro azote,
Caiga, Señor, sobre su frente impura;
Tu espada en sangre criminal se embote,
Y niégueles la tierra sepultura.

Huyan, Señor, á la señal primera
Viendo pasar al que tu pueblo nombras,
Como al subir el sol á su carrera
Lanza ante sí las denegridas sombras.

Guíanos tú, Señor; y la cancion
Que nuestras lenguas alzarán allí,

BIBLIOTECA DE ANDALUCIA Granada

Repetirá en sus ámbitos Sión,
Y en su encumbrada cima Sinaí.

Sí, nos conducirás á la morada
Que alzaste tú para que al mundo asombre,
Donde guardando el arca venerada
Siglos de siglos reinará tu nombre.

¡Gloria, gloria al Señor omnipotente
Que dió en el mar con su poder divino,
Horrible tumba á la precita gente,
Al pueblo de Abraham fácil camino!

AL SOL NACIENTE.

Es el dia: mirad: ¿no veis distinta
Irse marcando en el tendido oriente
De tibia claridad delgada cinta,
Que empujando las sombras á occidente
Crece, y se estiende, y tornasola, y pinta
De azul y plata el cielo trasparente?
Un dia mas en lo pasado yace:
Un nuevo dia en el oriente nace.

Todo te anuncia, ó sol: de la alborada
Las perfumadas auras susurrantes
Meciendo la floresta de pasada:
Del lucero tan caro á los amantes
La cariñosa luz casi apagada:
Y esas de lumbre ráfagas brillantes,
Que inundan ya la iluminada zona,
Las puntas son de tu inmortal corona.

Y te aclama, te inciensa, te saluda,
De hombres y fieras, de árboles y flores
El número sin fin; todo se muda;
Y se visten de mágicos colores
El monte colosal, la selva ruda;
Y trinan acordados ruiseñores;
Todos á tí sus cánticos levantan,
Y en himno universal los orbes cantan.

La noche al fin despareció lijera
Arrastrando su fúnebre cortejo;
Sube tú, ó sol, á la azulada esfera
Vivificando el mundo á tu reflejo;
Del Atlántico mar que ya te espera
Sal á mirarte en el tendido espejo,
Cuyo cristal de piélagos profundos
En inmenso viril ciñen dos mundos.

Esas de roja púrpura y de gualda
Lijeras nubes á tu empuje rotas,
Baña del prado la mullida espalda;
Hiera la luz que rutilante brotas
Las que cubren su alfombra de esmeralda
De matinal rocío blancas gotas,
Fingiendo así con sus vislumbres ricas
Que de puros brillantes la salpicas.

Mirad, mirad; sobre la enhiesta altura
Que ardientes cruzan encendidas rayas,
Despliega ya su régia vestidura,
Y en viva luz inunda nuestras playas;
Vedle: entre la selvática verdura
De toscos pinos y robustas hayas
Vívidas llamas de su frente arroja,
Y el monte enciende con su lumbre roja.

Salve, inmenso fanal y refulgente,
Que tras la aurora, tu querida hermana,
Que en alas va del perfumado ambiente,
Con tu manto magnífico de grana
Y entre mares de luz resplandeciente
Vienes con tu grandeza soberana,
Al traspasar las orientales puertas
De par en par á tu camino abiertas.

¡Qué pequeño se mira y deleznable,
Y cómo hundido en su miseria gime
Al contemplar el hombre el formidable
Brazo que en tí la claridad imprime!
¿Qué es él, pobre gusano miserable,
Ante el que hizo esa máquina sublime,
Si eres tú mismo, con riqueza tanta,
Pobre escabel de su divina planta?

Un siglo y otro siglo van pasando
Bajo tu solio de diamante puro,
Y á la honda eternidad ráudos bajando;
Que cual livianas sombras, del futuro
El insondable mar los va soltando,
Y apenas brotan de su centro oscuro
Asoman, llegan, pasan, y se hunden,
Y en remolino eterno se confunden.

Y alcázares, castillos, catedrales,
Torres de acicalados botareles,
Prodigios del buril, arcos triunfales,
Columnas de dorados capiteles,
Pirámides de mármol colosales,
Armados lijerísimos bajeles,
Y ejércitos, y tronos, y conquistas,
Tras ellos van cual frágiles aristas.

¿Qué fué de la opulenta Babilonia?
¿Qué de Mènfis, y Nínive, y Corinto?
¿Y de Troya, y de Tébas, y de Ausonia;
De Creta y su famoso laberinto;
De Cartago, y Palmira, y Macedonia;
Y de Numancia y su inmortal recinto?
Cayó de todas apagado el astro
Dejando apenas de su vida rastro.

Tú entre tanto los giros que acostumbras,
Y te marcaron leyes eternales,
Sigues por ese cielo en que te encumbras:
Y á sus bienes ageno y á sus males,
Tranquilo, igual, indiferente alumbras
Chozas humildes y palacios reales;
La tierna flor que en el jardin se mece,
Y la amarilla que entre tumbas crece.

Y mientras que en su torpe desatino,
Y con su ciega vanidad iluso,
Luchando el hombre va contra el destino
Por este valle en que su Dios le puso,
Encima de ese pobre torbellino,
Que llega apenas hasta tí confuso,
Cual sobre un hormiguero que pulula
Tu gran bandera reposada ondula.

Déjale que en sus varios pensamientos
Alce templos, y puentes, y obeliscos,
De su loca soberbia monumentos;
Caer los verás de sus altivos riscos
Como viste caer los opulentos
Alcázares feudales ó moriscos;
Como antes viste derrocadas, yermas,
Las de alabastro regaladas termas.

Y esa estension que con tu disco ardiente
En luminosa inmensidad abarcas
Cruza sereno: y si el clamor doliente,
Mientras los dias con tus giros marcas,
Llega hasta tí de la afligida gente,
Seca al pasar las humeantes charcas
De sangre humana, y sigue tu camino,
Abandonando el mundo á su destino.

Á ZARAGOZA.

¡Salve, noble Ciudad y valerosa,
Cuya frente gloriosa
Ceñida de laureles se levanta!
¡Tú, que en la guerra santa
De Independencia nacional te alzaste
Y al águila altanera
Paraste en su carrera
Y su tremendo empuje rechazaste!

¡Tú, que sin otras armas
Que el pecho de tus hijos por escudo
Volaste á la victoria
Escalando las cumbres de la gloria,
Zaragoza inmortal, yo te saludo!
Y al contemplar mis ojos
Esas deshechas torres,
Y tu frágil muralla derribada,
En propia sangre y del francés bañada,
Tus hechos memorables
Mi mente acalorada
Vivos se representa,
Y al corazon acude arrebatada
La sangre aragonesa que me alienta.
Y santo y noble orgullo el pecho inunda
Al recordar que entre su noble ruina,
Padron glorioso de española audacia,
No envidian El Portillo y Santa Engracia
Palmas de Marathón y Salamina.

A la apacible sombra
De tus álamos blancos reclinada;
Del Ebro caudaloso
Por las corrientes límpidas bañada;
Rodeada de mirtos que mecian
Las auras del Moncayo,
Y de tiernos pimpollos que se abrian

Del Sol naciente al amoroso rayo,
Descuidada y en paz, feliz matrona,
En brazos de tus hijos reposabas,
Y en tu frente purísima ostentabas
Tu entonces ya magnífica corona.

Un grito de repente
Llega hasta tí de inesperada guerra,
Unido al que doliente
Baja de la alta sierra
Tremendo á publicar que estraña gente
Entrando va tu profanada tierra:
Y como el ronco trueno
Al relámpago sigue, al triste grito
Sigue de cerca el rechinar horrible
De trenes y cañones,
Y el rudo galopar de los caballos,
Y el pisar de apretados batallones.
«Alto, á lidiar; ¡traicion! á mí, hijos mios:
«¡España y libertad», fiera gritaste;
Y acudieron sus almas generosas,
Y tú sobre sus frentes valerosas
La santa cruz del Salvador alzaste.

Dignos de tí vinieron
Los que tu brio acometer osaron:
Que á tal no se atrevieron,

Ni delante de tí se presentaron
Con la frente serena,
Sin que antes á la Europa avasallaran
Y sus doradas águilas orlaran
Verdes laureles de Marengo y Jena.

Así es mayor tu gloria:
Los que vieron cual frágiles aristas
Caer cetros, y reyes, y naciones
Hollados en las rápidas conquistas
De sus bien enseñados escuadrones,
Con asombro y respeto
Ven á tus hijos fuertes
Que entre el ronco clamor de la batalla,
Y al seco redoblar del parche herido,
Y al tremendo rugir de la metralla,
Y del que espira al fúnebre alarido,
Y al crujir espantoso
Del desplomado techo,
Tras la vigilia de la noche larga,
Tranquilo el corazon, desnudo el pecho,
En confuso monton van á la carga.
Y una vez, y otra vez, el choque rudo
De la aguerrida gente rechazando,
Y un muro de cadáveres y escombros
En la rasgada brecha levantando,
A los pueblos asombras,

Que en tí sus ojos fijan,
Y de Entenza y de Flor las nobles sombras
En tu gloria inmortal se regocijan.

Esos tus bravos hijos
Dignos hermanos son de los que un dia
Con increible arrojo,
Desafiando el hambre y el cansancio,
Ante las barras de Aragon ilustres
Temblar hicieron á la gran Bizancio.

Eterna vivirás, ó Zaragoza:
Y para el pueblo que en futuros tiempos
Oprimido se sienta,
Y en las páginas limpias de la historia
Tu valor sin segundo lea escrito,
De santa guerra y de futura gloria
Tu inmaculado nombre será el grito.
Sí, que ya en nuestros dias
Otra ciudad valiente
Tus ejemplos magnánimos imita:
A sacudir el yugo que la agobia,
Entre rios de fuego moscovita,
A tu nombre inmortal lidia Varsovia.

Honor á tí, que en tan horribles pruebas
Tu fama eternizaste,

Y briosa ganaste
De invicta el nombre que glorioso llevas.
Invicta, sí, invencible;
Que si tu puro suelo al fin pisaron,
Fué porque juntos sobre tí cayeron
La peste, el fuego, el hambre,
Y en tus entrañas su furor cebaron:
Los rigores del cielo te postraron;
Las fuerzas de los hombres no pudieron.

UNA NOCHE EN LA ALHAMBRA.

MEDITACION.

I.

¡Silencio y soledad! Todo en el suelo
Calla y reposa; el llanto y los placeres.
Bajo el azul del granadino cielo,
Noche de bendicion ¡qué hermosa eres!

Á tu sombra dulcísima, tranquila,
Ese murmullo de la clara fuente,
Que bulle y salta de la blanca pila
¡Cómo refresca el corazon doliente!

Tu dulce brisa que el jardin oréa,
Vuela, el aroma de la flor llevando;
Blandamente los árboles menéa
Entre sus blancas hojas suspirando.

Y al respirar tu embalsamado aliento
Inciertas oigo entre las brumas frías
Vibrar y huir, perdiéndose en el viento,
Cien mágicas lejanas armonías.

¿Es del arcángel el sonoro vuelo?
¿Es el eco del mundo que retumba?
¿Es que suspira el adormido cielo,
O que se queja la olvidada tumba?

¡Quién lo sabe? Tal vez los que murieron,
Asomados al borde de la huesa,
El mundo de miseria en que vivieron
Á través miran de tu sombra espesa.

Una lágrima acaso de amargura
Ardiente sube hasta sus ojos yertos,
Y no envidian del vivo la ventura
Desde sus tumbas cóncavas los muertos.

Quizá la sombra de Alamar errante
Por ese alcázar asombrada vuela

Al ver la enseña de la cruz flotante
Sobre la antigua torre de la Vela.

«¿Qué es del danzar entre el alegre ruido
«Del canto y los metálicos lelíes,
«Al pié del arrayan entretejido
«Con guirnaldas de rosas y alelíes?

«¿Qué se hicieron los sabios del Oriente?
«¿Qué se hicieron las huestes granadinas?
«¿Era vencible tan guerrera gente?
«¿Qué lanza atravesó sus jacerinas?»

Y ni un sonido su tormento templa;
Solo el viento en los ámbitos suspira;
Donde las lunas vió, la cruz contempla;
Donde antes el *Coram*, la *Biblia* mira.

Y corre, y gime, y á sus hijos llama,
Y cuanto escucha y ve su mente ofusca,
Y sus miradas ávidas derrama
Sin encontrar lo que anhelante busca.

Y los lugares con horror dejando
Que conquistó su triunfadora espada,
Vuelve á la tumba con dolor gritando:
«¡Ay, mi cielo español! ¡ay, mi Granada!»

Allí do un dia contempló luciente
La mansion de los Césares el Lacio
Levanta acaso la empolvada frente
La noble sombra del valiente Horacio.

Y al llevar sus pisadas silenciosas
Al Capitolio, que humilló el destino,
Busca en vano las haces victoriosas,
Padron glorioso del valor latino.

Y gime, y llora con dolor profundo
Al ver á Roma tan de sí olvidada:
La antigua Roma, emperatriz del mundo,
Bajo el yugo levítico postrada.

Los ilustres blasones despedaza
Que conquistó sobre el cortado puente,
Y al contemplar su envilecida raza
Hunde otra vez la avergonzada frente.

Genio infernal en el Pirene alzado
Sus ojos abre en desdichado dia,
Y á los nevados picos asomado
Feroz los tiende por la patria mia.

De paz y gloria el porvenir dichoso
Que aguarda á España su rencor provoca,

Y su anatema lanza, y pavoroso
Repitiéndose va de roca en roca.

«El recio son de la animada trompa
«Escuche España con espanto mudo;
«Truene el cañon, y que los aires rompa
«Del ronco batallar el choque rudo.

«Los arados en lanzas y en arneses
«Tus irritados hijos trocarán:
«Con sangre humana crecerán tus mieses;
«Con sangre humana amasarás tu pan.»

Dijo; y alzando fúnebre alarido
La discordia fanática corria:
Del cañon de Arlaban al estampido
El cañon de Luchana respondia.

Y allá en la hora en que el mortal sosiega
El militar estrépito retumba,
Y vibrador y resonante llega
De nuestros padres á la hueca tumba.

Y alzándose en su fúnebre recinto
Gimen al ver desde su frio lecho
En española sangre el suelo tinto
Desde la mar cantábrica al estrecho.

No hay duda: no: los hombres que pasaron
Por permision de Dios vuelven al mundo
A ver la nada que inmortal juzgaron,
Y humildes lloran con dolor profundo.

Y entonces es cuando en los aires suena
Hondo gemido que doliente gira
De la esclava Sion á Santa Elena,
De las ruinas de Itálica á Palmira.

Y ¡quién sabe! Mil veces ¿no pensamos
Ver una sombra deslizarse incierta,
Y si es delirio del soñar dudamos,
O realidad de la razon despierta?

Quizá su paso entre la noche oscura
No es ilusion que nuestra mente encierra;
Es que una mano abrió su sepultura;
Es que gritó una voz: «Sal de la tierra;

«Sal, y del hombre por su Dios maldito
«La dulce calma y el dormir ahuyenta,
«Y la imágen feroz de su delito
«En tremenda visíon le representa.»

Llega, y le hiela con su mano fria,
Y del cobarde corazon escucha

El hondo relatir y la agonía,
Con la que el triste jadeante lucha.

En tanto el justo en su tranquilo lecho
De bellos íris lo futuro tiñe:
Baja la calma á su inocente pecho,
Y con sueños de paz su frente ciñe.

Sí, noche, tú eres grande, tú eres bella,
Por mas que intente disputarlo el día:
No trueques, no, por tu menor estrella
Su rutilante sol y su alegría.

Si él hace alarde de su lumbre pura,
Ostenta, ó noche tu blason tambien;
Recuerda al mundo que á tu sombra oscura
El hombre Dios apareció en Belen:

Que le viste de arcángeles cercado
De vida y gracia derramar la luz,
Y alzar entre el Eterno y el pecado
Como enseña de paz la santa cruz.

II.

Sí, noche, sí, tú eres grande
Con tu silenciosa pompa,

Y ese tu manto magnífico
Que mil luceros tachonan.

Entre esos hombres que bullen,
Y se agitan y se acosan,
Y van en monton pasando
Con algazara espantosa,

Hay almas puras, ardientes,
Centellas abrasadoras,
A la tierra desprendidas
De la divina aureöla.

Esas á la luz del sol
Sufren en silencio y lloran....
¡Triste del que un alma igual
Dentre de su pecho esconda!

Ante los hombres sin fe
Sonríe tal vez su boca,
Mientras que en horrible calma
Su amargo llanto devora.

Sí, porque el mundo desprecia
A aquel que soñando goza,
Y porque no los comprende
De sus delirios se mofa.

Y altanero le escarnece,
Y ni aun compasion le otorga,
Y *pobre loco* le llama
Con sonrisa desdeñosa.

Su nido así la amargura
En su corazon ahonda,
Como el buitre carnicero
El suyo cava en la roca.

Pero cuando el mundo yace
En inaccion perezosa,
El artista entusiasmado
Vaga entre sueños de gloria;

Y espíritu todo entonces,
Deja las humanas formas,
Y hasta el cielo le arrebata
La inspiracion creädora.

Y recorriendo con ansia
Una region, y otra, y otra,
Por sendas desconocidas
A los que en la tierra moran,

Torrentes de luz vadea,
Y sus ojos la soportan,

Y en el mundo de los ángeles
La osada planta coloca.

Y allí, alcanzando una idea,
Y adivinando las otras,
A través del porvenir
Grande y creador se arroja:

Que las adivina allí,
Como en la selva sombrosa
De las flores que no ve
Siente el regalado aroma.

Así entre sueños sublimes
Del alma adivinadora
Vió su *Quijote* Cervantes,
Vió Rafael su *Madonna;*

Y así, á asombrar á los siglos,
De entre tus espesas sombras
Salió *un Pasmo de Sicilia*,
Un pintor de su deshonra.

ROMA MODERNA.

Traducida libremente de Fulvio Testi.

¡Roma infeliz! ¡En torno al Aventino,
Lágrimas derramando de tristeza,
Buscando vas los restos de grandeza
Que te legara el esplendor latino!

Y con desdén piadoso, mientras mira,
Donde un teatro, un templo levantarse
Solian, al rebaño apacentarse,
Contigo el alma de dolor suspira.

Sobre esas piedras, do tu gloria asoma,
La edad presente con vergüenza escriba:
«Mia es la culpa de que ya no viva
«Quien digno sea de la antigua Roma.»

Guarda en columnas y arcos mas de un signo
Del antiguo valor alta memoria;
Mas ¿dónde está quien por su propia gloria
De arcos hoy sea y de columnas digno?

Tu virtud y tu aliento generoso
El ocio y la lascivia asesinaron,
Y ni reparas ya que te cambiaron
En pobre mirto tu laurel glorioso.

Entonces eran, Roma, tus usanzas
Endurecerte con la lucha, el salto,
Domar corceles, ó en brioso asalto
Ballestas encorvar y blandir lanzas.

Hoy el espejo tu gentil presencia
Retrata, y tus cabellos bien rizados;
Hoy arrastran tus mantos recamados
De tus abuelos la sagrada herencia.

Hoy de sus gomas los olores finos
A perfumar tu seno Asiria manda;

Hoy, tu cuello á enlazar, destina Holanda
Estrañas telas y delgados linos.

Corre en tus mesas espumante y leve
El estranjero vino delicioso,
Y su ardor estivál y vigoroso
Siente el Falerno suavizar con nieve.

Llegan para tus cenas á millares
Del Africa magníficos presentes,
Y olorosos se ven en áureas fuentes
Humear peces de lejanos mares.

No eres la Roma ya que contemplaba
Sus labradores cónsules juntarse;
Que en tosco solio vencedor sentarse
Agreste y duro al dictador miraba.

Aquellas manos rudas que supieron,
A la par que sus bueyes aguijaban,
Fundarte un reino, triunfador alzaban
El estandarte que inmortal hicieron.

Ya de tanta grandeza la memoria
Apenas queda; y la enemiga suerte,
Que á tu valor y á tu virtud dió muerte,
Con enconado afán pisa tu gloria.

Y ¡ay! si de ese letargo en que hora yace
Italia no despierta! ¡Guarda el día
De hacerlo á la salvage gritería
Con que entonen su triunfo el Persa, el Trace!

SALMO CXXXVI.

"Super flumina Babilonis."

Traduccion libre.

A orilla de los rios nos sentamos
Donde la altiva Babilonia impera,
Y al dulce nombre de Sion lloramos,
Que su recuerdo el corazon lacera.

De los sauces altísimos, copados,
Suspendimos los dulces instrumentos
Que un tiempo dában sones regalados
Al compás de los místicos acentos.

Con infame placer esos impíos
La inmensidad de nuestras penas miden,
Y oyéndonos gemir, sus pechos fríos
Con antojo brutal cánticos piden.

Cuando llorar su orgullo nos miraba
Con impudencia bárbara reían,
Y cuando el llanto nuestra faz surcaba
«Cantad, cantad, esclavos», repetían.

¡Cómo cantar al son de la cadena!
Cuando el esclavo desterrado canta,
Busca las voces y al formarse apena
Al corazon las vuelve la garganta.

¡Sin tí, Jerusalen, no hay alegría!
¿Ni cómo hallarla en suelo tan impuro?
Antes que yo te olvide, patria mía,
Me olvidaré de mí, yo te lo juro.

Hacer correr nuestro afanoso llanto
Eso el impío vencedor lo puede;
Pero ¡qué entone nuestra lengua el canto!
¡Antes pegada al paladar se quede!

¡Cómo encontrar á mi dolor consuelo
Entre gentes, Sion, que te escarnecen!

¿Dó están las palmas ¡ay! que de tu cielo
Bajo el azul purísimo se mecen?

Vuelve una vez, ó Dios, tu rostro blando
A calmar unos males tan prolijos,
Y ese insolente imperio derrocando,
De los hijos de Edóm venga á tus hijos.

Nunca, Señor, se aparte de tus ojos
Que la santa ciudad acometieron,
Y enriquecidos ya con sus despojos
«Arruinadla, arruinadla», repitieron.

¡Babilonia infeliz! Tu hueste impía
En sangre de Israel su hierro embota;
Pero, *bendito sea* el que algun día
Un mar te pida á tí por cada gota.

Bendito sea aquel á quien rindieres,
Orgullosa ciudad, el cuello impuro;
Que degollando á viejos y á mugeres
Estrelle al niño en el peñasco duro.

TRADUCCION DEL ITALIANO.

Lo pasado no existe; solo deja
Algun recuerdo que en el alma escribe:
Lo futuro se esconde en la madeja
Del tiempo, y solo en la esperanza vive.

Solo existe el presente; mas de modo
Que su fin marcha á su principio junto:
Es, pues, la vida y su misterio todo
Una memoria, una esperanza, un punto.

Á LA LUNA.

¡Hora de bendicion, tranquila noche!
Tú acallas el estruendo mundanal;
Cierra la rosa su encendido broche
Al rayo de la luna virginal.

El tierno amante los umbrales pisa,
Do le conduce su abrasado ardor:
Lleva en sus alas la sonante brisa
El suspiro encendido de su amor.

¿Qué eres, ó Luna? Dí; córrase el velo:
¿Dominas tú la celestial region?
La augusta mano del Señor del cielo
¿Te puso allí cual eternal padron?

¿Fué acaso un tiempo, en que dorada, hermosa,
Venías tras el sol á derramar
Brillante luz desde tu faz gloriosa,
Y eterno dia al universo á dar?

Quizá en sus negras ondas turbulentas
El diluvio tus senos anegó,
Y el lívido esqueleto hora presentas
De un mundo de miserias que acabó.

Allí te puso el brazo de Dios fuerte
Á alumbrar nuestra tierra de dolor,
Cual la pálida antorcha de la muerte
Que luce entre sepulcros sin calor.

¡Cuántos sucesos de perenne gloria!
¡Cuántos de luto, sangre y mortandad
Viste pasar, y huir, y su memoria
Del tiempo hundirse allá en la eternidad!

Trémulo el rayo de tu escasa lumbre
En noche aciaga comenzó á brillar,

Y allá miró del Gólgota en la cumbre
Al Redentor del mundo agonizar.

La sangre vió que al pecador rescata,
Que la mano del hombre derramó,
Y que cual ancha inmensa catarata
En sus verdugos la salud vertió.

Velada en nubes de venganza llenas
Tu faz ante el mortal despareció,
Cual entre sombras se dibuja apenas
El velo de la vírgen que pasó.

Tú contemplaste al godo capacete
Por do quiera sus glorias extender,
Y en la orilla del triste Guadalete
Hundirse entero el gótico poder.

Yelmos, y lanzas, y turbantes viste,
Y relucientes petos abollar:
Sobre los grillos pálida luciste
Que costó siete siglos quebrantar.

Tu rayo temblador allá en el Sena
Al *Hombre de los siglos* alumbró;
Tu rayo temblador en Santa Elena
Sobre su calva frente reflejó.

Su inmensa gloria se extendió luciente,
Y de ella viste el mundo rebosar;
Mas toda allí se recogió en su frente,
La viste alzarse y al cenit tocar.

¡Cuánto Madrid te presentó lidiando,
Cuánto de sangre fúnebre matiz
Cuando inerme la vistes y triunfando
De los héroes de Jena y Austerliz!

Rios de sangre el patriota vierte,
Rios de llanto vierte la beldad;
Y de la noche en el silencio inerte
Retumbó el eco.... ¡Patria y libertad!

Desde la altura en que tu asiento encumbras,
Donde pálida luces sin calor,
Tal vez la frente virginal alumbras
De la hermosa que causa mi dolor.

Quizá los ojos do me ví abrasado
En tí, cual yo, detienen su mirar;
Quizá al recuerdo del amor pasado
Una lágrima brota á su pesar.

¡Qué! ¿su mirada y la mirada mia
Se encontraron al fin?... ¿no es ilusion?

No se lo digas, no.... ¡la apartaría!!!
¿Déjamela gozar por compasion!

Solo si ves que hacia su lecho blando
Se va, pensando por mi dicha en mí,
Mis lágrimas en ella reflejando,
Dila.... *ese llanto se vertió por tí.*

LA FÉ CRISTIANA. (1)

"Quiqumque vult salvus
"esse, ante omnia opus
"est, ut teneat catholi-
"cam fidem."

S. ATANASIO.

¡Salve, modesta vírgen, de los vendados ojos,
Que estrechas en tu seno la venerada Cruz!
Tú, guia eres del hombre que ciego vá entre abrojos:
Tú, en noche tormentosa su apetecida luz.

Raudal eres constante de dichas y placeres;
Palmera que nos guarda del estival ardor;
Eres fuente sellada, cerrado huerto eres,
De hermosas flores lleno de regalado olor.

(1) Premiada con la medalla de oro en el gran concurso celebrado por el Liceo de Madrid en Diciembre de 1848.

Temprana flor del valle; tierno lirio del campo;
Balsámica azucena del místico vergel;
Mas blanca en tu pureza que de la nieve el ampo;
Mas dulce en tus palabras que la apretada miel.

Sin tí no hay alegría; si tú nos abandonas,
El llanto y las miserias del hombre van en pos:
¿Qué son sin tí los pueblos, los tronos, las coronas?
¿Qué la sabiduría sin el temor de Dios?

Jerusalen lo diga: guiada por tu mano,
Bendita, y alabada, y poderosa fué:
De sí te arrojó luego, y en su delirio insano
Perdió todas sus galas cuando perdió su fé.

Tiene ojos, pero ciegos, al Sol que la ilumina;
Y oidos, y no oyen ni el mas leve rumor;
Y manos y no palpa; y pies y no camina;
Y espira en su garganta su lúgubre clamor.

Ejércitos de bárbaros allí en monton llegaron,
Bebieron sus caballos las aguas del Jordan;
Y el santo tabernáculo furiosos profanaron,
Y en son de triunfo ¡impíos! cantaron su desman.

Y esposa sin esposo, desconsolada viuda
Su bien perdido llora, hundida en tanto horror,

Hoy reina sin corona y en servidumbre ruda,
Hoy vírgen profanada por su brutal señor.

¡Ah, salve, salve, ó vírgen, de los vendados ojos,
Que estrechas en tu seno la venerada Cruz!
Tú guia eres del hombre que ciego vá entre abrojos,
Tú en noche tormentosa su apetecida luz!

Nacida en las cabañas de humildes pescadores,
Sin mas poder ni apoyo que el limpio corazon,
Empiezas tu camino, y Reyes, y Señores,
Con gentes y con armas en contra tuya son.

Y arrójanse bramando, y llenan la ancha tierra
Las furias infernales, y ruge el huracan,
Y arrastran á los hombres, y en ronco son de guerra
Todos en contra tuya amontonados van.

Serena tú, á las iras sacrílegas humanas,
Tranquila y resignada, opones la humildad;
En pos de tí llevando tus dos tiernas hermanas
La plácida Esperanza, la santa Caridad.

Los duros corazones tu blando acento labra
Y luz vertiendo en ellos, despiertan al amor:
¿Y cómo no, si llevas contigo la palabra
Del santo de los santos, del mundo salvador.

¡De aquel divino mártir que, hasta el mortal bajando
Desde su escelso trono de gloria y magestad,
El lábaro de gracia piadoso tremolando
En torno del Calvario llamó á la humanidad!

¡Y no en vano! ¡Contempla esa milicia santa,
Llena de tí, al acento del Redentor venir;
Y mientras que á los cielos su frente se levanta
Del mártir la corona con júbilo ceñir!

¡Y santo, santo, santo, cantan sus almas puras
Ante la hoguera, el hierro, la rueda y el dogal:
Y santo, santo, santo, responde en las alturas
Abriéndoles los cielos, el coro angelical!

Por tí á salvar la tumba del que bajó del cielo,
Allá á la opuesta márgen del bíblico Cedron,
Al frente de la Europa siguió con santo celo
Á Pedro el Ermitaño Gofredo de Bullon.

Y tu sagrado nombre retumba en la Tebaida;
Sus cuevas le repiten, le dice su arenal;
Y el Credo santo escucha temblando Tolemaida
Al son de las trompetas y estrépito marcial.

Mira á mi hermosa España con su esplendor perdido
Á impulsos de la saña del pérfido Julian,

Y al hueco de una peña su imperio reducido,
En tí sola apoyada retar al musulman.

La lucha empieza, y dura, y crece, y se prolonga;
El pan de los creyentes con sangre se amasó;
Y aquel pendon que pobre se alzara en Covadonga,
Rico de gloria y triunfos sobre el Genil flotó.

Y vences donde quiera; y por do quiera encumbras
Tu enseña poderosa, las glorias de la Cruz:
«Toma y lee», digistes, y la razon alumbras
De aquel famoso incrédulo, hoy de la Iglesia luz.

Y Lúcas, y Mateo, Marcos y Juan, las flores
Del Evangelio santo esparcen con fervor;
Y Cirilo y Ambrosio, y cien santos Doctores
Cultivan en tu nombre la viña del Señor.

Tú al mundo civilizas: los hombres que te oyeron
En tu palabra santa aprenden la igualdad:
Y los mismos que rudos y torpes siervos fueron
Encuentran en sus almas grandeza y libertad.

Y fuerte, y sin que nada ya su esplendor limite,
En pos del tierno Esposo marcha la Iglesia fiel;
Esposa apasionada que con amor repite:
«Para mí mi adorado; yo toda para Él.»

Y de Pedro la silla se eleva soberana
Sobre la idolatría rota en pedazos mil;
Y ante la gran Basílica de la Roma cristiana
Se inclina el Capitolio de la Roma gentil.

Y Lutero, y Calvino contra tí se levantan,
Hombres los dos de ingenio, y de saber los dos;
Mas con tu luz los ciegas, y ceden, y se espantan....
¿Qué es la sabiduría contra la fé de Dios?

¡Fragil caña que un soplo del huracan aterra;
Llama fugaz que cruza en noche de calor;
Sepulcro blanqueado que en su interior encierra
Gusanos y miseria, oscuridad y horror!

¡Oh, bienaventurados los que á tu sombra amada
En tí ven su grandeza, su ciencia en la virtud;
Y al recordar que fueron formados de la nada
Humildes van en busca de la eternal salud.

¡Dichosos que no sienten, fiados en Dios sumo,
Ni penas al dormirse, ni susto al despertar;
Y dulces son sus sueños, y vagos como el humo
Del oloroso incienso quemado en el altar!

Pero si Dios dispone que el cáliz de amargura,
Por nuestro bien nos brinde la dura adversidad,

¡Cuánto es dichosa el alma que dice con fé pura:
«Cúmplase, Padre mio, tu santa voluntad!»

¡Oh, limpia Fé, tú eres la estrella que nos guia;
Arroyo de aguas vivas en nuestra ardiente sed;
Tú el abrigado puerto al barco que corria
Perdido por los mares del viento á la merced!

Y aun hay para consuelo del alma, que afligida
Cruzando va este siglo incrédulo y venal,
Piadosos corazones que guardan encendida
De santa fé cristiana la lumbre celestial.

Volved la vista á Francia, católicos creyentes:
Oid como levanta su voz la religion;
Mirad como á su acento acallan reverentes
La lucha sus rugidos, su estrépito el cañon.

Y ved como entre mártires, con santos regocijos,
Recibe cariñosa la sombra de San Luis
A aquel varon piadoso que muere por sus hijos
Regando con su sangre las calles de París.

¡O fé, tú eres la escala que sube hasta la fuente
Del bien y de la gracia, al manantial de amor,
Do en un mar sin orillas de luz resplandeciente
Está aquel Rey de Reyes universal Señor.

Y mártires, y santos, ángeles, serafines,
Tronos, dominaciones, en torno suyo van;
Y allí las Potestades, y allí los querubines,
Y los Profetas santos allí tambien están.

Que hasta el infierno mismo, la alta region dejando,
A rescatar las almas bajó nuestro Señor
De aquellos santos Padres que estaban esperando
Su santo advenimiento sin dudas ni temor.

¡Gloria á tu nombre, gloria, Señor, que te dignaste
Bajar al hondo valle de torpe iniquidad!
Pequé, pequé, Dios mio, y tú me rescataste,
Sellando con tu sangre tu amor y tu piedad.

Venid, venid, incrédulos, que tantas maravillas
Desalumbrados, ciegos, osásteis rechazar,
Y repetid conmigo hincados de rodillas,
Como conviene al hombre que va á su Dios á hablar:

«Yo creo en tí, Dios mio, Dios grande y poderoso;
Y creo en Jesucristo que por mí padeció;
Y creo en el Espíritu que santo y milagroso
Sobre María Vírgen del cielo descendió.

Y creo en aquel dia en que la tierra abiertos
Por invisible mano sus centros ha de ver,

Y al son de tus clarines resucitar los muertos
Y ante tu escelso trono temblando parecer.

¡Oh, cuáles aquel dia, de aquellos que te huyeron,
Serán las agonías y el triste despertar!
¡Allí las hondas penas de los que tal hicieron,
Allí el crugir de dientes, allí será el llorar!

¡Perdon, perdon, Dios mio, Dios grande y poderoso,
Acoja nuestro ruego tu inmensa magestad;
Líbranos, como puedes, de este mar proceloso,
Y tén misericordia segun es tu bondad!»

CANTO.

AL NACIMIENTO
DE LA PRINCESA DE ASTURIAS.

DICIEMBRE DE 1851.

¿Oís? Es el cañon; mas su estampido
no anuncia ya la aterradora saña
de discordia civil, cuyo rugido
los campos cruce de la rica España.

El grito de Madrid, que rasga el viento,
y la gala y la luz de sus ventanas,
y ese inmenso rumor de su contento,
y el clamor general de sus campanas,

Y las ricas libreas de colores,
y el alegre brindar de los festines,
y el ronco redoblar de los tambores,
y el metálico son de los clarines,

A España dicen que llegó el instante
en que saliendo de ansiedad profunda,
al fin ya puede saludar amante
á la heredera de Isabel Segunda.

Vuelve, Isabel, tus ojos maternales;
vuelve de tu mirada el blando rayo,
y al rededor de tus balcones reales
al pueblo encontrarás del Dos de Mayo.

A ese valiente pueblo que hoy, al verte
madre feliz, te aclama entusiasmado;
y mas de un rostro que afrontó la muerte
verás en dulces lágrimas bañado.

Que no tan solo por la pena impía
llanto del alma á nuestros ojos viene;
tambien para la plácida alegría,
tambien el corazon lágrimas tiene.

¿Ves esas gentes que con ronco estruendo
desde las calles do en tropel se agitan

á la plaza con ímpetu saliendo
como rios al mar se precipitan?

Las gentes son que el ámbito espacioso
de esas tendidas plazas inundaron,
y, cual hoy de tu amor al fruto hermoso,
princesa de Castilla te aclamaron.

Que defender del aquilon sañudo
la tierna flor de tu niñez supieron,
y dándote sus pechos por escudo
en tí su amor, su porvenir pusieron.

Y hoy que ese bello don del cielo obtienen,
y nuevas dichas en su amor predicen,
á saludarte cariñosas vienen
y el tierno fruto de tu amor bendicen.

¡Salve, niña gentil; cándida estrella
que cual nuncio de paz y de ventura,
rica de luz, y reposada, y bella,
en el cielo español limpia fulgura!

Junto á tu cuna, que el cariño mece,
España vela, la leal matrona:
la oliva á todos de la paz ofrece,
mas tu derecho con su lanza abona.

En tí sus ojos y su mente fijos
sombra te da con maternal empeño,
y rodeada de sus bravos hijos
con amoroso afan te guarda el sueño.

Y ufana, y con razon, de sus blasones,
el manto real que de sus hombros pende
de barras, de castillos y leones,
sobre las gasas de tu cuna estiende.

Y ansiosa ya de que el laurel divino
te ciñas de la gloria en la alta esfera,
para mostrarte el inmortal camino
á que despiertes cariñosa espera.

Y al despertar del sueño regalado,
atentos á su voz y con presteza,
levantarse verás de lo pasado
cuarenta siglos de inmortal grandeza.

Cuarenta siglos, que su velo oscuro
con brazos colosales desplegando,
ejemplos que seguir en lo futuro
en lo que ya pasó te irán mostrando.

Y allí verás de España los blasones;
y entre el áureo matiz de sus coronas,

y á la par de sus ínclitos varones,
los nombres hallarás de sus matronas.

Que aún con respeto y con amor inclina
su noble frente, y despejada, y fiera,
al nombre de María de Molina,
ó ante la gloria de Isabel Primera.

Y en el metal de su pavés sin mancha,
en que apoyada por sus glorias vela,
el nombre encontrarás de Doña Sancha,
y el de Urraca tambien y Berenguela.

Si entre los juegos de la tierna infancia
los ojos vuelves á tan rica historia,
los nombres de Sagunto y de Numancia
se grabarán en tu infantil memoria.

Y entre las auras de los patrios valles
oir podrás desde tu edad primera
el eco vibrador de Roncesvalles
retumbando en Bailen y en Talavera.

Y verás la bandera victoriosa,
en el peñon de Covadonga alzada,
cruzando por las Navas de Tolosa
desplegarse en las torres de Granada.

La bandera de Otumba, y de Barleta,
de Taranto, y de Flandes, y de Mola,
de Roma, y de Lepanto, y La Goleta,
de San Quintin, Pavía y Cerinola,

Que si manos estrañas la empañaron
por un instante y con amaños viles,
al rugir del Leon la contemplaron
tremolar victoriosa en Arapiles.

A cuya sombra con guerrera audacia
ganar supieron la marcial corona,
Zaragoza la ilustre en Santa Engracia,
en su sangriento murallon Gerona.

Y de Roma, y de Francia sacudiendo
el yugo, y del alárabe precito,
por todas partes la verás venciendo,
de independencia nacional al grito.

¡Magnífico espectáculo de gloria,
que ante tus ojos cruzará radiante
dejando cada nombre en tu memoria
un recuerdo de honor hondo y brillante!

Y verás, de ese cuadro en complemento,
la blanda lira entre las duras mallas,

y mecerse la palma del talento
junto al verde laurel de las batallas.

Pues porque nada falte á tanto brillo
te mostrarán en la triunfal carrera,
sus celestiales vírgenes Murillo,
su gigantesco San Lorenzo Herrera.

Y el dulce son escucharás al paso
de las gloriosas arpas y vibrantes
de Lope, y Calderon, y Garcilaso,
de Quevedo, y de Góngora, y Cervantes.

Y entre otros mil Velazquez, y Valbuena,
y Zurbaran, y Rojas, y Celenio
cruzarán, y Rioja, y Polo, y Mena,
lustre y honor del español ingenio.

Y si los buscas en la régia altura,
bellos cantos tambien, trovas pulidas
hallarás de dulcísima ternura
junto al libro inmortal de Las Partidas.

Y encontrarás al Prócer opulento
que acaudillara al pueblo castellano,
de su inmenso poder quizá contento,
mas de su Conde Lucanor ufano.

Que es fácil ver en nuestra hermosa España,
bajo ese sol que fecundante gira,
al propio brazo que acabó una hazaña
blandir las armas y pulsar la lira:

Y entre los vuelos de la mente inquieta
de esa valiente y generosa raza,
encontrar la dulzura del poeta
bajo el duro metal de la coraza.

¡Oh, vuelve, vuelve, niña venturosa,
tus ojos á ese pueblo grande y fuerte,
y con gozo contempla, y cariñosa,
la hermosa patria que te cupo en suerte!

Y á donde quier que desde el régio asiento,
ansiosa de saber fijes la vista,
á su valor debida ó su talento,
el recuerdo hallarás de una conquista.

Mas si al cruzar el suelo que apacible
con tu mirada en derredor abarcas
de fresca sangre en abundancia horrible
tal vez encuentras humeantes charcas,

Sabrás con pena que españolas fueron
las vencedoras y vencidas manos;

y que toda esa sangre que vertieron
sangre española fué, sangre de hermanos.

Toda brotó de las heridas anchas
de la afligida España y sin consuelo:
sécala tú, y en las sangrientas manchas
de olvido fraternal estiende el velo.

Y acallando los ecos que lejanos
rugen aun de la mortal contienda,
sobre un pueblo magnánimo de hermanos
el lábaro de paz sus pliegues tienda.

Y hasta que fuerte y varonil un dia
consejos tomes de tu noble padre,
sirva á tus pasos de amorosa guia
el alma hermosa de tu hermosa madre.

Y si quieres saber los rasgos bellos
que á su grandeza soberana junta,
no á los dichosos, que se bastan ellos,
al que padece, al infeliz pregunta.

Al desterrado á quien llamó clemente,
y entre las prendas hoy de su cariño
bebe al fin en la plácida corriente
del manso arroyo en que jugara niño.

A aquellos que en un dia infortunado
tanta ventura á su piedad debieron
cuando el abrigo del hogar amado
en el incendio asolador perdieron.

Y todos te dirán que á donde alcanza
el resplandor de su mirada bella,
lleva al dolor la plácida esperanza,
es del consuelo la brillante estrella.

Y que en la altura de la régia zona
son del pobre las tiernas bendiciones,
el esmalte mejor de su corona,
y el mas rico floron de sus florones.

¡Ah, si, bendita el alma que piadosa
rico tesoro de clemencia esconde,
y como al viento el arpa melodiosa,
á los quejidos del dolor responde.

Sigue, sigue el camino que su planta
desde el albor de la niñez siguiera,
y aprenderás que la clemencia santa
es de los Reyes la virtud primera.

De un digno puesto en la severa historia
ambicionando el verdadero brillo;

de ideas de piedad, de honor, de gloria
llenando así tu corazon sencillo,

En torno esparcirás dulce fragancia;
no habrá en tus labios ni baldon ni mengua;
que nos ha dicho Dios: «de la abundancia
que inunda el corazon habla la lengua.»

Y en esa noble escuela aleccionada,
al trono ilustre de Pelayo asciende;
y de buenos patricios rodeada
con fé y con brio tu camino emprende.

Y plegue á Dios que el universo vea
breve á tu gloria el español recinto;
y tu corona con el tiempo sea
la corona imperial de Cárlos Quinto.

Á LA GUERRA DE ÁFRICA.

ODA. (1)

Te Deum, laudamus, te Dóminum confitemur,
Te æternum Patrem omnis terra veneratur.

Hora es ya de que cantes,
Pueblo español, al Dios de las batallas
que tus huestes triunfantes
llevó, salvando las agrestes vallas,
sobre alfombras de bárbaros turbantes.

Y cánticos entona
á la Escogida que nació sin mancha;

(1) Premiada por la Real Academia Española con mencion honorífica en Mayo de 1860.

á tu santa Patrona,
que hoy tus tendidos límites ensancha
añadiendo un Floron á tu corona.

Nuestro escudo pisaron,
el poder español creyendo en tierra,
y su triunfo cantaron,
y al mirarnos llegar en son de guerra
con alarde feroz se amontonaron.

Y á unirse á los insanos
hierros que apercibió la gente mora,
vieron nuestros hermanos
llegar tambien la peste asoladora
en alas de los vientos africanos.

Y con furia violenta,
del huracan los ímpetus soltando,
sañuda se presenta
sobre el cristiano ejército tronando
con magestad terrible la tormenta.

Mas nada los aterra,
que por su patria y por su Dios combaten
en la africana tierra,
y ni al peligro ni al sufrir se abaten
que es alto su valor, santa la guerra.

De sus viejas historias
emulando una hazaña y otra hazaña,
y las pasadas glorias,
con noble orgullo los contempla España
contar por sus combates sus victorias.

Con la fé, que completa
el natural valor, siguen marchando
armada bayoneta,
y el glorioso rumor los va guiando
de Tunez y de Oran y la Goleta.

Ved; salvando el recinto
de los breves y rudos horizontes,
con valeroso instinto,
camino forman por los altos montes
á hierro abierto y con sangre tinto

Y la senda escalaron
que del Negron entre el breñal se enrisca,
y hácia el valle bajaron,
y descubriendo la ciudad morisca,
mil voces juntas «*Tetuan*» gritaron.

¡Señor, que así formaste
de gente nueva veterana tropa,
y que así la probaste,

para que fuese admiracion de Europa
y del pueblo de Agar noble contraste.

Señor, que así te empleas
en nuestro bien, aunque en tu amor profundo
nuestros pecados veas;
Señor de los ejércitos y el mundo,
una vez y otras mil bendito seas!!!

Ya la gente agarena
junta todo el poder de sus legiones
en la campiña amena,
y á la sombra se ve de sus cañones
su muchedumbre que los campos llena.

El gran dia amanece:
sobre el tapiz de la apretada escarcha
un altar aparece,
y á él nuestra gente silenciosa marcha,
que allí el Señor su bendicion la ofrece.

Y rasgando su velo
las pardas nubes por feliz auspicio,
vió el africano suelo
ofrecer para el santo sacrificio
su luz el sol, su artesonado el cielo.

Sobre las cumbres canta
el coro de armonías celestiales;
que ya la hostia santa
al rumor de las músicas marciales
en manos del ungido se levanta.

Y las masas enteras
de aquellos esforzados batallones,
del monte en las laderas,
llenos de fe los bravos corazones
rinden á Dios sus armas y banderas.

¡Moros, ¿veis esas largas
filas de bayonetas ahí rendidas?
Con lágrimas amargas
vais á llorar al levantarse erguidas,
que á daros van sus inmortales cargas!

Ya los espacios hienden
del sonoro clarin los limpios ecos;
y las masas se estienden,
y del tambor á los redobles secos,
con sereno ademan su marcha emprenden.

Ay, que en vano se agitan
de sus trincheras tras la fuerte valla
los alarbes y gritan,

y en vano ardientes rios de metralla
sus cien cañones á la par vomitan.

Redoblan sus amagos,
y de su resonante artillería
los bárbaros estragos,
y allá va nuestra noble infantería
de roja sangre sobre hirvientes lagos.

Puesta su confianza
en el Dios de los orbes poderoso,
con cristiana pujanza,
á la voz del caudillo valeroso
á los reductos moros se abalanza.

Ellos desde sus peñas
en ronco son con ímpetu cayeron;
mas rotas sus enseñas,
sus escogidos príncipes huyeron
del rudo monte á las incultas breñas.

Y la infiel media-luna
sirve de alfombra á nuestra gente brava
en la ciudad moruna,
y al clavar su pendon en la Alcazaba
«*Tetuan por Isabel*» gritan á una.

¡Respeto al mundo imponga
de nuevo España, que en su empeño santo,
y aunque el moro se oponga,
el laurel reconquista de Lepanto
y la palma inmortal de Covadonga!

¡Atribuladas gentes
de Tetuan, borrad de la memoria
vuestros males patentes:
esos que veis llegar con tanta gloria
son generosos porque son valientes!

¿Los veis, los veis humanos,
tras el fragor de la batalla impía
tenderos hoy sus manos?
Es que la cruz del Redentor los guia,
es que españoles son y son cristianos.

Vedlos, vuestros prolijos
males, con santa caridad preciada,
trocar en regocijos,
y con el pan de su racion tasada
el hambre hartar de vuestros propios hijos.

Nietos son de los grandes
soldados de Pavía y Cerinola,
de Clavijo y de Flandes,

que la enseña llevaron española
desde la mar ibérica á los Andes.

Esa que veis erguida,
y el blando soplo de la brisa inquieta,
no impone el homicida
lema, que os enseñó vuestro profeta,
el «*muere ó cree*» á la nacion vencida.

Es aquella bandera,
que entre los senos de sus pliegues anchos,
en su triunfal carrera,
llevó del indio á los incultos ranchos
activa ilustracion, luz verdadera.

¿Veis ese templo, alzado
en honra y gloria de la Vírgen pura,
de la mezquita al lado,
recinto ayer de condicion oscura
y al verdadero Dios hoy consagrado?

No en Africa aparece
como la hoguera que sangrienta brilla
y amenazante crece,
es el faro piadoso que en la orilla
puerto y abrigo al navegante ofrece.

La idea representa,
que tantas glorias alcanzarnos pudo,
y el universo cuenta;
glorias que entre las barras de su escudo
nuestra España Católica hoy ostenta.

Al fecundante rayo
de su luz, que las armas castellanas
sacó de su desmayo,
en las sombrías rocas asturianas
tremolaron las cruces de Pelayo.

Ella la santa guia
fué, que condujo nuestras huestes bravas
el memorable dia
en que el octavo Alfonso hundió en las Navas
de los Califas la soberbia impía.

Ella la que llevada
por la Reina Isabel cual santo lema
en su pendon grabada,
el último Floron de su diadema
á vuestros padres arrancó en Granada.

Y ella la que hoy estiende
sus alas, y cubriendo esas legiones
sobre ellas se suspende;

y al tocar sus cristianos corazones
con la luz de la fe su brio enciende.

Entrad al santuario,
y allí vereis la eterna maravilla
que guarda en su sagrario:
limpio fanal que ante los siglos brilla
sobre las altas cimas del Calvario.

Abrid, abrid los ojos,
y al ver la luz que vuestra vista asombre,
confesareis de hinojos
al santo Dios que por salvar al hombre
su sien divina coronó de abrojos.

Al Dios de los cristianos,
que guarda las espinas y las flores
en sus benditas manos,
y ante el cual no hay esclavos, ni señores,
hay hombres nada mas, todos hermanos.

¿No le veis en pro nuestra,
cómo de vuestras armas nos defiende,
y de su amparo en muestra
su lábaro inmortal alza y estiende
sobre nosotros con su santa diestra?

A su sombra vinimos,
y del Negron las cumbres asaltamos,
y en Tetuan vencimos,
y en el ancho Gualdrás os alcanzamos,
y allí tambien las lunas abatimos.

¡Señor, que así te empleas
en nuestro bien, aunque en tu amor profundo
nuestros pecados veas;
Señor de los ejércitos y el mundo,
una vez y otras mil bendito seas!!!

Ya que en la ruda prueba
en tu nombre santísimo vencimos,
danos por gracia nueva,
que la vida que á América le dimos
la líbica region ahora nos deba.

Nuevos lauros y bellos
ceñirá asi tu España victoriosa,
pues hay para obtenellos,
gente, como la antigua, valerosa,
y bravos capitanes como aquellos.

Y tú, Señor, lo sabes;
el valiente Caudillo que los guia,
en sus intentos graves,

si de la prueba amaneciese el dia,
sabrá como Cortés quemar las naves.

Mas ya, Señor, que alzamos
la ultrajada bandera castellana,
y nuestro honor lavamos,
y en pos del triunfo, con piedad cristiana,
la mendigada paz les otorgamos,

No del hierro iracundo;
todo, Dios de bondad, lo aguardaremos
de tu dogma fecundo:
tu Cruz de redencion tremolaremos,
y en ella va la libertad del mundo.

Y si hay un pueblo acaso
á quien la luz de nuestra gloria ofende
en el presente caso,
y sin derecho ni razon pretende
á nuestras gentes atajar el paso,

Recuerde su jactancia
que solamente el pundonor se doma
y la ibera arrogancia,
como el senado atónito de Roma
triunfó aterrado en la inmortal Numancia.

———

LA MUERTE DE JESUS.

¿Los veis? ¡En tropel fiero
al monte van del olivar furiosos!
¡Cada cual el primero
quiere llegar! ¿Los veis? ¡Lobos rabiosos
contra el dulce amantísimo cordero!

Allí va el fiero bando,
con palabras á Dios muy ofensivas

los aires conturbando:
y sacerdotes van, y van escribas
su estúpido rencor acalorando.

Ya por el monte espeso
entran, haciendo de su infamia gala:
llegan y... ¡horrible esceso!
á su furor la víctima señala
del torpe Judas el infame beso.

Y la cercan sañudos,
y en su loco desman nada respetan,
y la maltratan rudos,
y las manos santísimas sujetan
con récias cuerdas y apretados nudos.

Ya con Jesus descienden
á la santa ciudad, que absorta mira
la que sus hijos en su rabia emprenden
maldad horrible, y de dolor suspira
al mirar quienes son y á quien ofenden.

Y arrastran su trofeo
hasta Pilatos sin piedad ninguna,
y le apellidan reo,
y «*crucifícale*,» gritan á una
en ronco y destemplado clamoreo.

La soldadesca ruda,
con movimientos y ademan feroces,
mofando le saluda,
y entre algazara y descompuestas voces
con sacrílegas manos le desnuda.

¡Desnudo tú, Dios mio,
y por las manos de tu propia hechura!
¡Desnudo ante el impío,
tú, que al leon le diste la bravura,
su empuje al mar, su movimiento al rio!

¡Y al dia sus albores,
y al limpio cielo su riqueza suma,
y al sol sus resplandores,
piel á los brutos y á las aves pluma,
al monte encinas y á los prados flores!

¡Y tu rostro escupieron,
y tu cuerpo santísimo azotaron,
y bárbaros te hirieron,
y tu frente de espinas coronaron,
y el manto de sus culpas te vistieron!

¡Llorad, llorad sin duelo,
ó de Jerusalen hijas hermosas:
llorad: el Dios del cielo

es ese que entre angustias horrorosas
marcha regando con su sangre el suelo!

Ese que hoy afrentado
va entre esos hombres, por su mal valientes,
abrió á su pueblo amado
entre las olas de la mar rugientes
fácil camino á Faraon cerrado.

Y vosotras le visteis,
ó gentes de Israel, y le negásteis;
y su palabra oisteis,
y vuestros ojos á la luz cerrásteis;
predicó la verdad y no creísteis.

Vísteis, de asombro yertos,
limpios á su contacto milagroso
los de lepra cubiertos,
y alcanzar á su acento poderoso
los enfermos salud, vida los muertos.

¡Y le llamais falsario
mirándole pasar escarnecido!
¡Y envuelto en el sudario,
al rudo peso de la cruz rendido,
el Cordero inmortal sube al Calvario!

¡Y tú, escogida rosa,
estrella matinal, puerta del cielo,
dulce madre amorosa,
limpia fuente de gracia y de consuelo,
bendita del Señor, Vírgen hermosa:

Tú, celestial María,
siguiendo vas al hijo cariñoso
que en su horrible agonía
la ensangrentada faz vuelve amoroso
y sus miradas á la madre envía!

Su sangre el suelo riega.....
hondos gemidos de cansancio ecsala.....
turbios los ojos pliega.....
¡Ay! ¿Qué dolor á tu dolor iguala,
ni qué amargura á tu amargura llega?!

¡En vano dulce asilo
te dieron á su sombra regalada
las palmeras del Nilo
cuando á tu hermosa prenda de la espada
amenazaba el sanguinario filo!

De Herodes iracundo
allí tu miedo maternal huía,
y en silencio profundo

bajo tu pobre manto se escondía
el Niño Dios, el Redentor del mundo.

Y en vano fué, Señora;
que de abrir el tesoro soberano
llegó la inmortal hora,
y está el decreto que escribió su mano
el hijo de tu amor cumpliendo ahora.

¡Ya con fuerza impelida
la Cruz sobre el Calvario se levanta!
¡triunfante palma erguida,
árbol de redencion, lámpara santa
delante de los siglos suspendida!!

¡Señor, que así te empleas,
tu ilustre sangre por los hombres dando,
y aunque su crímen veas,
el lábaro de gracia tremolando
salvas la humanidad, bendito seas!!

¡De la alta Cruz pendiente
el hondo cáliz del dolor agotas:
tu noble sangre hirviente
revienta y salta de las venas rotas
de vida y de salud copiosa fuente!

Fuente que en ancho rio,
y luego en mar inmenso convertida,
ofrece aun al impío
fácil camino hácia la eterna vida.....
¡gracias, Dios de bondad, gracias, Dios mio!

El infierno se aterra
del hombre ingrato á la maldad odiosa
y sus abismos cierra;
y al recibir tu sangre generosa
sus centros abre la espantada tierra.

Y el sol que limpio ardía
su luz apaga, y se oscurece el cielo;
y de la mar bravía
rugen las ondas, y se rasga el velo
que el santo tabernáculo cubría.

Tus propias criaturas
solo se muestran en tu daño fuertes;
y con entrañas duras,
en torno de la Cruz echando suertes,
se reparten tus santas vestiduras.

Y cuando tanto brio
despliegan en sus bárbaros agravios,
¿Qué dices tú, Dios mio?

¡Las últimas palabras de tus labios
demandan el perdon para el impío!

¡Señor, que así te empleas,
tu ilustre sangre por los hombres dando,
y aunque su crimen veas,
el lábaro de gracia tremolando
salvas la humanidad, bendito seas!!!

EN LA CORONACION DE QUINTANA.

MARZO DE 1855.

„Y si quereis que el universo os crea"
„dignos del lauro en que ceñis la frente,"
„que vuestro canto enérgico y valiente"
„digno tambien del universo sea."

¿Quién se atreve á cantar? ¿Quién no suspira,
ó con desmayo congojoso alienta,
al oir esos ecos de la lira
del cantor de la mar y de la imprenta?

¿Dónde hallará mi arrebatada mente,
por mas que alzarse hasta los cielos crea,
ese canto que enérgico y valiente
digno, ó Quintana, de tu gloria sea?

¿Dónde?.... En mi corazon; que si no envía
hasta tus plantas del talento el fruto,
humilde llevará del alma mia
en lágrimas y amor tierno tributo.

Te contaré el afan con que buscaba
tus altos versos cuando yo era niño;
y cómo en mi memoria los guardaba
y repetía con filial cariño.

Que en los recuerdos de la patria mia,
donde gocé mis infantiles horas,
juntos van de tu canto la armonía
y el rumor de sus palmas cimbradoras.

Y esos recuerdos de mi mente inquieta
despertarán tal vez en tu memoria,
á la par de tus glorias de poeta,
del corazon la cariñosa historia.

Y te diré que cuando el tierno bozo
mis juveniles labios sombreaba,
tu ilustre nombre en férvido alborozo
descubriendo mi frente saludaba.

Y hoy, hombre ya, si tu cantar valiente
del arpa de oro acompañado vibra,

estremecido el corazon le siente
en su mas honda y encubierta fibra.

Si; cuando á España con brioso acento
pintas al despertar de su desmayo,
mi español corazon late violento
contemplando las cruces de Pelayo.

Y si me llevas á la mar rugiente
que la muralla gaditana azota,
tu santa indignacion me agita ardiente
de Trafalgar en la gloriosa rota.

Y por oirte con sosiego, en vano
las fuerzas todas de mi mente empleo,
si diriges tu voz al occeáno,
ó al recuerdo inmortal de Galileo.

Cuando me muestras la española gente,
de fé, de brio, y de entusiasmo llena,
con sus bisoñas armas, frente á frente,
segar los lauros de Marengo y Jena,

De noble ardor inúndase mi alma,
y se oscurecen á tu voz divina
de Maraton la ensangrentada palma
y el glorioso laurel de Salamina.

BIBLIOTECA DE ANDALUCIA Granada

Y si cantas acaso á la hermosura,
responden á tu gozo ó tus enojos,
mi alma con gemidos de ternura,
con cariñosas lágrimas mis ojos.

No tengo mas que darte: en vano lucho:
yo quisiera al cantar ser el primero:
no lo alcanzo á lograr; callo y escucho,
y abro á tu voz mi corazon entero.

Hoy dos coronas en tu sien hermanas;
que aquí te ciñe el español decoro,
sobre la santa de tus nobles canas,
la merecida de laurel de oro.

Y ese laurel que tu talento arranca
de un pueblo entero á la emocion profunda,
á colocarle en tu cabeza blanca
las manos vienen de Isabel Segunda.

Que ese honor tu discípula reclama,
representante digna en su grandeza,
como española, y como Reina y Dama,
del pueblo, y del poder, y la belleza.

Y la alta gloria, que su luz destella,
viene á alumbrar en tan solemne caso,

de San Fernando la corona en ella,
en tí la ilustre de Maron y el Tasso.

Triunfo mayor acaso no admiraron
que el que hoy se ostenta ante el hispano solio,
ni mas digno quizá le contemplaron
las bóvedas del alto Capitolio.

¡Ea, vates de España, abridle paso
al noble afan que reprimido suena,
y las arpas herid de Garcilaso,
de Leon, de Rioja y de Balbuena!

Y vea el mundo, de respeto lleno,
que aquí se elevan á la par brillantes,
junto á la lanza de Guzman el Bueno,
los frondosos laureles de Cervantes.

Yo callaré cuando los aires rompa
el canto audaz al remontarse al cielo,
y entre el estruendo de la augusta pompa
en mi humildad me quedará un consuelo:

Que ante esa gloria poderosa y alta
que hoy nuevos brios y esplendores cobra,
si digna voz para cantar me falta,
para admirarla corazon me sobra.

EN LA TORRE DE TAVIRA.

CÁDIZ—JULIO DE 1846.

¡Sagrado mar, cuyo rugido atruena
al romperte á mis piés en choque rudo,
oye mi voz que temblorosa suena:
Occeano inmortal, yo te saludo!

Déjame que asombrado y sin aliento,
al verme junto á tí débil y solo,
contemple ese vaiven que turbulento
partiendo de mis piés llegará al polo.

Déjame contemplar tanta grandeza,
y esa profundidad, y esas anchuras:
da tiempo á que conciba en mi pobreza
la estension de esas líquidas llanuras.

Y cómo con tal ímpetu rodaron
esas que, ayer tal vez, pujantes olas
en las playas antípodas sonaron
y azotan hoy las costas españolas.

¡Qué grande eres, ó mar! ¿Cómo es posible
que así contenga de tus ondas vagas
esa playa el empuje irresistible?
¿Cómo la tierra en tu furor no tragas?

La mano del Señor, solo ella puede
tener así tus ímpetus á raya:
por ella el mundo á tu chocar no cede
y en la tremenda lucha no desmaya.

¡Triste bramido que incesante gime!
¡Prodigiosa estension en que me pierdo!
¡Soledad melancólica y sublime,
que de la eternidad traes un recuerdo!

Al verte con tal pompa ataviado
á tí me postro con respeto mudo:

con la frente desnuda, y humillado,
Occeano inmortal, yo te saludo.

Y permíteme ya que la mirada
de tu soberbia magestad retire,
y un instante mi mente fatigada
ese horizonte en derredor admire.—

¡Cuán bello el sol: cuán bello hácia el poniente
entre celages de arrebol declina!
¡Cuán amoroso la encendida frente
en las espumas de la mar reclina!

A su postrera luz allí diviso
playas que fueron de la rica España
en otros tiempos, cuando el cielo quiso,
y hoy gozan fueros de nacion estraña.

Allí el Guadalquivir, que poderoso
sobre arenas doradas va rodando,
y altivo, y sosegado, y caudaloso,
los campos de la Bética regando.

Y entre los montes á su curso abiertos,
y recostado en su encantada orilla,
besando viene los hermosos huertos
de las moriscas Córdoba y Sevilla.

Y hace, por no dejarlos, mil descansos
entre sus juncos y sus ovas lácias,
á la sombra que dan á sus remansos
los bosques de naranjos y de acácias.

Y ostentando la rica vestidura
que tegieron sus palmas y olivares,
se estiende en la magnífica llanura
y con marcha triunfal entra en los mares.

Allí la humilde Palos, que piadosa
abrigó al hombre cuyo ingenio claro
la hazaña consumó mas portentosa,
de Isabel la Católica al amparo.

La vieja Europa le escuchó mofando;
la inmensa idea su desprecio excita;
y las columnas de Hércules mostrando
«*Non plus ultra*, *infeliz*,» ronca le grita.

Pero él la burla de su edad sufriendo,
con el instinto de su fé profundo,
del cláustro de la Rábida saliendo
se arroja al mar y le conquista un mundo.

Allí del Guadalete la corriente,
que de la alta Jerez los campos baña,

donde los hijos del desierto ardiente
rudos pisaron el poder de España.

Cayeron entre horrores infinitos
Príncipes, nobles y pecheros, todos:
de Rodrigo y Witiza los delitos
el Dios del mundo castigó en los godos.

Mas no perdió del todo sus laureles
la triste España en su mortal desmayo,
que de Cantábria entre los hijos fieles
la Cruz del Redentor alzó Pelayo.

Y ante esa Cruz, que al musulman aterra,
las tierras rescatando una por una,
tras siete siglos de obstinada guerra
vuelve al desierto la africana luna.

¡Playa de Trafalgar! el alma mia,
cuando esa arena ensangrentada miro,
á tus ilustres mártires envía
un recuerdo de amor en un suspiro.

Ilustres, sí; porque si allí vencidos
cayeron, al marchar hácia la gloria,
fué porque, alguna vez, no van unidos
el heróico valor y la victoria.

¡Salve, Tarifa; sempiterna valla
al empuje feroz del sarraceno,
que aun ve con miedo escrito en tu muralla
«*Alonso Perez de Guzman el Bueno.*»

Si á los moros Julian, tu puerta abriendo,
entrada dióles expedita y ancha,
sobre tus mismas torres combatiendo
Alonso de Guzman lavó tu mancha.

¿Quién vence al pueblo donde nace un hombre
que siempre en el deber sus ojos fijos,
idolatrando del honor el nombre,
primero que faltar mata á sus hijos?!

¡Eterna gloria al que tan alta hazaña
llevar á cabo en su heroismo pudo:
al que tal timbre, en ocasion tamaña,
con sangre propia dibujó en su escudo!

Y una lágrima el alma enternecida
dé tambien al dolor de aquella madre
que vió caer el hijo de su vida
al propio acero de su propio padre.

Mas allá Gibraltar..... Pero ¿qué veo?
¿Quién sus muros altísimos defiende?

¡cual dueño de legítimo trofeo
el Leopardo inglés su garra estiende!

¿Y es cierta, es cierta, es cierta mengua tanta?
¡Si, en el fuerte, en los muros, en la villa
una bandera estraña se levanta,
que aquel no es tu pendon, noble Castilla!

¿Y no reparas, dime, pobre España,
que es ese trapo que en tu suelo ondea
sello ominoso que tu frente empaña,
llaga asquerosa que tu rostro afea?

¿Dónde está, vive Dios, potente y fiero
el Leon español? ¿Dó su estandarte
que siempre audaz se desplegó ligero
de una parte del mundo á la otra parte?

¡Arroja esa bandera, patria mia!
¡Venid sobre ella, y su altivez sucumba,
triunfos de la Goleta y de Pavía,
coronas de Bailen, glorias de Otumba!

¡Y tú, Cruz de Pelayo victoriosa,
en Covadonga del alarbe espanto!
¡Laureles de las Navas de Tolosa!
¡Palmas de San Quintin y de Lepanto!

¿Dó estan tus hijos, inmortal Sagunto?
¿Dónde los tuyos, ínclita Numancia?
¿Dónde los bravos que arrollaron junto
en Roncesvalles el poder de Francia?

¿No hay hombres ya de aquellos que arrostraron
de otro hemisferio los ardientes soles?
¿Dó están los que en Bizancio pelearon?
¿No hay valientes aquí? ¿No hay ya españoles?

¡No, no los hay!! Los unos enerbados
son menos ya que débiles mugeres:
los otros, por el siglo arrebatados,
ó traficantes son ó mercaderes.

Corren, y atropellándose presentan
á la ciega fortuna su sufragio:
de egoismo y codicia se alimentan:
¡dignas conquistas del vapor y el ágio!

Vedlos guardar con ánsia su tesoro;
en él viven; para ellos nombres vanos
son patria y libertad..... contando el oro
manchan su corazon como sus manos.

Venid, venid, los que en infame calma
no veis de España la insufrible mengua;

y la amargura que destroza el alma
en voces del dolor diga la lengua.

De esas *luces del siglo*, que hoy acatan,
los triunfos ved que por do quiera encumbran.
¡Pobre honor nacional, ellas te matan:
blandones son que tu agonía alumbran!

¡Oh, basta! ¡El corazon en santa ira
siento abrasarse y en despecho hirviente:
de la vergüenza que el ultrage inspira
el honroso carmin sube á la frente!

¡Contempla, España, lo que vas ganando,
y á mirar vuelve lo que vas perdiendo:
mira esa choza vil que se va alzando,
y el templo mira allí que se va hundiendo!

Sin ruedas ni vapor tus caravelas,
cortando del Atlántico la espuma,
trageron á tus piés bajo sus velas
el cetro de Atahualpa y Motezuma.

Y te acataban Albion, la Galia;
flotaba tu pendon sobre los Andes;
eras Señora de la hermosa Italia;
temida en Roma, obedecida en Flandes.

Y Murillo y Velazquez te ensalzaban;
y la Europa escuchaba con respeto
cuando en lira inmortal nobles cantaban
Rojas y Calderon, Lope y Moreto.

Mira á tu alrrededor, ó España; mira
de ese adelanto pretendido el fruto:
junto á tu gloria, que anhelante espira,
llanto, y discordias, y miseria, y luto.

Á D. VENTURA DE LA VEGA.

EPÍSTOLA.

Sevilla: Enero de 1861.

Desde la fresca y encantada orilla
del ancho Bétis, cuyas ondas claras
besan el pié de la imperial Sevilla,

Aunque desnudos de bellezas raras,
hoy ván mis versos, sin color ni aliño,
á tí que cariñoso los amparas.

Si á que los dicte el corazon me ciño,
lo que de galas y sabor les falte
les sobrará de fraternal cariño.

No en ellos busques el calor que exalte,
ni la profundidad del pensamiento,
ni el alto timbre, ni el pulido esmalte.

Busca, y le encontrarás, el sentimiento
del alma cariñosa que te envío
consuelo á darte y á inspirarte aliento.

¿Con que no sigues bien, Ventura mío?
¿Con que escondido en casa así te apocas
de Guadarrama ante el aliento frio?

Pues ¿por qué no te alejas de esas rocas,
helado pedestal del rudo monte
ceñido siempre de sus blancas tocas?

Huye de Somosierra el horizonte:
sus aires deja al pecho valeroso
de broncíneo pulmon que los afronte.

Vente á orillas del Bétis caudaloso,
donde gozamos, los que aquí nos vemos,
sus verdes campos y su cielo hermoso.

A recibirte á Córdoba saldremos;
y Florencio, y Sobrado, y todos, todos,
con cariñoso afán te cuidaremos.

Guarde Madrid sus invernales lodos,
y del favor la cortesana palma
al que la busca por distintos modos.

Ven tú á buscar aquí la dulce calma;
y te dará esta tierra de las flores
salud al cuerpo y alimento al alma.

Pasearás del dia á los albores;
y cuando á espaldas de la verde loma
contemples que cercado de esplendores

El límpio Sol de Andalucía asoma,
respirarás las auras perfumadas
del oliente azahár con el aroma.

Mirarás, muellemente reclinadas
del vecino collado en la ladera,
las deslumbrantes casas blanqueadas.

Admirarás del rio en la rivera
pintados bosques de carmin y gualda
que viven en eterna primavera;

Y de la sierra hasta la oscura falda
verás tenderse la feraz campiña
desde el alto balcon de la Giralda.

Y verás la ciudad cómo se aliña,
cubierta siempre de su blanco manto,
y de la torre en derredor se apiña.

Verás la Caridad, hospital santo
que Mañara fundó, como es notorio,
despues de ser escandaloso espanto

De España, y deshonor de su abolorio,
sirviendo al reverendo Mercenario
de original para su Juan Tenorio.

Y en su bello, aunque humilde santuario,
contemplarás del arte mil primores
que te suspendan con encanto vario.

Grandes obras de célebres pintores;
ofrenda reverente del talento
á los piés del Señor de los señores.

Y otra mañana con que veas cuento
la casa de Pilatos, que no es fea,
y es además curioso monumento.

Igual á la del Prócer de Judea,
segun declaracion, de fé no escasa,
desde el hondo cimiento á la azotea.

Ó por el puente que á Triana pasa
á Castilleja iremos, que está cerca,
y allí de Hernan Cortés verás la casa.

Sus rotas tapias y cegada alberca
del noble Montpensier restauró el celo,
y hoy crecen flores tras la humilde cerca.

Pensaremos allí para consuelo
que del buen capitan sobre la tumba
nunca el olvido tenderá su velo;

Ni hará que el nombre á su poder sucumba
del vencedor de las indianas gentes
en Tlascala, y en Mégico, y Otumba.

Si al ver la ingratitud del hombre sientes
que el alma triste y de dolor opresa
de ideas necesita diferentes,

A la Cartuja irás, que el Bétis besa,
y en artísticas formas barro inculto
transformarse verás con gran sorpresa:

Y encontrarás, en vez del monge oculto
que el silencio de Bruno profesaba,
de la caliente fábrica el tumulto.

Lo que aquí hay de admirar nunca se acaba;
mas si en el órden sigues mi consejo
una cosa has de ver, que ya olvidaba:

La casa secular del candilejo;
que de Pedro primero nos recuerda
un acto de justicia muy añejo:

Pues, porque la memoria no se pierda,
un busto notarás junto á la esquina
cuya garganta Real ciñe una cuerda.

Verás la Biblioteca Colombina,
á la cual volverás con gran frecuencia,
pues lo curioso y raro allí se hacina:

Y el libro sacarán á tu presencia
donde Colon su intento soberano
afirmó con los datos de la ciencia.

Visitaremos el archivo indiano,
del Escorial, por lo severo, copia,
que de Herrera inmortal trazó la mano;

Y entre los datos que abundante acopia,
con el dolor que el corazon repliega,
un memorial verás de mano propia

Del autor del Quijote, en el que ruega
que un empleo le den que su hambre aplaque,
y el marginal decreto que lo niega.

Oh! que la ingratitud crónico achaque
es que en España todos padecemos,
desde el alto señor al badulaque.

A Itálica otro dia nos iremos:
y columpiarse la amapola roja,
y los viciosos cardos miraremos,

Y el verde musgo que el relente moja,
sobre la hundida funeral grandeza
de esos escombros que cantó Rioja.

Ó la joya mayor de su riqueza,
y que el pueblo andaluz estima en tanto
como que en ella su rescate empieza,

Santa reliquia, del alarbe espanto,
verás la espada que ganó á Sevilla,
regida un tiempo por Fernando el Santo.

Es la verdad; no ha visto maravilla
quien no vió esta ciudad, que rodeada
de su esplendor á las demás humilla.

Y no es mi admiracion apasionada:
cede, Ventura, á las instancias mias
y te devuelvo á nuestra edad pasada.

Y espero despertar tus alegrías,
sin que el fastidio mis intentos frustre,
que el tiempo ha de faltarnos muchos dias;

Pues de la madre pátria en honra y lustre,
donde quiera que aquí tiendas la vista
la marca encontrarás de un nombre ilustre;

Del talento andaluz una conquista,
desde Lope de Rueda y Juan Malara,
hasta los tiempos de Reinoso y Lista.

Sí, con razon su descendencia clara
de altos ingenios y modernos Martes
ostenta esta ciudad, si se repara

Que por ellos, venciendo en todas partes,
triple corona se ciñó galana
en las armas, las letras, y las artes.

Y si ser madre con razon la ufana
de esos que, en honra suya y su decoro,
llegar supieron á la gloria humana,

Tambien nos muestra entre el celeste coro,
circundado de glorias inmortales,
el venerando nombre de Isidoro.

Oh, ven, y alivio encontrarán tus males
de la amistad dulcísima en el seno,
y estimado serás en lo que vales.

Tengo un amigo aquí, Juan José Bueno,
digno en toda verdad de su apellido,
de ingenio claro y de bondades lleno.

Poeta y escritor esclarecido,
y sábio sin soberbia y sin entono,
es buscado por todos y querido.

Con bellas formas y esquisito tono
abre su casa todas las semanas,
y las artes allí tienen su trono.

En el talento y el saber hermanas
juntas verás las negras cabelleras
con las honrosas venerables canas;

Y la mano darás á las primeras
reputaciones del pais de Lista
en aquellas artísticas esferas.

Allí D. Jorge Diez, humanista,
y del púlpito honor, y Sacerdote:
y Carbonero y Sol, orientalista,

Que á las musas tambien paga su escote:
y Benísia, y Aldama el veterano;
y Hernandez, y Campillo y Castellote.

Nuestro marqués de Auñón, vate galano:
Buhser, Cauto, Latour, y Mata, y Rios,
y Fernandez Espino, y Justiniano,

Campos, y Sanchez, que con nobles brios
á la region artística su vuelo
gallardos tienden con intentos píos.

Prez y honor cada cuál del pátrio suelo,
con armas ó cincel, pluma ó pinceles,
su nombre eleva de la gloria al cielo.

Tú, brillando entre todos como sueles,
disfrutarás en pláticas sabrosas
de la amistad las regaladas mieles.

Y otras flores nos brinda deliciosas
de las lídes dramáticas la arena,
tanto mas bellas cuanto mas costosas.

Tu *Hombre de mundo* se pondrá en escena;
y cuando el triunfo para tí recoja,
porque la gente de entusiasmo llena

Con clamores de júbilo le acoja,
á merecer aspiraré contigo
del ganado laurél la postrer hoja.

Si al fin con todo aquesto te fatigo,
que yo lo entienda por temor no evites:
á dártele mayor tambien me obligo

Aunque mayor consuelo necesites,
que olvidarás al hombre y sus miserias
cuando la gran Basílica visites.

Lleno allí te hallarás de ideas sérias,
apartado del mundo y sus placeres,
que á precio siempre del sosiego férias.

Yo, olvidando mis rudos padeceres,
cuando á su santa sombra me contemplo
solo pienso del hombre en los deberes.

Y yo te mostraré, dándote ejemplo,
que el corazon rezando se dilata
bajo las altas bóvedas del templo.

Verás allí de cincelada plata
el alto Camarin donde se encierra
de la Madre de Dios la imágen grata.

Y á su piedad, que de la infanda guerra
con los poderes del abismo estremos,
dándola un Redentor, salvó á la tierra,

Nuestra voz suplicante elevaremos,
y con santa oracion y alma contrita
juntos por nuestros hijos rezaremos.

Y con bondad nos mirará infinita:
que al ver que siempre que á sus piés llegamos,
y que su santa intercesion bendita

Entre Dios y los hombres colocamos,
derrama el bien la Omnipotente diestra,
no en vano al invocarla la llamamos
"Vida, y dulzura, y esperanza nuestra."

Á ELVIRA.

CANCION.

¿Quién me dijera, Elisa, vida mia,
Cuando en aqueste valle al fresco viento
Andábamos cogiendo tiernas flores,
Que habia de ver con largo apartamiento
Llegar el triste y solitario dia
Que diera amargo fin á mis amores?

GARCILASO.

¡Angel de mis amores,
Flor escogida entre las mil que el valle
Alfombran de colores;
Palma gallarda de gallardo talle,
De los árboles reina y de las flores!

¡Bellísima azucena,
Para mi corazon muy mas hermosa
Que una noche serena
Con su luna de plata, silenciosa,
De frescas auras y perfumes llena!

¿Quién no ha de amar, señora,
De esos ojos el lánguido destello,

La que el carmin colora
Cándida nieve de tu rostro bello
Donde amor sus delicias atesora?

Tú eres la luz, bien mio,
Que mis ojos alumbra, y me dirige
Por este valle umbrío;
Con tu penar mi corazon se aflige,
Lloro si lloras, con tu risa río.

Y es tu voz el arrullo
De la tórtola amante á mi cariño,
¡Oh entreabierto capullo,
Blando como el recuerdo del murmullo
Del manso arroyo en que jugaba niño!

¿Quién como yo dichoso
Cuando tu mano con mi mano ruda
Apretaba afanoso,
Y en tu hermosura me miraba ansioso,
Fijos los ojos y la lengua muda?

Siempre que así me veas,
Sin hallar voz á mi pasion bastante,
Y en mis ojos lo leas,
El alma entónces, como nunca amante,
Te dice con amor: «Bendita seas.»

¿Quién nos dijera, Elvira, ángel divino,
Cuando íbamos pisando aquel de amores
Misterioso camino,
Que habíamos de ver tan bellas flores
Al ímpetu rodar del torbellino?

¡Cuando á tal dicha poca
El alma embebecida en tu hermosura,
Y enamorada, y loca,
En un mar se bañaba de ternura
A cada beso de tu linda boca!

¿Dónde estais, regaladas
Caricias de su amor, y tan queridas.....
Con tanto amor pagadas?
Por la noche del tiempo vais perdidas.....
¡Ay dulces horas por mi mal pasadas!!!

¿No es cierto, vida mia,
Que no hay mayor dolor, pena mas dura,
Que la memoria impía,
En las horas de llanto y amargura,
De la que huyó dulcísima alegría?

¿Qué habrá, dí, que no sea
Para mi corazon pena y enojos
Donde el triste no vea

La clara lumbre de tus claros ojos
Y en tu dulce mirar sus glorias lea?

Muriendo irá como la flor, que roja
Mientras la besa el aura matutina,
Y el rocío la moja,
De los vientos al ímpetu se inclina
Que llevándose van hoja tras hoja.

Y cuando el alma mía
Cuenta las horas de mayor quebranto
Que han de llegar un día,
Al rostro sube abrasador el llanto
Que palpitante el corazon le envía.

Y tras tantos desvelos,
Y porque nada á acrisolarle falte,
Este amor de los cielos
Sintió tambien en su pulido esmalte
la envenenada punta de los celos.

Sí, cuanto el alma acoge
Es á través de su celoso prisma;
Y no, mi bien, te enoje,
Pero los tengo de mi boca misma
Cuando tus besos y su miel recoge.

¡Celos!.... Dolor villano
Que al puro amor se atreve, y que le agita
Con incansable mano,
Mientras el corazon lucha y se irrita
Del dardo punzador tirando en vano.

¡Celos!.... sí, me devoran,
Y el apretado corazon estalla,
Y ambos mis ojos lloran,
Si pensamientos que la lengua calla
Acuden á mi mente y la acaloran.

Pero en vano se lanza
Traidora sierpe á devorar ansiosa
La flor de mi esperanza,
Que con su lengua vil y ponzoñosa
Hasta tu sol clarísimo no alcanza.

Pues nunca una rastrera
Sospecha de tu fe mi amor llagara,
Ni el alma la acogiera,
Que no tanto, mi bien, te idolatrara
Si ángel de perfeccion no te creyera.

Y eres la luz, bien mio,
Que mis ojos alumbra, y me dirige
Por este valle umbrío;

Con tu penar mi corazon se aflige,
Lloro si lloras, con tu risa río.

Adios, cancion llorosa,
Hija de mi dolor y mi quebranto;
Adios, y presurosa
Vuela á llevar de mi amoroso canto
El eco triste á mi adorada hermosa.

Y si baja una lágrima al abrirte
De los ojos que el alma me robaron
Sus penas á decirte,
Muéstrale tú las mias que arrugaron
Lo terso del papel al escribirte.

Díle, cancion sentida,
Que la flor de mi amor pura y ligera,
Por el amor mecida,
En eterna esmaltada primavera
Al alma amante vivirá prendida.

Que porque nunca ceda
Ni del dolor se incline al viento ronco,
Ni él deshojarla pueda,
Para regar su delicado tronco
Ancha fuente de lágrimas me queda.

——

A UN LUCERO.

Lucero, que brillas tanto
De los cielos suspendido,
Tan hermoso,
Párate á escuchar el canto
De mi pecho dolorido
Y congojoso.

Yo no sé, lucero mio,
Ni qué busco ni qué quiero;
Sé que lloro,
Y mis suspiros te envío,

Y que en el alma, ó lucero,
Yo te adoro.

En vano el sol orgulloso
La esfera cruza esplendente
En raudo giro;
Que solo hallo el cielo hermoso
Cuando en su azul trasparente
Brillar te miro.

Y cuando tu luz serena
Saliendo va poco á poco
Tras el dia,
El verte me causa pena,
Y el verte me vuelve loco
De alegría.

¿Qué es esto, lucero, dí,
Que yo no puedo esplicar
A mi razon?
Si cifro mi dicha en tí
¿Porqué al verte ha de llorar
Mi corazon?

Sé que eres tú mi consuelo
Cuando en la nocturna calma
Brillas así,

Porque estás fijo en el cielo
Como está fijo en mi alma
Mi amor por tí.

Y estasiado mi cariño
En mil deseos de niño
Se complace;
Y el alma vuela á tu altura
Y en purísima ternura
Se deshace.

Pero al llegar á adorarte,
Y al recordar que no puedo
Siempre verte,
La alegría de mirarte
Se envenena con el miedo
De perderte.

Y mil sueños voy formando
Que inquietos van resbalando
Por mi mente;
Y mi corazon delira,
Y enamorado suspira
Tiernamente.

Y repasando angustiado
Sus breves dichas y pocas,

Le hacen latir
Recuerdos de lo pasado,
Vagas esperanzas locas
Del porvenir.

Gracias á la noche amiga
Que consuela mis enojos
Con amor,
Mientras que ¡Dios la bendiga!
Llorar permite á mis ojos
Sin rubor.

Y me da sus auras frias,
Y su mágico reposo,
Y sus olores,
Y sus vagas armonías,
Y el susurro delicioso
De sus flores.

Y el arroyo murmurando
Va entre rosas deslizando
Su corriente;
Y el aire el jardin oréa
Y los árboles menéa
Mansamente.

Y los besos palpitantes

De las tórtolas amantes
Oigo inciertos;
Y á mí llegan regaladas
Las brisas embalsamadas
De los huertos.

Y en tanto tu luz serena
Saliendo va poco á poco
Tras el dia;
Y el verte me causa pena,
Y el verte me vuelve loco
De alegría.

Y no sé, lucero mio,
Ni qué busco ni qué quiero,
Sé que lloro,
Y mis suspiros te envío,
Y que en el alma, ó lucero,
Yo te adoro.

UN SUSPIRO.

Noche serena, del dolor amiga,
¡Cómo tu encanto y apacible calma
Bajan del cielo, y la congoja dura
Templan del alma!

Ese de estrellas tachonado manto,
Con que tus hombros colosales prendes,
Sobre la tierra de sufrir cansada
Mágico tiendes.

Ya de la luna cariñoso el rayo
Brilla en la fuente que su luz retrata:
Leve riëla, y tembladoras finge
Cintas de plata.

Blando el murmullo del arroyo limpio
Suena pasando entre las flores rojas:
Mansas las auras con amante beso
Mecen las hojas.

Hora que calla la dormida tierra,
Muda gozando tu feliz sosiego,
Noche serena, del dolor amiga,
Oye mi ruego.

Lleva en las alas de tu dulce brisa,
Llévale al ángel que adorando admiro
Este del alma enamorado y tierno,
Hondo suspiro.

Pero que ruegues á tu brisa blanda,
Plácida noche, el corazon quisiera
Que llegue á Elvira, y por sus dulces labios
Pase ligera.

Mira que horribles en el alma amante
Celos del dia que la alumbra siento;

Mira que tengo, si sus rizos mece,
Celos del viento.

Deje el suspiro, y sin decir se aparte
Que es de mi pecho ni que yo le envío;
No temas, noche, que al sentirle Elvira
Dude que es mio.

ELLA.

Vuelve á mi mente encendida,
Vuelve, recuerdo adorado:
Tú del corazon llagado
Embelleces el dolor,
Como el mágico preludio
De la lira del Profeta,
Como al alma del poeta
El primer sueño de amor.

Yo la miré, dulce, bella,
Como la flor en su broche;
Como el astro de la noche
Melancólica vagar,
Y pura como su rayo,
Que en los aires se dilata
Y blanca lluvia de plata
Se desliza por el mar.

Con lágrimas de mis ojos
Mi corazon la llamaba;
Al hombre que la adoraba
Volvió su dulce mirar;
Y cual ancha catarata
De los cielos desprendida,
Bajó un torrente de vida
Mi corazon á inundar.

Y huyeron mis tristes sueños,
Y mis noches de quebranto,
Que vino á secar mi llanto
Su acento consolador;
Y resonó en mis oidos
Como un suspiro del cielo,
Como el misterioso vuelo
Del arcángel del Señor.

Y esa voz idolatrada
Su amor, su amor me ofrecía,
Que arrebató el alma mía
Con volcánico poder;
¡Su amor! hombres ¿lo escuchásteis?
¿Hay algo que valga tanto?
Tierra de amargura y llanto,
¿Qué me puedes tú ofrecer?

La gloria del que en su lira
La Jerusalen cantara,
Y cuya frente adornara
Ancha aureöla inmortal;
O el sepulcro de Virgilio
Sobre el que el laurél se inclina,
Y que el Vesubio ilumina
Como un inmenso fanal:

La gloria del gran soldado
Que los hombres no vencieron,
Y cuyo lauro tejieron
Jena, Marengo, Trancín;
Del que se alzó sobre el mundo,
Y triunfando en todas partes,
Volaron sus estandartes
Del ancho Sena al Kremlín:

¿Qué es el poder, y sus tronos,
Y sus altivas murallas,
Y el laurél de las batallas,
Y la alta gloria inmortal,
Ni el hondo mar encerrando
de sus perlas el tesoro,
Si ella me dice «te adoro»
Con su labio celestial?

¡Angel de amor!.... ¡Para siempre
Mi alma á la tuya unida!!
Mira, tal vez de la vida
En el último escalon,
Verás tu imagen mudada
Bajo la arruga enojosa....
¿Quieres verla fresca, hermosa?
Búscala en mi corazon.

Sí, que allí junto á la tumba
Mis recuerdos lisonjeros
Como en mis años primeros
En mi pecho se alzarán;
Siendo mis cabellos blancos
Sobre mi frente arrugada
Blanca nieve amontonada
Sobre el hirviente volcan.

Mas si una temprana muerte
Entre nosotros se lanza
Y seca en flor la esperanza
De mi ardiente juventud;
Tú que oiste de mi alma
El juramento primero,
Escucha el voto postrero
Que sonará en mi laúd:

«Cuando de la eterna noche
En la inmensidad perdido
Pase el viento del olvido
Por mi esperanza y mi amor;
Solo te pido, pues fuiste
Luz de mi vida, mi gloria,
Un suspiro á mi memoria
Y á mi sepulcro una flor.

MI ESPERANZA.

¡Qué calor! arde mi frente:
Solo se escucha el zumbido
De las ramas, y el rüido
Que hace corriendo la fuente.
Y cuando todo está muerto,
Mudo, yerto,
Álzase sola mi alma
Cual la solitaria palma
De la arena del desierto.

Noche, á tu mansion umbría
Desciende ya presurosa;
Á tu sombra silenciosa
Suceda el alegre día.
¿Qué es á mis ojos tu encanto,
Ni ese manto
Rico de estrellas que ostentas,
Si con tu silencio aumentas
De mi corazon el llanto?

¿De qué me sirve admirar
De cien mundos luminosos
Los misterios tenebrosos,
Y asombrado contemplar
De la luna la carrera,
Que en la esfera
Brilla cual sello luciente
Que la mano omipotente
En los cielos imprimiera,

Si al quererse levantar
El alma hasta el alto asiento
Del sol, y del firmamento
Los misterios aclarar,
Húndese al fin despechada
De la nada
Hasta el abismo sin suelo,

Con el triste desconsuelo
De ver su ambicion burlada?

Sed ardiente que me abrasa;
Inmenso vacío, eterno,
Para quien es del infierno
El fuego imágen escasa:
Yo del amor las primicias,
Sus delicias
Para saciarte busqué,
Y sed y amargura hallé
En sus traidoras caricias.

Encontrar vida creyó
En su pasion delirante
Mi pecho, y un solo instante
Placer celestial gozó:
Así la flor delicada,
Que inclinada
En el dolor se mecía,
Abre su cáliz al día
Del aire puro halagada.

Yo la ví; mi corazon
La creyó luz de su vida;
Mas pronto la fementida
Esta mágica ilusion

Con la traicion desgarrára
Que ocultara
Bajo su cándido velo:
Ángel la adoré del cielo,
Y solo muger la hallára.

¿Qué me importa? ¡Maiquez! ¡Talma!
¡Veneracion de los hombres!
A vuestros gloriosos nombres
Se agita ardiendo mi alma.
El arte en este vacío
Mudo, frío,
Y en mis dias de dolor,
Como la aurora en la flor,
Derramará su rocío.

Cuanto en su mente encendida
Hubo el poeta creado,
Por él ve el hombre asombrado
Tomar á sus ojos vida.
Y cien nombres olvidados,
Sepultados
Entre los siglos sombrosos,
Por él renacen gloriosos
A las tumbas arrancados.

Por él de la fe el sosten

Veo en Oriente lidiando,
Y en sangre infiel empapando
Las arenas de Salen:
Veo la hueste briosa
Victoriosa,
Cuyo ondeante crestón
Miró en sus muros Sión
Al plantar la cruz gloriosa.

¡Libertad! y al resonar
Por él tu voz prepotente,
¿Dó está el mortal que no siente
Su corazon palpitar?
Renueva allí la memoria
De la gloria
Y las preces alcanzadas
Con sangre libre grabadas
En las hojas de la historia.

¡Arte hermoso, celestial!
Un Talma, un Maiquez creaste,
Y al orbe entero asombraste;
Y de su gloria inmortal
Su edad dichosa llenando,
Rebosando
No á contenerla bastó,
Y en los siglos la vertió

La eternidad inundando.

¡Maiquez!... ¡Talma!... fuera en vano
Aspirar á tal memoria;
Mas de las hojas de gloria
Una descienda á mi mano
De esa corona querida
Desprendida;
Venga á refrescar mi frente,
Y baje luego á occidente
El postrer sol de mi vida.

CANCION.

Febrero de.....

. . . . . .
„Y tú sola podias,
„bellísima azucena delicada,
„volver mis negros dias
„á la risueña aurora, ya pasada
„de mis enamoradas alegrías."
. . . . . .
Miguel de los Santos Alvarez.

¡Alma del alma mia;
bien de mi corazon, y su esperanza;
ángel de mi alegría;
sol de mi amor, que desde el cielo lanza
mares de luz sobre mi noche umbría!

Por tí, por tí, amor mio,
vuelve á la vida el corazon doliente
que solitario y frio
seca ya de su amor la rica fuente
pensó que estaba en su mortal desvío.

En dulce son bajaron
hasta el alma tus ecos celestiales,
y de nuevo brotaron
de ternura y amor limpios raudales
que las traiciones y el dolor cegaron.

Y el aire amor respira
al rededor de mi amoroso anhelo;
y amante el mundo gira;
y llueve amor el adormido cielo
que de sus astros al amor suspira.

Y en sus vueltas estrañas
amor lleva el arroyo, entre olorosas
juncias y entre espadañas,
tiernos almendros y silvestres rosas,
altos carrizos y delgadas cañas:

Y el monte, cuya espalda
aguanta el peso de árboles robustos;
y el valle que á su falda,
orgulloso tambien con sus arbustos,
desarrolla la alfombra de esmeralda:

Y el manto de rubíes
que Mayo ostenta por el prado ameno
bordado de alhelíes,

por todas partes de pimpollos lleno
blancos, pajizos, rojos y turquíes:

De mirto y mirabeles
las guarnecidas fuentes bullidoras,
do guarda entre claveles
ronco escuadron de abejas zumbadoras
blanco panal de regaladas mieles:

Y de álamos derechos
el bosque, do los pájaros anidan
en sus colgados lechos,
y á cuyas sombras á dormir convidan
altos doseles de los ramos hechos:

Y amante se engalana
la noche con su pompa silenciosa;
y amor el rio mana;
y de amor llora, pálida y hermosa,
la estrella virginal de la mañana.

De limpia luz cubiertas,
y despidiendo sones celestiales,
miro por tí las puertas
de un cielo de venturas inmortales
de par en par á mi cariño abiertas.

Y do quiera que miro
amor, y solo amor, hallan mis ojos;
y por tu amor suspiro;
y cuanto no eres tú me causa enojos,
y ciego en mi pasion por tí deliro.

Y solo sé buscarte,
y mis oidos con delicia oirte,
y mis ojos mirarte,
mi lengua en sus palabras bendecirte,
mi alma y mi corazon idolatrarte.

Que son las flores rojas
menos lindas que tú, dulce amor mio,
con sus abiertas hojas
salpicadas de gotas de rocío
y columpiadas en sus ramas flojas.

Ni de la blanca aurora
las azuladas ó encendidas tintas;
ni su luz, que colora
del agua mansa las delgadas cintas,
son bellas como tú, dulce señora.

De tu voz el sonido
vibra del alma en los profundos senos;
y adoro embebecido

esos tus ojos, claros y serenos,
ante la luz de su mirar rendido.

Y la serena frente,
y la graciosa espalda que sustenta
ese talle valiente;
y esa boca de miel, do ven su afrenta
la fresca rosa y el clavel ardiente.

Y eres tú mi consuelo,
y el rayo de esperanza nacarada
que baja desde el cielo
á levantar al alma enamorada
que en alas de ese amor tiende su vuelo.

Y solo sé buscarte,
y mis oidos con delicia oirte,
y mis ojos mirarte,
mi lengua en sus palabras bendecirte,
mi alma y mi corazon idolatrarte.

«Que tú sola podías,
«bellísima azucena delicada,
«volver mis negros dias
«á la risueña aurora, ya pasada,
«de mis enamoradas alegrías."

——

Á LOPE DE VEGA.

Improvisacion. (1)

Yo tambien quiero cantar:
el empeño es peligroso
y fuera mejor callar;
mas por hoy he de dejar
Lo cierto por lo dudoso.

Tal vez el puesto de alguno
mucho mas digno profano,

(1) Leida en la funcion dedicada á celebrar la memoria de aquel ilustre poeta por el Liceo de Madrid la noche del 25 de noviembre de 1848.

y sin título ninguno
voy á hacer inoportuno
El perro del hortelano.

Y si no logro acertar
me dirán, y con razon,
que mas valía callar
y el buen ejemplo imitar
de *El Villano en su rincon.*

Y osado me llamarán
porque acometí sin dicha
lo que otros bien cumplirán,
y que es mi arrojo dirán
Querer su propia desdicha.

Mas yo espero, y con razon,
que oyendo, de bondad llenos,
mi pobre improvisacion,
aceptareis la intencion
y direis *De el mal el menos.*

¡Oh! ¡Si el corazon bastara
para querer y alcanzar,
por Dios que la voz soltara
y ninguno me ganara
El premio del bien hablar.

Pero mi desmayo crece
ante esa gloria indecible,
y cantarla cual merece,
Lope inmortal, me parece
que es *El mayor imposible.*

¡Rica Vega en que denota
su feracidad Castilla!
El laurel en ella brota,
y la riqueza que acota
es *La octava maravilla.*

Ni lindas flores le faltan
que sus jardines las dan;
y sobre el tapiz que esmaltan
los vivos colores saltan
de *Las flores de D. Juan.*

Y al mismo sol oscurece,
que limpio y fulgente brilla,
si en el cielo en que aparece
la viva luz resplandece
de *La Estrella de Sevilla.*

¿Quién mejor pintó la saña
celosa, que el vidrio empaña
del amor con sus desmanes?

¿Quién mejor en sus galanes
La cortesía de España?

¿Quién, sino él, imaginara
que por amor de Don Juan
hasta á venderse llegara
y el propio rostro marcara
La Esclava de su galan?

Él, con varios pareceres,
enseñó en distintos seres
y con diferentes nombres,
el noble honor de los hombres
y *El valor de las mugeres.*

Y cuando piadoso canta
lleno de humilde fervor
¿quién en piedad le adelanta?
dígalo en su historia santa
San Isidro labrador.

Él con briosa elegancia
de los hechos de Numancia
nos renovó la memoria
en los que acabó con gloria
Bernardo del Carpio en Francia.

Y aquellos que dominaron
del Pirineo á los Andes
tambien su mente ecsaltaron,
y los hechos que acabaron
Los Españoles en Flandes.

Grande, inmortal es su fama;
y á su corona lucida
la voz de tres siglos clama
y con orgullo la llama
La Corona merecida.

Y, sin embargo, iracundo
hasta el abismo profundo
del mal le arrojó el destino,
y conoció en su camino
Lo que hay que fiar del mundo.

No, no siempre grata brilla
su estrella desde la cuna;
que combatida la quilla,
sufrió su pobre barquilla
Mudanzas de la fortuna.

Y amarrado á las cadenas
que le impuso el mundo loco,
sufrió sus rudas condenas;

que en este valle de penas
Nunca mucho costó poco.

Pero él, firme en su sendero,
logró al destino vencer;
que ante el valer verdadero,
á pesar del mundo entero,
es siempre *Lo que ha de ser.*

Y hoy es inmortal su fama;
y á su corona lucida
la voz de tres siglos clama
y con orgullo la llama
La Corona merecida.

CANCION.

. . . . . .
. . . . . .
¿Mas qué hallará que le parezca hermoso
El que guarda en el alma dolorida
Que halló feo, y vacio, y mentiroso,
El corazon de una mujer querida?"

Miguel de los Santos Alvarez.

¿Qué mas, tirana suerte,
Qué mas quieres de mí? ¿Solo y postrado
No tienes ya al que fuerte
Desafió con ánimo esforzado
Tus iras todas y á la misma muerte?

Mírame al fin rendido
Al dolor inmortal y la amargura

Con que mi pecho herido,
Las que esperanzas fueron de ventura,
Llora deshechas y su bien perdido.

Mírame ya sin guia
Por sendas ignoradas caminando;
Y en eterna agonía,
Para mayor dolor, fijas llevando
Tiernas memorias en el alma mia.

¿Qué para mí las galas
De la callada y amorosa noche
Leda cruzando las etéreas salas,
Ni la azucena que al abrir su broche
Embalsama del céfiro las alas?

¿Ni del sol la venida,
Que al asomar en su triunfante marcha
Refleja en la pulida
Cándida alfombra de apretada escarcha
Sobre los verdes campos estendida?

¿Ni esos que al hombre admiran
Mundos de luz, que por el limpio cielo
Con su belleza giran,
Para mis ojos que en amargo duelo
A través de sus lágrimas lo miran?

¡Ay! ¡Para el que dolores
Lleva solo y angustias en el alma,
Rendido á sus rigores,
Ni tiene el aire de la noche calma,
Ni luz el dia, ni los campos flores!

¡Ay de mí! ¿Qué se hicieron
Tus sueños regalados, amor mio?!
Y las dulces palabras ¿dónde fueron,
Que así como en las flores el rocío,
Sobre mi corazon blandas cayeron?

¿Dónde está la serena
Y despejada frente que solia,
Libre de amarga pena,
Reclinarse en mi pecho, cuando mia
¡Ay! se llamaba de entusiasmo llena?

¿Dónde las amorosas,
Las de nieve purísimas megillas,
Envidia de las rosas
Que allá entre las pintadas florecillas
Se mecen del vergel reinas hermosas?

¿Dó el mirar de sus ojos,
Y de su blando aliento los aromas,
Cuya dulzura vieron con enojos

Blancos inciensos y pajizas gomas,
Cándidos lirios y claveles rojos?

Ya para mí perdido
Todo el bien que mi alma acariciaba
Contemplo y destruido;
Y es á mis ojos lo que tanto amaba
Del cielo de mi amor ángel caido.

¡Ay mi dolor! ¿Quién pudo
Imaginar que así se romperia
El cariñoso nudo
Que enlazado con flores se veia
Y hecho pedazos hoy al golpe rudo?

Ni hasta que al fin los toca,
¿Cómo pudo temer tales amaños
Mi alma de amor loca,
Ni tales artes en tan pocos años,
Ni tal mentira en tan hermosa boca?

En mil pedazos salta
Deshecho el corazon en su tortura,
Y el aliento me falta,
Y mis flores mas bellas la amargura
Con su triste color tiñe y esmalta.

Y así me quejo en tanto;
Que no hay dolor que á mi dolor se iguale;
Y con mi triste canto
En ancha vena de mis ojos sale
De eterno afán desesperado llanto.

Y al hondo precipicio
En que ora estoy, y á desventura tanta
¿Por qué arrojarme así? Ciego y sin juicio,
¿Hubo cosa en el mundo grande y santa
De que yo no la hiciera sacrificio?

Es horrible la herida,
Y el triste despertar es espantoso
Del alma dolorida
«Que halla feo, y vacío, y mentiroso,
El corazon de una muger querida.»

Adios, adios, praderas,
Que el fecundante abril borda y salpica
Con sus flores primeras:
Adios, ó noche, que de estrellas rica
En la mansa laguna reverberas.

Adios, dias hermosos,
Con vuestra aurora de encendida grana:
Brille con sus destellos amorosos

La estrella virginal de la mañana,
Y alumbre vuestro sol á los dichosos.

¡Ay! ¡Para el que dolores
Lleva solo y angustias en el alma,
Rendido á sus rigores,
Ni tiene el aire de la noche calma,
Ni luz el dia, ni los campos flores!

Adios, Cancion doliente,
Ultima acaso que á mi triste lira
De hoy mas dará mi juventud ardiente:
Mi triste corazon tierno suspira,
Pero postrado á su dolor se siente.

LA FLOR PERDIDA.

¿Qué manos, pobre flor, de tus pensiles
A ese oscuro rincon te trasplantaron?
¿A ese rincon donde, entre ortigas viles
Que tu blancura virginal mancharon,
Y con duras espinas y sutiles
Tus hojas delicadas desgarraron,
Llorando pasas, al amor perdida,
Las largas horas de tu triste vida?

¿Qué valen para tí la blanca luna
Con su luz melancólica en el cielo,
Ni el aire que, rizando la laguna,
Pasa callado entre el nocturno velo,
Si triste y lejos del que fué tu cuna
Valle querido, y en estraño suelo,
En vez de tus risueños horizontes
Te cercan pinos y nevados montes?

En vano para tí sonoro el río
Va murmurante por la vega llana;
Del hondo centro de la tierra frío
En vano para tí la fuente mana;
Ni una gota te envía de rocío
Ni un beso de sus auras la mañana;
Ni tiene para tí siquiera un rayo
El claro sol del floreciente mayo.

Tal vez el austro en su indomable orgullo
Tus verjeles cruzó silvando ronco
De las selvas espesas al murmullo
Y de la tempestad al grito bronco;
Y entónces tú, que virginal capullo
Al dulce abrigo del amado tronco
Feliz crecias, desprendido fuiste
Y entre el recio huracan aquí viniste.

Yo tambien, pobre flor, tuve risueños
Frescos jardines de esmaltadas flores;
Tambien mecido en regalados sueños
Un porvenir miré rico en colores;
Y tambien tras los breves y pequeños
Bienes que el alma acarició, dolores
Sin tasa sobre mí juntos vinieron,
Y todos y á la vez mi pecho hirieron.

Y tambien como tú lloro perdida
La hermosa flor que el alma enamorada
En sus amantes senos escondida
Guardaba con amor acariciada:
El sol de mi esperanza en su caida
Tambien su blanda luz perdió apagada,
Y en esta triste noche en que me deja
Se lleva el aire mi sentida queja.

Retrato fiel de tanta desventura,
Adios, por siempre adios; que presurosas
Pasen por tí las horas de amargura;
Y acepta, pobre flor, las que amorosas
Y llenas de dulcísima ternura
Bajan hoy á regarte cariñosas
En tu lecho de bárbaros abrojos;
Lágrimas son de mis cansados ojos.

SERENATA.

Ya brilla la blanca luna
En el trasparente cielo
Bañando el dormido suelo
Con su dulce resplandor:
Y abren de su puro cáliz
Las tiernas flores el broche,
Y las auras de la noche
Embalsaman con su olor.
Despierta, Elvira,
Oye mi voz.

Deja el lecho regalado,
Elvira del alma mia,
Ángel de paz y alegría,
Consuelo de mi dolor:
Y verás nuestro lucero
Con sus vivos resplandores;
Aquel que en noches mejores
Mirábamos con amor.
Despierta, Elvira,
Oye mi voz.

Verás á tu enamorado,
De felicidad sediento,
Puesto en tí su pensamiento,
Sus ojos en tu balcon.
Y oirás al eco lejano
Repetir con voz sonora
Cuánto mi pecho te adora
En su entrañable pasion.
Despierta, Elvira,
Oye mi voz.

Ven, que al amor nos convidan
El bosque con su murmullo,
Con su placentero arrullo
El viento murmurador:
Y el arroyo cristalino

Que el limpio cielo retrata,
Y ligero se desata
Saltando de flor en flor.
Despierta, Elvira,
Oye mi voz.

Ven, que mis brazos te esperan;
Mira que el tiempo nos tasan;
Mira que las horas pasan
Y con ellas la ocasion:
Ven, y un beso de tu boca,
Que ciego adoro y rendido,
Vuelva la paz que ha perdido
A mi pobre corazon.
Despierta, Elvira,
Oye mi voz.

Mas ¡ay! que en vano te digo,
Velando al pié de tus rejas,
Con enamoradas quejas
Mi tormento abrasador:
Y sin consuelo me aparto
En la amarga pena mia,
Que viene del nuevo dia
Rayando el primer albor.
Y á tí no llega
Mi tríste voz.

Dulce brisa de la noche,
Vuela, vuela cariñosa,
Y lleva á mi Elvira hermosa
Los ecos de esta cancion:
Y al acariciar las flores
Que en esas ventanas miro,
Deja en ellas un suspiro
De mi amante corazon.
Adios, Elvira,
Adios, adios.

A UNA FLOR.

Ven, flor, que llevó en su mano
El alma del alma mía,
Ven, ven á dar alegría
A mi amante corazon;
A este corazon que sabe
Hermanar en su cariño
Con la ternura de niño
Su volcánica pasion.

¡Dichosa flor, que de un ángel
El puro aliento sentiste,
Y su aroma recogiste
Cuando al labio te llevó!
Pura y galana te muestras,
Y con razon orgullosa,
Que no hay boca mas hermosa
Que la que á tí te besó.

Mira á tus pobres hermanas
Que tal dicha no tuvieron
Y en el valle en que nacieron
Olvidadas morirán:
Y lejos del manso arroyo
Y de sus aguas queridas,
Deshojadas y perdidas
Por esos campos irán.

Aun te contemplan mis ojos
Por su mano delicada
Blandamente acariciada
Y envidia te tengo, flor:
¡Ay! deja que el alma sueñe,
De amor delirante y loca,
Que en tí de su dulce boca
Viene un suspiro de amor.

Y no llores lo que pierdes
Ni te agoste el desconsuelo,
Que no de su hermoso cielo
Sola y desterrada vas;
No lo temas, no, flor mia,
Que aquí en mi pecho guardada,
Su imágen idolatrada
Siempre á tu lado tendrás.

Á ELVIRA.

CANCION.

Hojas del árbol caidas
Juguete del viento son;
Las ilusiones perdidas
¡Ay! son hojas desprendidas
Del árbol del corazon.
ESPRONCEDA.

¡Blanca azucena que mi amor cuidaba,
Al blando soplo de mi amor crecida,
Que el alma en su ternura acariciaba,
Regalo y esperanza de mi vida!

¡Tierno capullo, que entreabrió el rocío
Y el aura coloró con su frescura;
Adorada ilusion, cariño mio,
Blanco lucero de mi noche oscura!

¿Dónde estás ¡hay dolor! que no te miran
Mis tristes ojos de llorar cansados?
¿Por qué mis lábios con amor suspiran,
Y no encuentran los tuyos abrasados?

Huyes, luz de mis ojos, y perdida
Dejando el alma que alumbrar pudiste,
De dolor en dolor corre mi vida
En noche lenta, solitaria y triste.

¡Ay pensamiento, en maldecido instante
Concebido por tí!! Ciega te alejas,
Y el corazon que te idolotra amante
Muriendo de dolor y roto dejas.

Contigo van, Elvira de mi alma,
Contigo van las esperanzas mías;
En tus labios dulcísimos la calma,
En tu risa infantil mis alegrías.

¡Lágrimas de dolor y de amargura,
Brotad del corazon, salid sin duelo,
Que es bien que el alma en tanta desventura
Sin tasa llore su perdido cielo!

Ni estrañas son mis lágrimas de angustia,
Que aun brota sangre de la herida abierta;

Y al ver su hermosa flor doblada y mústia,
¡Qué mucho al fin que el corazon las vierta!

¿Qué mucho, si se lleva la esperanza,
Y de un sentido amor la postrer hoja,
Este que triste y lastimero lanza
Mi corazon suspiro de congoja?

¡Ay! tú no sabes lo que el alma herida
Sufre de angustias y de afan prolijo
Al dirigir su eterna despedida
Á un tierno amor de sus dolores hijo.

Es ver huir á un cariñoso hermano;
Es el adios tristísimo y de duelo
De dos amigos que se dan la mano
Para volverse á hallar solo en el cielo.

¿Y pudiste pensar, Elvira mia,
Que el corazon que te adoraba ciego
Amor tan grande rebajar podia
Y aun olvidarte y consolarse luego?!!

No, mi bien; por el llanto que me abrasa,
Por la amargura que en el alma siento,
Que no es el aire que entre flores pasa
Tan dulce para mí como tu aliento.

Ni es á mis ojos la temprana rosa
Tan fresca como tú ni tan galana;
Ni blanca como tú ni tan hermosa
La estrella virginal de la mañana.

¿Te acuerdas cuando aquí, sobre mi pecho,
Tu enamorado corazon latía,
Y el mio entónces en amor desecho
A los ojos en lágrimas subia?

¿Cómo olvidar, bien mio, las pasadas
Horas que tan dichosos nos hicieron
Cuando mi alma y la tuya enamoradas
Un alma sola confundidas fueron?

Hoy hace un año que tu dulce boca
Entreabierta de amor te llamó mia,
Y al oirlo mi alma ciega y loca
Lástima de los ángeles tenia.

¡Y tantas dichas, y cariño tanto
Perdidos para mí rápidos vuelan,
Trocando el que enjugabas dulce llanto
En lágrimas de hiel que no consuelan!

¡Ay pensamiento, en maldecido instante
Concebido por tí!! Ciega te alejas,

Y el corazon que te idolatra amante
Muriendo de dolor y roto dejas.

Yo voy tambien llevado por la suerte,
Desde los secos llanos de Castilla
Donde ya no podrán mis ojos verte,
Del ancho Bétis á la rica orilla.

Cuentan que allí se extienden los jardines
Del verde prado á las incultas breñas,
Brotando tulipanes y jazmines
Hasta en la cumbre de las rudas peñas.

Mas ¿qué serán sin tí, mi Elvira amada,
El encantado Eden de sus vergeles,
Ni el soplo de su brisa embalsamada,
Ni sus campos de rosas y claveles?

No tendrán para mí, ni flor tan bella
La verde alfombra de su rico suelo,
Ni tan hermosa y rutilante estrella
El puro azul de su adormido cielo.

Sin tí, dulce ilusion de mis amores,
Solo hallaré fealdad en su belleza,
Y en sus campiñas de pintadas flores
Campos de soledad y de tristeza.

Adios, adios, Elvira de mi alma;
Contigo van las esperanzas mias;
En tus labios dulcísimos la calma,
En tu risa infantil mis alegrías.

Ve, cancion, y á la hermosa en quien miraba
Mi dicha toda, mi ilusion, mi vida,
Tú le dirás.... «El mundo no encerraba
Muger ninguna como tú querida.»

Díle que vive eterna en mi memoria;
Pídele tú que calme mi delirio,
Y no trueque la palma de mi gloria
En la enlutada palma del martirio.

A...

Yo miré tus encantos, ingrata;
Maldicion, maldicion á aquel día
Que por siempre robó mi alegría,
Y á sufrir me condena y llorar.

¡Ah! ¿Por qué del dolor, cielo injusto,
Sello eterno en mi frente imprimiste?
Ya que un alma de fuego me diste,
¿Por qué un alma de fuego no hallar?

Cuando tiende la noche su manto
Tal vez calma del mísero el lloro,
Y halagado con sueños de oro
Una tregua á su mal encontró:
Mas yo siempre velando, y mi pena
Sin hallar esperanza ninguna:
¡Cuántas veces su rayo la luna
En mi llanto infeliz reflejó!

Si á un acento, á una leve sonrisa
Me contemplo ensalzado hasta el cielo,
La verdad con su mano de hielo
Mi ilusion viene al punto á romper.
Mi ventura es la flor del desierto:
Nace pura, gentil, colorada,
Y se agosta del sol abrasada
Cuando apenas empieza á crecer.

Genio horrible me acosa incesante
Que gozando en mi bárbara suerte,
La sonrisa se ve de la muerte
A su cárdeno labio asomar.
En las alas del austro llevado
Sobre tumbas y escombros se mece,
Y la copa del mal que me ofrece
Gota á gota me fuerza á apurar.

La pasion que mi llanto de fuego
Brota eterno, mi rostro quemando,
La pasion que mi dicha robando
Al abismo me hundió del dolor;
No es de amor esa llama apacible,
Es el fuego voráz del infierno,
Solo, ardiente, volcánico, eterno....
¡Ah! ¡la muerte, la muerte ó tu amor!

LAS FLORES SECAS.

¡Ay dulces prendas por mi mal halladas!
¡Dulces y alegres cuando Dios queria!
¡Juntas estais en la memoria mia
Y en mi muerte con ella conjuradas!

GARCILASO.

¡Secas ya! ¡Todo acabó!
La gracia que os adornó
Ya no es mas que polvo inerte:
¡Tambien su mano la muerte
Sobre vosotras pasó!

¿Quién me dijera algun día,
En mis horas de alegría,
Que tan pronto ¡ay sin ventura!
Con lágrimas de amargura
Estas' hojas regaría?

¡Pobres flores! ¡cuál sus huellas
Imprimió el tiempo sobre ellas!
¡Ay recuerdo doloroso!
¡Tambien era yo dichoso
Cuando érais vosotras bellas!

Feliz el alma al guardaros
Olvidaba el tiempo leve,
Y al venir hoy á besaros,
Frescas pensaba encontraros,
Tal le ha parecido breve.

¡Ay! ¡no le medía, oh flores,
Por esos dias amargos
Que mataron mis amores,
Lentos como mis dolores,
Como mis afanes largos!

Mira esas flores, mi amor,
Otro tiempo tan bonitas;
Ya han perdido su color,
Y aunque secas y marchitas
Conservan siempre su olor.

Que le guardan regalado,
Esas hojas secas ya,
Como el corazon llagado

Recuerdos del bien pasado
Que nunca mas volverá.

¡Nunca!! ¡Y en eterno afan
Nuestros dias pasarán,
Y en amargo desconsuelo;
Y en vano vueltos al cielo
Nuestros ojos llorarán!

¡Pobre niña! Flor temprana,
Pintada, fresca y galana,
Orgullo del verde prado,
¡Qué pronto el sol se ha nublado
De tu primera mañana!

¡Oh! me ahoga mi afliccion;
Y de su estrecha prision
Quebrantando los cerrojos,
Saliendo van por los ojos
Pedazos del corazon.

Hoy que la suerte desata
Contra tus sueños de plata
Todo su rigor impío,
Tengo valor para el mío,
Pero tu dolor me mata.

Que aumenta del alma el duelo
Verte sufrir, y mirar,
Para eterno desconsuelo,
Tus claros ojos de cielo
Turbios de tanto llorar.

Juntarse ve con horror,
Por mi desdichado amor,
En tus floridos abriles,
Tus lágrimas infantiles
A tu llanto de dolor.

¡Por mi culpa! ¡Y algun día
Me acusarás con razon!!
¡Perdóname, vida mía,
Perdona; yo te quería
Con todo mi corazon!

¡Ay! ¡Que no hay pena mas dura
Para el alma, ni amargura
Como hallar por todo fruto
Eternas horas de luto
En cambio de su ternura!

¿Lloras, corazon? ¿por qué?
¿Porque en tal trance nos vemos?
¿Porque calumnian tu fe?

Pues esa tu suerte fué,
Corazon mio, lloremos.

Si es tu obligacion callar
Y, aunque te ahogue, ocultar
tu apasionado latir,
¿Qué tienes ya que pedir,
Ni qué puedes esperar?

Pues el hondo cáliz lleno
Tienes en los labios ya,
Apura todo el veneno;
Mas cumple tú como bueno
Que en eso tu orgullo está.

Sí, bien sé yo que darías
Tu vida entera por ella,
Y si dichosa la hacías,
Tu muerte bendecirías
Y besarias su huella.

Sí, lo sé; pues qué ¿no siento
Ese batallar violento
Con que en el pecho te agitas,
Y cada vez mas irritas
Tu devorador tormento?

¿Pero á qué esa lucha, dí,
Si al cabo rendido cedes?
¿A qué fatigarte así,
Si desenclavar no puedes
Ese amor que vive en tí?

¿A qué tanto batallar
Contra tu fortuna avara?
Deja á los ojos llorar,
Que es inútil tu afanar
Cuando te vende la cara.

Llora, sí, tienes razon:
Y si al mirar tu afliccion,
Haciendo de fuerza alarde,
Hay quien te llama cobarde,
Que te pruebe, corazon.

¡Ojalá! Tal te acosó
La suerte que te tocó,
Que al que tan mal te quisiera,
Que mil pedazos te hiciera,
Le bendeciria yo.

Sí, corazon mio, sí,
La hemos perdido; ¡tan bella!
Mas no importa, sigue así:

Tú no la amabas por tí,
Tú la adorabas por ella.
Si el huracán se abalanza,
Y al fondo del precipicio
Tus dulces ensueños lanza,
Aun te queda una esperanza
Para el postrer sacrificio,
Que en tan obstinada guerra,
De un alma partida en dos
El porvenir no se cierra:
Si las separa la tierra,
Hay un cielo y hay un Dios.

BIBLIOTECA DE ANDALUCIA Granada

Á MARIA.

Recuerde el alma adormida,
Avive el seso y despierte,
Contemplando
Cómo se pasa la vida,
Cómo se viene la muerte,
Tan callando.

JORGE MANRIQUE.

Vírgen pura, madre hermosa,
Entre todas elegida
Para darle ser y vida
En tu seno al Redentor:
Vuelve tus ojos, Señora,
Vuélvelos al desgraciado,
Que á tus pies llega bañado
En lágrimas de dolor.

Por la frente que adoraba
Pasó el soplo de la muerte,
Y agostada, al polvo inerte
Cayó un instante despues.
Y hora sobre aquella losa
Que cerró la parca insana,
La brisa de la mañana
Mece el fúnebre ciprés.

¿Qué se hicieron sus virtudes?
¿Qué fué de tanta hermosura?
Fué, como en la noche oscura,
Relámpago que pasó;
Y aquel seno de delicias,
Y aquel rostro tan perfeto,
Eran.... un triste esqueleto
Que la honda huesa tragó.

¡La lloran! Pero.... ¡y si acaso
Su suerte envidiable fuere?
Mientras lloran porque muere
En su hermosa juventud,
Tal vez cien mundos brillantes
Cruza su mente embebida....
¿Está la dicha en la vida,
O la encierra el atahud?

¡Quién lo sabe! El alma acaso
Dentro del hombre encerrada
En una vida cercada
De lágrimas y ansiedad,
Al romper la estrecha cárcel
Donde á su pesar desciende,
Respira, crece, y se estiende
Por la inmensa eternidad.

Y comprende aquel misterio
Que tanto la confundiera;
Esa creacion primera
Adonde en vano se alzó:
Ve por qué ruedan los mundos
Que pueblan el ancho cielo,
Descorriendo el negro velo
Que á sus ojos lo ocultó.

Desde allí contempla el cuerpo
Que á eterno olvido condena,
Rota la triste cadena
Que existiera entre los dos;
Y de la suprema ciencia
Prueba el inefable goce,
Y entónces se reconoce
Hecha á la imágen de Dios.

No la lloreis, no: dichosa
Mil veces esa belleza,
Que se alzó con su pureza
A la mansion celestial;
Mas bien merece el que vive
Compasion en su quebranto:
Oye, María, su llanto
Que pide alivio á su mal.

Mientras, llamada á tu seno
Por tu justicia infinita,
La madre en el cielo habita
Junto á tu trono de luz,
Mira cuál lloran sus hijos....
Socórrelos tú, María,
Que así llorabas un día
Al pié de la santa Cruz.

Jamás negaste tu amparo
A la inocencia que llora;
¡Ah! tú lo puedes, Señora,
Alivia tú su dolor;
Hazlo, vírgen de consuelo,
Por el dolor que sufriste
Cuando en el Gólgota viste
Muerto al hijo de tu amor:

Por su sangre
Tan querida,
De tu vida
Norte y luz,
Y que al hombre
Rescatára
En el ára
De la cruz.

EL DUELO.

I.

Hanme contado, Aben-Zaide
(Y no digas que es mentira),
Que en tanto que yo ayer noche
Como soldado cumplía;
En tanto que yo, ceñido
De las duras coracinas,
Al frente de mis ginetes
La ancha vega recorría,

De galas y oro cubierto,
Y entre músicas y risas,
En los salones del rey
Danzabas tú con Elvira.
Silencio, y no me repliques
Ni te escuses todavía,
Que ni eso es lo que me ofende
Ni nada en ello me admira.
Cumpliendo estábamos ambos
Nuestra obligacion precisa,
Y cada cual donde estaba
Su digno puesto tenía:
Tú entre danzas y mugeres
Vestido de telas ricas;
Armado y al frente yo
De las huestes enemigas.
Hanme contado, Aben-Zaide,
Que, la danza concluida
(Yo no sé cómo contengo
Los impulsos de la ira),
Al dejar en el escaño
A Elvira (audacia inaudita)
Besar osaste la mano
Que la llevabas asida.
Silencio; y oye primero
Que con palabras mentidas
Me respondas, cuánto cuesta

Lo que robó tu osadía.
Yo que abrasado en sus ojos
La adoro con alma y vida,
Y que por ella mi sangre
Gota á gota verteria:
Yo, á quien dijo su fortuna
Mas de una dulce sonrisa,
Besar su mano de nieve
Solo me atreví á pedirla,
Cuando tras ruda batalla
Mi noble corcel venía
En sangre cristiana tinto
Del duro casco á la cincha;
Cuando, de rodillas puesto,
Mi amante mano ofrecía
Tapete humilde á sus plantas
Las banderas de Castilla:
Cuando los esclavos truje
Hechos por mí en lid reñida,
Y los obligué á adorarla
Puestos cual yo de rodillas,
¡Y cuenta con mis esclavos;
Que entre ellos venir solian
Toledos, Sanchos, Manriques,
Tellos, Laras y Garcías!
Y tú, vil advenedizo,
Cuyas hazañas se cifran

En bailar galan la zambra
O en correr bien la sortija.
Tú que, cuando el rey Fernando
A nosotros se avecina
Y sobre Granada viene
En rudo son de conquista,
Sordo á la voz de la patria
En palacio te retiras,
Y vírgen la mano tienes
Del alfange y de la pica,
¿Has presumido arrogante
Que á tanto llegar podias,
Y que yo tu vil ultraje
En silencio sufriria?
Pues, vive el cielo, que en pago
De tu villana perfidía,
Cuanta sangre hay en tus venas
Hoy mi rencor necesita.
Silencio, silencio, digo;
No quiero oir tus mentiras:
Al campo, que estos asuntos
Con las armas se ventilan.
Al campo ya, sino quieres
Que esa lengua vil, inícua,
Te arranque mi propia mano
Dentro de la Alhambra misma.
Esto Abenamet furioso

Y en roncas voces decia,
Con el alma enamorada
De negros celos partida:
Y en busca de un sitio oculto
Del Genil en las orillas,
Donde acabar la querella
Al alfange remitida,
El valiente Abenamet,
Y Aben-Zaide el de Sevilla,
La calle de los Gomeles
Bajando van, y de prisa.

II.

Cantaban los ruiseñores
De la espesura en el fondo
Sus tiernas quejas diciendo
En bien acordados tonos:
Mil pájaros que lo escuchan,
De aquel trinar envidiosos,
En silencio van llegando
Saltando de un ramo en otro.
Las frescas auras del valle
Suben esparciendo en torno
Los olores regalados
Del azahar y el aromo,
Meciendo al pasar las hojas

De los álamos añosos,
Que á sus caricias responden
Con lento zumbido y sordo.
Trémulo el sol brilla apenas
En las puntas de los chopos,
Tiñendo las pardas nubes
De roja púrpura y oro;
Y allá, á lo lejos, se escucha
El murmurar misterioso
Del claro Genil, que corre
A precipitarse al soto.
Por la espalda del Otero
En su carro silencioso
Poco á poco va asomando
La blanca luna de otoño:
Y brillan luces lejanas,
Y del valle en lo mas hondo
Confuso y vago se pierde
El canto de los colonos;
Y callan los ruiseñores,
Calla de la brisa el soplo,
Y va la noche cerrando,
Y todo es calma y reposo;
Cuando el silencio profundo
Viene á interrumpir de pronto
De algunos hombres armados
El pisar firme y brioso;

Y deben ser caballeros;
Que el ruido limpio y sonoro
De las espuelas de un noble
No se confunde con otro.
«Aquí ha de ser», uno de ellos
Con acento rencoroso
Dice; y se para: «En buen hora,
Otro dice; no me opongo.»
Avanzan los que han hablado,
La mano diestra en el pomo
De las hojas damasquinas
Que se hallan mal en el ocio:
Un breve instante se miran,
Y embistiéndose furiosos,
Menudas chispas y ardientes
Lanzan los alfanjes corvos.
Las finas cotas rechazan
Los rudos golpes y prontos
Que al corazon enemigo
Cada cual dirige ansioso;
Y á cada golpe perdido
Acrecentando el encono,
Se estrechan mas y se acosan
Con desesperado arrojo.
Nunca es muy largo un combate
Que manda y dirige el odio,
Y al fin remata la lucha

Un ¡ay! reprimido y corto.
Sigue un instante lijero
De confusion y alboroto,
Que pasa, y á reinar vuelve
El alterado reposo.
Y en tanto que Abenamet,
Y sus padrinos en torno,
Cruzan la vega al galope
De sus cordobeses potros,
Con una herida en la frente,
Y con el alfanje roto;
Con el pesar en el alma
Y la vergüenza en el rostro;
Aben-Zaide el de Sevilla,
Apoyándose en los hombros
De sus gentes, á Granada
Bajando va poco á poco.

LA GOLONDRINA.

Últimos son de cariño
Y de despedida amarga
Esos giros con que vuelas
En torno de tu morada:
Que ya las brisas de otoño,
Bajando de las montañas,
Se van llevando las hojas
De los tallos arrancadas.
Y pronto los aquilones,
Batiendo sus roncas alas,

Se desatarán furiosos
De las cordilleras altas,
Empujando por delante
Cenicientas y apiñadas,
Cargadas nubes que cubran
La tierra de nieve blanca:
Y desnudarán los campos
De yerbas, flores y plantas,
Silbando al pasar violentos
Por entre las secas ramas.
Sí, sí, pobre golondrina,
Tú que puedes, ¿por qué tardas?
Vuela, vuela presurosa
A tus playas africanas.
Contigo llevas tus hijos
Y tu compañera amada;
Vuela, vuela, golondrina,
Y Dios te guie en tu marcha.
Vuela, y cruzando los mares,
En tu travesía larga
Del descanso y la alegría
Fuerzas te dé la esperanza.
No te asusten del desierto
Las arenas abrasadas,
Que el aire de la marina
Templa sus ardientes calmas.
Piensa que amigos te esperan

Para darte regalada
Su sombra los altos bosques
De esa tierra hospitalaria;
Su dulce calor el dia,
La fuente sus puras aguas,
Y blando nido los ramos
De las cimbradoras palmas.
Y cuando en pos del invierno
Las brisas de nuestras playas
Crucen el mar á decirte,
De puro aroma cargadas,
Que una nueva primavera
Su rico manto de grana
Tiende bordado de flores
Por los jardines de España,
Vuelve á la sombra querida
Que te ofrecerán gallardas
Las hojas verdes y nuevas
De esos mirtos y esas parras.
Y si por dicha te acuerdas
Del que tu nido de pajas
Defendió con mano amiga
De infantiles asechanzas,
Y al venir á saludarle
Desiertos los sitios hallas
Donde le viste algun dia
Verter lágrimas amargas,

Es que al fin cayó rendido
En esta horrible batalla
Con los dolores que lleva
En lo mas hondo del alma.
Entónces tú, si no eres
Como los hombres ingrata;
Si no olvidas como olvidan,
Y no pagas como pagan,
Con acento dolorido
Saludarás de pasada
La triste losa y humilde
De su tumba solitaria.

ROMANCE.

(Escrito para el album de la Sra. Doña Tomasa Andrés de Breton de los Herreros).

Si tienes el corazon
Tan bello como la cara;
Si como donosa eres
Eres amable, Tomasa;
Si á tantas galas del cuerpo
Juntas tambien las del alma,
Y como puedes de linda
Quieres preciarte de humana,
Oye benigna y sin ceño
Al que rendido á tus plantas
Viene á confesar sus culpas
Y humilde implora tu gracia.
¡Catorce meses cumplidos....
¡Catorce meses! ¡infamia!
Hace, que tengo tu album

Sin escribir en él nada!
Basta de callar; la voz
Salga de mi pecho, salga,
Que bien necesita el hecho
Una esplicacion, y clara.
No intentaré defenderme
De que te tuve olvidada,
Ni de haber tenido en poco
El honor que me otorgabas,
Porque tal acusacion
La hacen imposible y vana,
En tí lo mucho que vales,
y en mí la buena crianza.
Pero acaso habrás pensado
Que es orígen de mi falta
Aquella santa pereza
En los poetas innata;
Y quiero tambien decirte
Que esa no ha sido la causa,
Pues nunca fué un caballero
Perezoso con las damas.
Dolores fueron, señora,
De esos que el alma desgarran;
Heridas que aun brotan sangre,
Y cuyo punzar no acallan
Ni del arte los laureles,
Ni de otro bien la esperanza,

Ni el dulce beso de un hijo,
Ni las amistosas pláticas.
Dolores y desengaños
Que desesperan, que matan....
Bastante digo con esto,
Tú entenderás lo que falta:
Sí; que, mas entremetida
Por cierto de lo que cuadra
Á su alta mision y empleo,
Ya la vocinglera fama
Toda mi vida y milagros
Repitió con voces altas,
Uniendo á sus cien clarines
Los que la envidia le daba.
Esa es toda mi disculpa;
Si ella á templarte no alcanza,
Imponme la penitencia
Que te parezca que basta,
Y de cumplirla en un todo,
Por dura que sea y larga,
Te hago aquí formal promesa
Empeñando mi palabra.
Pero entretanto, cumpliendo
Una obligacion sagrada,
Voy á poner en tu album
Siquiera cuatro palabras.
Bien, y ¿qué pongo? ¿qué digo?

¿Sabes que es cosa muy árdua
Meterse á escribir un hombre
Para tu album, Tomasa?
Por mas que yo cantar quiera
Con intencion buena y santa,
Los desmayados sonidos
Que despedirá mi harpa
¿Qué valdrán junto á los cantos
Del que te rinde su alma
Y pulsa, *in utroque felix*,
La lírica y la dramática?
¿Qué flores voy yo á ofrecerte
Que te parezcan galanas,
Cuando tan bellas las tienes
En el jardin de tu casa?
¿Flores azules del campo
Nacidas entre las zarzas
Que el mismo sol que las abre
A la tarde las abrasa?
No, señora, no; perdona
Si muda mi lengua calla,
Que ir yo á cantar á tus rejas
Fuera osadía estremada.
Solo tengo que ofrecerte,
Si te dignas aceptarla,
De un corazon muy leal
La amistad sincera y franca.

Á MI HIJO DORMIDO.

Duerme, blanca paloma,
Serafin bello
Duerme, que mi cariño
Te guarda el sueño;
Y mientras dure,
Tus hermanos los ángeles
Tu cuna arrullen.

¿Qué sueñas, vida mia,
Que así sonríes?
¿Recuerdas de tu cielo
Los bellos íris?

¡Pobre inocente!
¡Sigue, sigue soñando,
No te despiertes!

La senda de la vida
Que ahora comienzas,
De bellos paisages
Está cubierta:
Y cuando corres
Van tus piés infantiles
Pisando flores.

Mas de ese sol tan bello
Con su cielo azul,
Verás irse apagando
La brillante luz;
Y el sol y el cielo
Entre nubes espesas
Irse perdiendo.

Esas flores, mi vida,
Hoy tan hermosas,
Se van luego secando
Hoja por hoja.
Y llega un dia
En que el alma halla solo
Duras espinas.

¡Yo no sé si sería
Mejor para tí
De tu sueño en las alas
De este mundo huir;
Y puro y bello,
Sin dejar de ser ángel,
Volverte al cielo!

Porque este mundo un valle
De lágrimas es,
Donde las pocas flores
Que suelen crecer,
Se riegan solo
Con el amargo llanto
De nuestros ojos.

De recuerdos lejanos
Viven los unos,
Mientras sueñan los otros
Con lo futuro:
Siendo así cierto
Que para el hombre siempre
La vida es sueño.

En ese mundo, Alfredo,
Que bullir miras,
Es la lealtad un cuento,

La fé es mentira;
Y al fin se seca
El corazon, esclavo
De la cabeza.

Sin contar los dolores
De tu corazon,
Te arrojará á la cara
Tu falta menor;
Y con tus culpas
Pretenderá egoïsta
Cubrir las suyas.

Será en vano, mi vida,
Que generoso
Aceptes inocente
Las culpas de otros;
Que ese heroismo
Nunca el mundo le premia,
Nunca, hijo mio.

Si eres uno de tantos,
Y gozar quieres
Las tristes alegrías
Que el mundo ofrece,
Seca y amarra
Tus ilusiones bellas
Dentro del alma.

Pero no, Alfredo mio,
Yo en tí hallar quiero
Un alma tan hermosa
Como tu cuerpo:
Y si es preciso,
Antes que reir, llora,
Llora, hijo mio.

Cuando á nuevas ideas
Tu mente abriendo
Las brisas de la infancia
Suenen ya lejos,
Tu triste padre
A llorar sin consuelo
Podrá enseñarte.

¡Ay! será horrible, horrible,
Angel hermoso,
Sin poder enjugarle
Mirar tu lloro;
Y de sus penas
Ver que te lega el alma
La triste herencia.

¡Mira, corazon mio,
Mira qué hermoso!...
¡Por Dios no le despiertes

Con tus sollozos!
¡Ay, mi cariño!
¡Pedazo de mi alma!
¡Pobre hijo mio!

Duerme, blanca paloma,
Serafin bello;
Duerme, que mi cariño
Te guarda el sueño;
Y mientras dure,
Tus hermanos los ángeles
Tu cuna arrullen.

CELOS.

Saltando zanjas y quiebras:
Corriendo á todo correr;
Mostrando la oculta rabia
La descolorida tez;
Con mil pensamientos locos
En descompuesto tropel,
Y acosado de venganza
En devoradora sed;
Con el agudo acicate,
Desatentado y cruël,
Desgarrando los ijares
De un alazan cordobes,

Que en roja sangre teñido
Y en blanca espuma tambien
Va del codon al pretal
Y de la cruz á los piés;
Tendida la fuerte lanza,
Suelto al aire el alquicel,
Camino va de Sevilla
El celoso Abenamet.
Elvira, su Elvira amada,
Toda su gloria y su bien,
Está de Granada ausente,
Y lleva de ausencia un mes:
Pasó, á instancias repetidas
De sus parientes, á ser
Envidia de las hermosas
Del sevillano verjel,
Y ya en Granada murmuran
Que, atropellando la fe
De sus antiguos amores,
Hase mudado la infiel.
Abenamet ha sabido,
Por su buen amigo Hacen,
Lo que ya repiten todos
Aunque guardándose de él;
Y arrebatado y celoso,
Sin pensar en su deber,
Ni que ausentándose incurre

En el enojo del rey,
Manda ensillar; y apretando
Al poderoso corcel,
Camino va de Sevilla
Corriendo á todo correr.
Salva montes, cruza llanos
Con violenta rapidez,
Viendo fantasmas horribles
De sus celos á través;
Y en altas voces y broncas
Diciendo va su altivez:
«Venid, moros de Sevilla,
Dos á dos ó seis á seis,
Que ya, los reales cristianos
Asaltando alguna vez,
Lo que puede un caballero
Contra diez hombres probé.»
Y corre, y corre sin tregua,
Y de su potro á merced,
Corríendo le halla la aurora,
Corriendo el anochecer;
Y al fin, aunque destrozado,
Con gozo infernal se ve,
De polvo y sudor cubierto,
En la puerta de Jerez.
A un tronco el caballo amarra,
Y al palacio en pos se fué,

Saltando de los jardines
La solitaria pared:
Busca, y en hallar no tarda
A Zaida, esclava de Fez,
Que al perfumado retrete
Guía, y le introduce fiel.
Salióse luego la esclava
Del gabinete al andén,
Porque en aquella entrevista
Sobraba uno de los tres.
Lo que allá dentro pasó
No se ha podido saber;
Aunque, pues ellos se adoran,
Fácil de presumir es.
Al rayar el nuevo dia
A entrambos se volvió á ver,
Ella enamorada y tierna,
Curados sus celos él.
Volvióse á Granada Elvira,
Y él á su puesto despues;
Donde venciendo arrogante
A la castellana grey;
Ceñida la frente ilustre
De inmarchitable laurel,
Vuelve tambien á Granada
Con cien trofeos y cien.
Y mas bien que de las manos

De su monarca Muley,
De los ojos de su Elvira
Viene á recibir la prez:
Trayendo entre los vencidos
En los campos de Jaen,
Tres infantes de Castilla,
Y un príncipe aragonés.

LA PRIMAVERA.

Ya viene la primavera
Alegrando estos confines
Con sus coronas galanas,
Con sus guirnaldas gentiles.
Vertiendo perfumes llega,
Y Abril y Mayo la siguen
Con sus noches protectoras
De los amores felices.
Limpio ya el sol de las nieblas

Con que el invierno le aflige
Tiende el magnífico manto
De celages carmesíes.
Por la despejada esfera
Su carro de oro dirije,
Y el velo azul de los cielos
De roja púrpura tiñe.
La blanca nieve del monte,
Que el sol de mayo derrite,
Forma el arroyo que baja
Entre espadañas y mimbres.
Al atravesar el prado
Sus frescas orillas viste
De encendidas clavellinas
Y gallardos alhelíes;
Y desde el fondo del valle
De sus montes se despide,
Y en el Henares se arroja
Que amoroso le recibe.
Desdoblando van los campos
Sus bien bordados tapices,
Y los árboles robustos
Sus verdes coronas ciñen;
Que de sus espesas ramas,
Ayer desnudas y tristes,
Hoy con mágia poderosa
Brotan las hojas á miles.

Y entre el apretado casco,
Del boton, al entreabrirse,
Van descubriendo las flores
Sus delicados perfiles.
Bulle la fuente sonora
Quejándose al despedirse
Del blando lecho que deja
Escondido entre jazmines.
Y mientras los ruiseñores
Sus dulces trinos repiten,
Tórtolas enamoradas
Entre la espesura gimen.
Embriagados los sentidos
El suave aliento reciben
De las perfumadas auras
Que vienen de los jardines.
Y amor derraman los cielos,
Y de amor el suelo ríe,
Y van de amor empapados
Los vientecillos sutiles:
Y su viva llama sienten,
Desde el pastorcillo humilde
Que bajo el pajizo techo
Calza abarca y lana viste,
Hasta el opulento prócer
Que, orgulloso de su estirpe,
Pérsicas alfombras pisa

Y ricos palacios vive.
Y ama el pez entre las ondas;
En sus estanques el cisne;
Suelto en los aires el pájaro,
Y hasta en sus breñas el tigre.
Y todo es frescura y gala;
Y con misterio sublime
Parece que tierra y cielo
Al aire de abril reviven.
Tú solo, corazon mio,
En esos bellos pensiles
No encuentras ya ni un retoño
De las flores que perdiste.
Esas que ves tan hermosas
Sobre los tallos erguirse
Caerán sin duda agostadas
Cuando noviembre las pise;
Pero tras nuevos inviernos
Que el campo de nieve ericen,
A reverdecer sus tallos
Volverán nuevos abriles.
En tí, corazon herido,
No volverán á sentirse
De una nueva primavera
Blandas auras bonancibles.
Tú sabes, corazon mio,
Con seguridad horrible

Que ha de llegar tu diciembre
Y que la muerte le sigue.
Adios, hermosa pradera,
Que al caminante sonríes
Ofreciéndole amorosa
De tus flores los matices.
Del sol de julio los rayos
nunca tu verdor lastimen:
Nunca el arado avariento
Profane tu suelo vírgen.
Sobre tí blandos rocíos
El cielo piadoso envíe,
Y las matutinas auras
Tus lindas florestas ricen.

IMPROVISACION.

Al pasar los restos de Calderon de la Barca
por delante del teatro del Príncipe.

¡Honra á tu nombre! destello
De la divina aureöla
Los artistas españoles
Te saludan por mi boca.
Humilde es el don, sin duda,
Que hoy á tus plantas colocan:
¿Qué es ese pobre laurel
Junto á tu rica corona?
Corona que al mundo muestra
Entre sus brillantes hojas
La Cena de Baltasar,
O *El Pintor de su deshonra.*
Poco en verdad; pero tú

Lo aceptas desde tu gloria,
Y al aceptarlo, en el cielo
Se regocija tu sombra.
Porque tú comprendes bien
Que, si no brillante joya,
Muestra es de filial cariño
Y respeto á tu memoria.
Tú lo comprendes, lo sé;
Es imposible otra cosa:
La palma del sentimiento
Tu frente mártir corona,
Y las almas que á sentir
El cielo á la tierra arroja
En vano es que las separen
Veinte siglos con sus sombras:
Ellas se estrechan, se hablan
Con palabras cariñosas;
Que el débil cuerpo perece,
Mas para el alma no hay horas.
Nuestras son tus alegrías,
Tus amarguras celosas,
Tus apasionadas quejas
Y tus amantes zozobras.
Que por un misterio santo
Que los profanos ignoran,
Vive contigo el artista
Cuando tus cantos entona;

Tu corazon viene en ellos,
Y al relatarlos la boca
Nuestras almas entrelaza
La inspiracion creädora.
Acepta pues nuestra ofrenda;
Y bajo la yerta losa
Séate leve la tierra
Como inmortal es tu gloria.
Y sigue en paz, y con silencio mudo
Alejarse verémos tus despojos:
Solo nos queda por postrer saludo
Pena en el corazon, llanto en los ojos.

EL AMANECER.

(Para un album.)

Ya raya en el oriente
La luz del alba
Esparciendo en los cielos
Cintas de plata;
Y ante sus rayos
La estrella matutina
Se va apagando.

Chispean del rocío
Las blancas gotas
De menuda verbena
Sobre la alfombra;
Y de la noche
Los últimos ambientes
Besan las flores.

Alza el monte la frente
De entre las sombras
Con la tosca guirnalda
Que le corona;
Y se atavía
Con su pajiza falda
De siemprevivas.

Tiende el jardin galano
Su manto rico
De encendidos claveles
Y blancos lirios:
Y le festonan
Capullos apretados
Y abiertas rosas.

El perfumado viento
De la mañana
En los cañaverales
Susurra y pasa;
Y libre gira,
Y de la limpia fuente
Las aguas riza.

El tierno corderillo
Triscando veloz
A los vientos sacude
Su blanco vellon:
La oveja mansa

Viene á pacer del prado
La verde grama.

En escuadron volante
Van las abejas
De tomillo en tomillo
Libando esencias,
Que luego darán
De regaladas mieles
El rico panal.

El ruiseñor entona
Sus dulces trinos;
Y arrojándose juntas
Del frágil nido,
Cantan al día
En alegre algazara
Las golondrinas.

Y al compas del quejido
Con que se arrullan
Las tórtolas amantes
En la espesura,
Murmura el rio
En su lecho de mimbres
Y de carrizos.

Limpio el sol por la espalda
Del monte asoma

Ciñendo su diadema
De lumbre roja:
Brilla en su altura,
Y le acatan los orbes
Y le saludan.

Y todo es fiesta y gala
Del monte al valle,
Y de las hondas selvas
A las ciudades:
Que dá la vida
A cuanto encierra el mundo
La luz del día.

Quiera Dios que así brille,
Linda Teresa,
La aurora de tu vida
Limpia y serena;
Y que la goces
Dulces auras bebiendo,
Pisando flores.

Y ya que de la muerte
Al duro cetro
Cuanto en el mundo vive
Está sujeto,
La tuya sea,
De un día hermoso y largo
Noche serena.

LA FLOR DEL VALLE.

Para un album.

Héla allí, pintada; hermosa,
De capullos rodeada,
Tierna flor de la llanura,
Orgullo de la mañana.
Encanto y aroma ofrece
Al caminante que pasa,
Y que sin verla siquiera
Su tierno tallo desgaja.
Y si tal vez la perdona,
Y ella se levanta ufana
De haber siquiera alcanzado
Su desdeñosa mirada,
El sol de julio la quema

O el huracan la arrebata,
Y al abrir su cáliz muere
La pobre flor solitaria.
Así la cándida vírgen,
Con razon apellidada
Dulce aroma de la vida
En este suelo de lágrimas,
Lleno el corazon de amor
Y risueñas esperanzas,
Al hondo mar del vivir
Se abandona confiada;
Mas ¡ay! que al alzar su frente
Fresca, brillante, lozana,
La mano del hombre seca
La pura flor de su alma,
Sin piedad á su dolor
Las tiernas hojas arranca
Que el viento de la amargura
Una por una arrebata.
¡Ay! no llegue para tí
La tempestad desatada:
El camino de la vida
Cruza en eterna bonanza;
Y acaricien blandamente
La rica flor de tu alma,
La noche con su rocío,
Con su murmullo las auras.

EL PASEO.

A las puertas de Granada
De altos álamos cubierto
Y de enramadas cercado,
Hay un hermoso paseo,
Por donde entre verdes juncias
El Darro pasa lamiendo
Del alto Vivataubin
Los torreones soberbios.
Cruzan, alegres saltando,
Mil vistosos arroyuelos
Las enarenadas calles
De pomposos limoneros,

No hay volver allí los ojos
Sin hallar con embeleso
Claras fuentes bullidoras,
Y flores en todos tiempos;
Que una primavera eterna
Junta en tan dichoso suelo,
Los claveles del verano
A las rosas del invierno.
Se ve de un lado la vega,
Joya de indecible precio
Que rodean cuidadosos
Como un medallon eterno,
La azulada Sierra-Elvira
Y los apartados cerros,
Entre los cuales hay uno
Que se levanta siniestro;
Es *El suspiro del moro;*
Que así le llamaron luego,
Cuando en su cumbre sentado,
Perdidos corona y cetro,
El Rey chico de Granada
De aquellos sitios amenos
Se despidió sollozando
Para no volver á verlos.
Del otro lado el Veleta,
De encanecidos cabellos,
Alza la frente, y del llano

Señor se contempla excelso;
Que ante la ruda grandeza
De aquel peñon gigantesco
Humillándose cien montes
Le ofrecen trono y asiento;
Blanca corona las nieves,
Las nubes dosel inmenso,
Y verde y tendida alfombra
Los olivares de Huétor.
Era una tarde de mayo:
De las brisas el aliento
Que las flores acaricia
Al pasar manso y risueño,
Y el murmurar de las fuentes,
Y los mágicos gorjeos
De miles de ruiseñores
Que esconde el ramaje espeso,
Y el blando sol, su grandeza
Reclinando placentero
En la trasparente gasa
De un cielo limpio y sereno,
Y el susurro de las hojas
Y el dulce gemir del viento,
Hacían de aquel lugar
Un paraiso en pequeño.
Llenaban las largas calles,
Buscando sombra y recreo,

Las mas hermosas doncellas,
Los garzones mas apuestos;
Cuando seguida de pages,
Y de sus damas en medio,
La mejor flor de Granada
Llega al alegre terrero.
¡Elvira! ¡Blanca azucena,
Cuyas hojas entreabriendo,
Mimaron las dulces auras
Con enamorado beso!
¡Niña gentil, copia hermosa
De cuanto de puro y bello
Otorgó Dios á la tierra
Para su dicha y consuelo!
El que la luz no haya visto
De sus divinos luceros,
Ni sabe lo que es amor,
Ni tiene idea del cielo.
Esclavos de tantas gracias
Mas de dos viven muriendo,
Que así que la ven llegar
Se la acercan con respeto:
Porque bien la han conocido
A pesar del largo velo
Que avaro encubre las gracias
De su torneado cuerpo.
Todos se muestran ansiosos

De merecer que su afecto
Logre de la hermosa Elvira
Una mirada por premio.
Y alguno habia quizás
Que á sus afanes cediendo
Iba á esplicar en palabras
Sus amorosos intentos,
Cuando entre nubes de polvo
Divisan allá á lo lejos
Un arrojado ginete
Que al aire viene venciendo:
Que arrebatado en las alas
De su impaciente deseo,
Aparecer y llegar
Fueron obra de un momento.
No es maravilla; cabalga
En un tordillo ubedeño,
Que cuando sale al escape
Deja atrás al pensamiento.
Era Abenamet, amante
De la hermosa Elvira, y dueño:
Abenamet, el caudillo
De los bencerrajes tercios.
¡Gallardo venía el moro!
Y es que bien sabe el mancebo
Que las galas y el amor
Andan un camino mesmo.

Túnica corta vestía
Recamada de arabescos
Con tanto primor, que en ella
Es el oro lo de menos.
Rico calzon carmesí,
Bordado de trecho en trecho,
Baja desde la cintura
En anchos pliegues cayendo;
Y donde el calzon remata,
Brilla acicalado y terso
El bien bruñido acicate
Sobre el borceguí turquesco.
En el bonete encarnado
Álzase vistoso, enhiesto,
Airon de pintadas plumas
Que leve se mece y suelto:
Con un broche lo sujeta
De piedras tan ricas hecho,
Que con lo que el broche vale
Se puede comprar un reino.
Traía por todas armas,
Caido al lado siniestro,
El alfange damasquino
De una azul banda suspenso;
Que es el color que ha elegido
Para la lid y el torneo,
En memoria de unos ojos

Que se le han robado al cielo.
Frente á Elvira se ha parado;
Y contemplando con ceño
Las gentes que la rodean
Está de corage trémulo.
Los ha conocido á todos,
Apenas alcanzó á verlos,
Que cuando miran su mal
Se vuelven linces los celos.
El corazon le está ahogando
Con su relatir violento;
Y asomándose á los ojos
Del alma todo el veneno,
Sin hablar, porque no puede,
Tal está de enojo ciego,
De su cimitarra al pomo
Da con la mano tormento.
Todos se miran al verle,
Que cuadra mal en efecto
Con la amarillez del rostro
La gala de sus arreos.
Él los mira uno por uno,
Y ya, la razon perdiendo,
Iba á estallar espantosa
La tempestad de su pecho;
Pero una dulce mirada
De aquellos ojos de fuego

Viene á decirle amorosa
En lenguaje mudo y tierno:
«¿Qué te importa á tí, mi vida,
Esa gente y sus estremos,
Si tu nombre idolatrado
El alma guarda en su seno?»
Como nube de verano
Que anunciaba estrago horrendo
Amenazando á la tierra
Con sordo y lejano trueno
Se deshace de repente
Del aire al soplo ligero
Dejando ver otra vez
Limpio el azulado techo,
Así la furia del moro
Se templa y disipa luego,
Que es íris de sus tormentas
Aquel mirar halagüeño.
Enamorado los pasos
Va de su Elvira siguiendo;
De la estrella de sus ojos,
Del sol de sus pensamientos.
A cada vuelta que dan
Se miran de amor ardiendo,
Y cada nueva mirada
Lleva un juramento nuevo.
Y el apasionado mozo,

De felicidad sediento,
Forma para la siguiente
En cada vuelta un proyecto,
Sin reparar entre tanto,
Embebido en su contento,
Que rápido llega y pasa
Con mudas alas el tiempo.
Elvira va á retirarse,
Que la noche á paso lento
Viene ya sobre la tierra
Su oscuro crespon tendiendo.
Precursora de sus sombras
A través del manto negro,
Como un carbunclo encendido,
Brilla la estrella de Venus:
La miran ambos á dos,
Y se miran sonriendo,
Que para los dos amantes
Tiene la estrella misterio.
Y llevando allá en sus almas
El cariñoso recuerdo
De aquella tarde preciosa,
De aquel dichoso paseo,
Vuelven á entrar en Granada,
Cual de Granada salieron:
Él, mas galan que ninguno;
Ella hermosa como un cielo.

ROMANCE. (1)

Vuelve otra vez á mis manos,
Pobre lira abandonada,
De entre el polvo del olvido
En que dormir te dejaba.
No busco ya, lira mia,
En tus cuerdas destempladas
Los regalados sonidos
Que en el corazon vibraban:
Ni tiernos recuerdos busco
De aquellas glorias pasadas
Que en sordo tropel aun ruedan
En lo mas hondo del alma:
Ni flores vengo á pedirte

(1) Escrito por encargo de la Academia de Buenas Letras de Sevilla, para la Corona fúnebre de D. Alberto Lista.

De esas que, frescas, galanas,
El limpio arroyo guarnecen
O el tendido prado esmaltan:
Ya sé, pobre lira mia,
Que las flores que tú guardas
Ni color ni aroma tienen,
Como regadas con lágrimas;
Mas hoy que de los cipreses
A la sombra solitaria
A cantar tristes endechas
Entre sepulcros nos llaman,
No importa, no, que tu canto
Ronco y destemplado salga,
Ni dirán mal á una tumba
Flores con llanto regadas.
¡Héla allí: tumba modesta,
Los restos mortales guarda
Del noble varon que un dia
Supo ilustrar á su patria!
¡Clara y brillante lumbrera,
Cuya poderosa llama
Su resplandor difundiendo
Nuestros ojos alumbraba!
¡Tranquilo faro, y seguro,
Que á las juveniles barcas
Por entre revueltas olas
El rumbo cierto marcaba!

¡Todo pasó! ¡Ya no queda
Mas que aquella tumba helada!...
¡Y en su triste y breve espacio
Se esconden glorias tan altas!
¡Y allí la noble cabeza,
Cuyas venerables canas
De poeta y sacerdote
Las coronas ostentaban!
Venid, venid á esa tumba,
Oh amigos, y al saludarla,
Cada cual su flor le deje,
Tierno recuerdo del alma.
Y una corona pongamos
Sobre aquella losa blanca
De cándidas siemprevivas
Y verde laurel formada.
Pero ¿llorais?... ¡Sí, lloremos,
Y con lágrimas amargas;
Mas no por él, por nosotros,
Porque nuestra es la desgracia!
¡Llorar por él, que dichoso
El torpe lazo desata
Que á la materia le unía
Y su vuelo al cielo lanza!
¡Feliz él, que al despedirse
De una vida buena y santa,
De la eternidad las puertas

Con fé y sin zozobras pasa!
Era un justo, desterrado
En este valle de lágrimas,
Y al cielo vuelve, que el cielo
Es de los justos la patria.
Otro ilustre desterrado
En el cielo le esperaba,
Del cual fuera en otro tiempo
Guía cariñoso, y guarda.
¡Espronceda! ¡Hermano mio,
¿No es verdad que á la llegada
Del venerable maestro
Se regocijó tu alma?
¡Oh, sí! ¡Felices vosotros
Que desde esta pobre estancia
Al trono de Dios subísteis
De vuestro espíritu en alas!
Y á nosotros ¿qué nos queda?
¡Dos ricas fuentes sin agua!
¡Dos limpios astros de menos!
¡Dos antorchas apagadas!
¡Ay! Vosotros, desterrados
En este valle de lágrimas,
Al cielo volveis, que el cielo
Es de los justos la patria.

EL PROSCRIPTO.

Sobre la tendida alfombra
De la vega solitaria,
Que rosas de Jericó
Guarnecen, bordan y esmaltan,
La cima de un montecillo
Descuella erguida y galana
Con su corona de flores
Y su manto de esmeralda,
Como el pino que, orgulloso
De sus poderosas ramas,
Sobre el bosque de sabinas
La verde copa levanta.

Por las auras de la vega
Blandamente acariciada,
Gallarda como ella sola,
Hay en el monte una palma;
Cuyas verdinegras hojas,
Corvas, duras y afiladas,
Parecen, vistas de lejos,
Damasquinas cimitarras.
A su sombra, y apoyado
En la poderosa lanza,
Hay un guerrero, mancebo,
Y de la raza africana.
El turbante abencerrage,
Signo de noble prosapia,
Entre cendales azules
Ciñe su frente tostada.
Que es buen guerrero publican
Sus megillas abrasadas
Por el sol del mediodia
Y el polvo de las batallas;
Y allí está solo, y rendido
Al peso de sus desgracias,
Y como un niño sin madre
Llora lágrimas del alma.
¡Ay! A través de ese llanto,
Que sus tristes ojos baña,
Ve de lejos á Antequera,

Y es Antequera su patria.
Y mira los arrayanes
A cuya sombra adorada
Sintió del amor primero
En su corazon la llama:
Y sin apartar sus ojos
De la ciudad encantada,
Así la dice, y suspira
Entre lágrimas amargas:
«¡Antequera, que pareces
«Con tus torres y tus casas
«De mirtos y limoneros
«Y macetas coronadas,
«Descollando sobre el rojo
«Búcaro de tus murallas,
«Un canastillo de flores,
«Azules, rojas y blancas!
«¡Reina feliz de la sierra!
«¡Trono de hermosura y gracia!
«¡De la abrasada Salem
«Tienda en los campos plantada!
«¡La besada por los rios!
«¡La de nubes de oro y grana
«Entre celages de fuego
«Noblemente coronada!
«De tus huertos los aromas
«Te lleva el viento en sus alas;

«Las peñas en su ladera
«Te ofrecen mullida cama:
«Y hasta en las quiebras del monte
«Para tí brotan y saltan
«Ricos cordones de flores
«Que hasta tu cintura bajan.
«¡Sombra amiga en el desierto!
«¡Ancho puerto en la borrasca!
«¡Para el que sediento llega
«Arroyo de limpias aguas!
«¡Patria mia, donde un tiempo
«Mi dulce sueño arrullaban
«La voz dc tus arroyuelos
«Y el susurro de tus palmas!
«Donde al volver victorioso
«De las huestes castellanas,
«En las miradas de un ángel
«Mi mejor premio encontraba:
«Que en mi corazon caían
«Dulces, amorosas, blandas,
«Como el matinal rocío
«Sobre la rosa encarnada!
«¡Alá te guarde, Antequera,
«Del cristiano y de sus armas,
«Y tal sea tu fortuna
«Como es grande mi desgracia!
«¡A Dios, jardin de la vega:

«A Dios, rival de Granada:
«A Dios, quizá para siempre,
«A Dios, patria de mi alma!"
Calló el moro; y lastimero
El eco de la montaña
Repitió el triste quejido
De sus últimas palabras.
Poco despues, á lo lejos,
Se vió una ráfaga blanca
Cruzando los olivares
Y hundirse en una cañada:
Era el alquicel turquesco
Del moro que se alejaba
Tendido á todo el escape
De su yegua jerezana.

PARA UN ALBUM.

Rafaela, van seis veces
Que aquí me pongo á escribir,
Deseoso de cumplir
Como quiero, y tú mereces,
Y no encuentro qué decir.

Y no es porque tú no inspiras,
¿Quién piensa tales dislates,?
Que bastas tú cuando miras
A hacer resonar las liras
De dos docenas de vates.

Mas ¿qué queda que añadir
De ese tu blando mirar,

De tu discreto decir,
De tu dulce sonreir,
Y tu gracia en el hablar?

Tanto de tu rostro hermoso
Han dicho, y tu talle airoso,
Y de tu linda cabeza,
Que si hablo de tu belleza
Temo serte empalagoso.

Sé tambien que, con razon,
Te cansa la melancólica
Sempiterna descripcion
De las flores que en monton
Trae la manía bucólica.

Y es fácil de comprender
Que de flores tal acopio
Harte á mas de una muger;
Mas tú las debes querer
Siquiera por amor propio.

Ni una tiene la mañana
Más que tú linda y galana;
Y si no las quieres bien,
Quejosas de tu desden
Te llamarán «mala hermana."

Pero en fin, si no te inclinas
A rosas ni á clavellinas,
No me sirven, y es probado,
Con sus arbustos el prado,
Ni el monte con sus encinas.

Ni el arroyo, que agrupadas
Ve mil flores delicadas
Besar su corriente undosa
A la sombra cariñosa
De las frescas enramadas.

Ni de la tórtola amante
El melancólico arrullo,
Ni la brisa susurrante
Que de la selva distante
Trae el zumbador murmullo.

Ni entre mirto y mirabeles
Los afanados tropeles
De abejas que la flor pican
Y el blanco panal fabrican
De sus apretadas mieles.

Ni del ruiseñor que trina
Entre el aura matutina
Los gorgeos deliciosos,

Ni los giros caprichosos
De la alegre golondrina.

Nada ¡por vida de quién!
Pues que eso no le va bien
A tan linda criatura,
Dejo la floricultura
Y la zoológia tambien.

Pero tampoco á una dama,
Con pedante retintin
La he de hablar del Indio Brama,
Ni de la bélica fama
De Numancia ó San Quintin.

Ni sirve Numa Pompilio,
Ni ningun Cayo ni Marco;
Ni que dieran en mi auxilio,
Su Pio Eneas Virgilio
Y sus Varones Plutarco.

Ni oir guerras ¡San Pascual!
Nada gubernamental,
Si, como á mí, te da horror
La política interior,
Y hasta la internacional.

¿Murmuraré?.... Por lo ménos,
Y segun los profesores,
Da eso ratos muy amenos:
No; somos tú y yo muy buenos
Para ser murmuradores.

Yo te contaría un cuento,
Que alguno sé muy gracioso;
Pero ¡ca! si yo lo cuento
Perderá el ciento por ciento....
¡Soy yo tan poco chistoso!

Pues, señor, para acabar,
Pues no tengo de qué hablar,
Ni me ocurre qué decir,
Y no sé hacerte reir,
Tendré que hacerte llorar.

Mas no temas que á traicion
Arranque yo á tu afliccion
Hondo llanto de amargura,
No, sino aquel de ternura
Que refresca el corazon.

Te haré un recuerdo piadoso
Que á tu corazon le cuadre
Y que le parezca hermoso:

Un recuerdo cariñoso
De tu cariñosa madre.
Nuestro ruego uniendo así,
Pidámosla desde aquí
Que con ardiente suspiro
Ante el trono de zafiro
Al Señor rece por tí:

Y á la que tendió su vuelo
Sin mancha desde este suelo,
Y á la vil serpiente aterra,
Que vele por tí en la tierra
Desde su mansion del cielo.

Perdona á mis versos flojos
Si despiertan tus enojos:
Son de mi vida resabios;
Que mas que risas mis labios
Tuvieron llanto mis ojos.

Que hasta en las horas amadas
De las glorias alcanzadas
Del arte en las altas zonas
Las flores de mis coronas
Van con lágrimas regadas.

A MI SOBRINA LUISA.

Luisa mia, hoy es tu santo;
Y pues la pobreza ingrata
Lo que yo quiero no quiere,
Recibe, Luisa galana,
Esa imágen de la Vírgen
En blanco marfil tallada,
Que para el agua bendita
Tiene al pié una concha blanca.
Ella velará tu sueño:
Ella hará que con sus alas
Tu blanco lecho de vírgen
Cubra el ángel de la guarda.
Y cuando tu pura frente,
Como la azucena cándida,
Al despertar de tu sueño

Signes con el agua santa;
Despues que á la Vírgen pidas
Por tus padres de tu alma;
Despues que la recomiendes
A tu Leonor y tu Blanca,
Acuérdate de nosotros,
Y con cariñosa instancia
Envíe á Dios nuestros nombres
Tu purísima plegaria.—
Tambien yo rezo, hija mia;
Pero lágrimas amargas
Mas de una vez se confunden
Con mi oracion solitaria.
En tanto que de la Vírgen
A la celestial morada,
Desde tu alma inocente,
En inocentes palabras,
Tu ruego subirá puro,
Como á las etéreas salas
El aroma de las flores
En la brisa perfumada:
Como del rico incensario
Hasta el ara sacrosanta
El humo del blanco incienso
Vuela en nubecillas blancas.
Oh, sí, reza por nosotros;
Y la Vírgen soberana

Por las plegarias del ángel
Bendecirá nuestra casa.
Ven, ven, y dí, Luisa mia,
Con todo el fervor del alma,
Alzando tu pura frente
Y con las manos cruzadas;
«Dios te salve, María,
Llena de gracia;
El Señor es contigo,
Fuente sellada:
Bendita eres
Entre la muchedumbre
De las mugeres.
Los ángeles del cielo
Desde la altura,
Y en la estendida tierra
Las criaturas,
Aclaman juntos
De tu bendito vientre
Bendito el fruto.
Santa Madre del Verbo,
Intacto lirio,
Por nuestras muchas culpas
Ruega á tu Hijo:
Ruega ferviente,
Ahora y en la hora
De nuestra muerte."

PARA UN ALBUM.

Album, ya llegó la hora
De que en tí venga á escribir;
Pero no sé qué decir:
No conozco á tu Señora.
Sé que se llama Leocadia,
Y que es una criatura
Trasunto de la hermosura
De las pastoras de Arcadia.
Pues está todo sabido;
Que al ver su esmalte y color
Nadie pregunta á la flor
El jardin en que ha nacido.
Y cuando al jarron se asoma
Del gabinete templado,

Blandamente perfumado
Por su regalado aroma,
Todos ansiosos la miran;
Y en el galano portento
De sus matices sin cuentó
El pincel de Dios admiran.
Así la muger hermosa,
Cuando su frente levanta,
Nuestros sentidos encanta
Como la purpúrea rosa.
Es verdad que algunas crecen
Ostentando en su figura
Esa celeste hermosura,
Que por cierto no merecen:
Que con el propio dolor
Que causan juegan con calma;
Porque hay mugeres sin alma,
Como hay flores sin olor.
Pero no tú, bella niña;
Que sé yo que el que á tí llega,
Si al sol de tus ojos ciega,
De tu bondad se encariña.
Pues advierte, con razon,
Cuando en tus hechos repara,
Que como bella es tu cara
Es bello tu corazon.
Por esa senda dirije

Siempre tu planta gallarda,
Y que el ángel de la guarda
Con sus alas te cobije:
Y del orgullo á despecho,
Funda tu gloria triunfante
Mas que en tu lindo semblante
En la bondad de tu pecho.
Que huye la hermosura leda;
Mientras la bondad hermosa,
Como en su huerto la rosa,
Prendida en el alma queda.
Y no la llega á manchar
El mundo con sus desmanes,
Ni sus recios huracanes
Logran su tallo quebrar.
Ni la descolora el frio
De la edad, que el cuerpo pliega,
Porque la Vírgen la riega
Con su bendito rocío.
Ni al hombre son tan preciosas,
Ni dan alivio á sus penas
Como las mugeres buenas
Las mugeres mas hermosas.
Que si en las bellas se encierra
Del mundo un alto blason,
En cambio las buenas son
Los ángeles de la tierra.

A UN ARROYO.

Cansado vengo y sediento
Por esos picos desnudos,
Y entre las quiebras del monte
Tus limpias corrientes busco.
Sirviéndome van de guia
Estos tarayes y juncos;
Verdes y lozanos crecen;
Que tú estás cerca es seguro.
¡Ah, sí; ya veo tus chopos
Con su apacible susurro,
Y dulce suena en mi oido
Tu consolador murmullo!
¡Salve, cristalino arroyo,
Que cayendo en son confuso
A regar el prado bajas
Desde ese peñasco rudo:
Y no sobre negro cieno
Ni sobre guijarros duros,
Mas sobre limpias arenas

Sigues alegre tu rumbo!
No temas, no; aunque abrasado
Por mi ardiente sed acudo,
Verás que no te detengo
Ni tus corrientes enturbio.
¡Qué dulce sombra! ¡qué fresco
Corre el ambiente, y qué puro,
Robando al monte el aroma
De sus tomillos menudos!
¡Qué bello es ese remanso
Donde sosegado y mudo
Entre azucenas y mirtos
Vas deteniendo tu curso!
¡Y ese tapiz en que lucen
Los caprichosos dibujos
De las blancas manzanillas
Sobre el verdinegro musgo!
Y mas allá, en la ladera,
De amapolas un diluvio,
Que del agua llovediza
Guarnece los anchos surcos.
De tronco en tronco se extienden
Y forman pomposos muros
Las verdes hiedras que escalan
Esos álamos robustos.
Y esos castaños valientes,
Y esos nogales caducos

Hacen, juntando amorosos
Sus ramas hojas y frutos,
Magníficos pabellones
Que con su sombrage oscuro
Cariñosos te defienden
De los ardores de Julio.
Lucha el sol por sorprenderte
En tus solitarios gustos,
Mas te protegen las ramas
Y es de ellas al fin el triunfo.
Y las flores de tu orilla,
Inclinando sus capullos,
Mirándose están ufanas
En esos cristales puros.
No envidies del mar salado
El ronco bramar sañudo,
Ni de sus hinchadas olas
El atronador tumulto:
Ni la furia del torrente
Que hasta su lecho profundo,
Desde la escarpada sierra
Baja entre revueltos tumbos.
¿Cuánto es mas bello en tu márgen
Ir contando uno por uno,
Ora tus blancos almendros,
Ora tus lindos arbustos?
¡Y oir cómo dan al aire,

Sin temores importunos,
Sus trinos los ruiseñores,
La tórtola sus arrullos!
¡Y con la mente apartada
De los hombres y del mundo,
Sentir que vuelan las horas
Como ligeros minutos!
¡Ah! ¡Dios te salve, arroyuelo,
Del triste Diciembre y crudo,
Con sus hielos apretados
Y sus vientos iracundos!
A Dios, arroyo apacible,
A quien amante saludo:
Yo guardaré tu memoria
Entre el cortesano lujo:
Y hablaré de tí á las gentes;
Y recordaré con gusto
Esas flores y esas aguas,
Y esta sombra que disfruto.
Yo te cantaré, arroyuelo;
Y no con semblante adusto
Oirán referir las galas
Que darte al cielo le plugo:
Y si hay alguno que extrañe
Este mi humilde tributo,
Ni el sol le abrasó en los llanos,
Ni sed en el monte tuvo.

PARA EL ALBUM

DE LA

DISTINGUIDA PIANISTA

SEÑORITA DOÑA PENÉLOPE BIGAZZI.

Yo no sé, bella niña,
Cómo decirte,
Lo que tu gran talento
Al alma imprime
Cuando esos ecos
Arrancan al piano
Tus lindos dedos.

Solamente de un modo
Puedo explicarme,
Y en tu nativa lengua
Hallo la frase:
Sí, que el oirte
E gioia che si sente
E non si dice.

Mágicas armonías,
Tristes ó alegres,
El instrumento herido
Brota á torrentes;
Que en esas teclas
La risa como el llanto
Tu mano encuentra.

Cuanto el cielo y la tierra
Juntos combinan
De inexplicables sones
Y melodías,
Tú los conciertas,
Y en raudal de dulzuras
Al alma llega.

Tú tienes de la noche
Las armonías
Que vagas y lejanas
Inciertas giran,
Y se deshacen,
Cuando en alas del viento
Cruzan el valle.

Y esos tiernos gemidos
Que nadie acierta
Si adormida entre flores

Los da la tierra,
O si al reflejo
De la pálida luna
Bajan del cielo.

Y la voz de la fuente
Que suena blanda
Y de Julio refresca
La ardiente calma,
Entre el murmullo
De las altas palmeras
Y los arbustos.

Y el rumor del arroyo
Que alegre corre
Por la tersa pradera
Besando flores,
Cuando amorosas
Las frescas enramadas
Le dan su sombra.

Tú á los tendidos mares
La voz arrancas
Cuando desatan fieros
Sus ondas bravas;
Y á tu albedrío
Del huracan encuentras
El ronco grito.

Tú misma, bella niña,
Tú misma ignoras
Lo que oyendo tus cantos
Del alma brota.
¿Cómo explicarte
Que hay veces que al oirte
Pienso en mi madre?

Si á Bellini repites
Con su ternura,
Al corazon abierto
Que ansioso escucha
Recuerdos vienen
Que, cuando Dios quería,
Eran alegres.

Memorias de la infancia
Tal vez despiertas
Que del alma en el fondo
Confusas ruedan;
Y allí las horas
De mis noches de triunfos
Tambien se agolpan.

Y oyéndote me olvido
De mis tristezas,
Y blandas y calladas
Las horas vuelan:

Mas de un instante
De consuelo me has dado;
Dios te lo pague.

Tu madre allá en el cielo
Pida á la Vírgen
Para su niña amada
Dias felices:
Dios te bendiga;
Y los hombres te llamen
La noble artista.

EL 2 DE FEBRERO.

IMPROVISACION.

Era una hermosa mañana
Templada, serena y pura,
Que Abril y Mayo floridos
Pudieran tener por suya.
En el azul trasparente
De las celestes alturas
El sol radiante brillaba
Limpio de nubes y brumas.
Las frescas auras volaban
Entre las ramas desnudas,
Como entre rosas y lirios
En la primavera cruzan;
Y embalsamadas venian
De la distante espesura

En los tomillos del monte,
Del fresco valle en las juncias:
Que despojado el invierno
De su rigidez adusta,
Tomar parte parecía
En la general ventura.
Y el clamor de las campanas,
Y la algazara confusa
Del ronco oleage inquieto
De las apiñadas turbas;
Y el militar aparato
Entre las marciales músicas,
Y la voz de los cañones
Que poderosa retumba,
A Madrid alborozado
Con grato estrépito anuncian
Que vuelve á cruzar sus calles
La noble Isabel Segunda.
Héla allí; vedla; radiante
De bondad y de dulzura,
Madre feliz, bendecida
Del Pueblo que la circunda,
Con la diadema en la frente,
Sobre sus hombros la púrpura,
Hermosa como ella sola
Y feliz como ninguna,
Piadosa va al templo santo

A presentar con fé suma
Ante la Vírgen sin mancha
El fruto de su ternura.
Mas ¿qué sucede? ¿Qué pasa?
¿Por qué el contento se turba,
Y en confuso remolino
Allí las gentes se agrupan?
¡Horror! ¡Infamia! ¡La lengua,
Que la indignacion anuda,
Se niega á nombrar un crímen
Que el corazon atribula!
¡Aquí!... ¡En España!... ¡En la tierra
De la lealtad mas pura;
Donde ser dama es bastante
Sin los timbres de la cuna,
Hay un hombre tan villano
Que en su ceguedad sañuda
Del regicida cuchillo
Alza la traidora punta
Sobre una noble Matrona
Que, entre su pueblo segura,
Por ser Reina y por ser Madre,
Era dos veces Augusta!!!
¡Y era español! ¡Y ministro
De un Dios de paz y dulzura,
Que quebrantando piadoso
Las infernales astucias,

Y predicando clemencia,
Y mansedumbre, y blandura,
Y dando su propia sangre
Por salvar sus criaturas,
En las cumbres del Calvario
El cáliz amargo apura,
Y las sombras de los siglos
Lámpara inmortal alumbra!!!
¡No, no es verdad: lo rechaza
La voz de España robusta:
Ni español, ni sacerdote
Es quien su honor así injuria!
No temas, noble Señora;
Esas horas de amargura
Y de honda pena, pasaron
Y para no volver nunca:
Que esas plantas venenosas
De raza bastarda, impura,
Ni el suelo español las cria,
Ni nuestro sol las fecunda.
Y si por desgracia nuestra
Alzarse miramos una,
Al caer llevó consigo
Todo el veneno á la tumba;
Como la planta rastrera
Que brota y perece oscura
Entre el cieno solitario

De la sombría laguna.
Vuelve la vista á ese Pueblo
Que en torno de Tí se agrupa
Y llorando de alegría
Cariñoso te saluda.
Esas miradas ansiosas
¿No adivinas lo que buscan?
Por la Hija de tu alma
Por tu Isabel te preguntan.
Contémplalos: ricos, pobres,
De estirpes altas y oscuras,
Sin partidos, sin recuerdos
De las rencillas caducas,
Todos se agolpan con ánsia,
Y al verte claman á una:
«La Reina está con nosotros;
Gloria al Dios de las alturas.»
Y en esos arcos triunfales,
Y en esos himnos que escuchas,
Y de perfumadas flores
En esas vistosas lluvias,
Mira, oh Reina, las señales,
Muy débiles aunque muchas,
Del cariñoso entusiasmo
Que á la España entera inunda.
¡Oh, no temas; no, Señora;
Que las horas de amargura

Y de honda pena, pasaron
Y para no volver nunca!
Bajo su noble estandarte,
Que cien victorias ilustran,
Con su bien templado acero
Tu España leal te escuda.
Y con el favor del Cielo
Ella hará, y con su bravura,
Que en los hijos de tus hijos
Tus virtudes reproduzcas.

AL NATALICIO DEL PRÍNCIPE DE ASTURIAS.

Un dia..... funesto dia
Que mil madres llorarán,
Cruzó una palabra impía
De las cumbres de Arlaban
A la bella Andalucía.
Guerra, guerra resonaba
Por los ámbitos del viento;
Y el ronco cañon tronaba;
Y así la España clamaba
Desolada y sin aliento:
«¡Hijos mios! ¡De consuno
En dos bandos contra mí!!
¿No habrá piedad en ninguno?
¡Oh! ¡Fuera cobarde el uno!
¡Murieran menos así!

«Mas no, sus ecos impíos
Lance una vez el cañon,
Y sangre correrá á rios.....
Yo los conozco ¡hijos mios!
Y todos valientes son.»
El pronóstico cumplieron
Seis años de sangre y luto;
¡Muchas lágrimas corrieron!
Muchos valientes cayeron
De la discordia en tributo!
Al fin una paz honrosa
Cortó la sangrienta riña;
Que era, por Dios, triste cosa
Blandir la lanza sañosa
Contra una inocente niña.
Hoy aquella tierna flor
Fruto da nuevo y lozano,
Y le confia al amor
Y al siempre heróico valor
De su pueblo castellano.
Y álzase España anhelante
Tras tantos males prolijos,
Y de esperanza radiante,
Mostrando al augusto infante,
Así le dice á sus hijos:
«Vedle: nos le envía el cielo,
Nuncio de paz y consuelo

Tras de tantas desventuras:
¡Gloria á Dios en las alturas
Y paz al hombre en el suelo!
¡Oh, no á su nombre hará agravio,
Tengo conviccion profunda,
Cuando aprenda de mi labio
Que es nieto de Alfonso el Sabio
E hijo de Isabel Segunda.
A enriquecer su memoria
De los que usaron su nombre
Venga la brillante historia,
Y entre recuerdos de gloria
Aprenda el niño á ser hombre.
Ni tengo ya qué temer
Si un dia contra nosotros
Viniera extraño poder,
Que á mí me basta saber
Que sois mis hijos vosotros.
Ni altos conceptos ni ardientes
Para inflamar vuestros pechos
Necesitaré elocuentes:
¡A una raza de valientes
Se le recuerdan sus hechos!
Y á los hechos sobre-humanos
De vuestros fieros hermanos
No hay un rincon que se cierre,
Del cabo de Finisterre

Hasta los mares indianos.
Y allá por tierras lejanas,
Sin temer hambre ó cansancio,
Clavaron sus partesanas
Nuestras barras catalanas
En las puertas de Bizancio.
Cubierta con su paves,
En cien batallas campales,
Ví yo al coloso frances
Las águilas imperiales
Dejar de alfombra á mis piés.
Que cien pueblos se levantan,
Y en vano el frances ahinca;
Y aquellos hechos que espantan,
Gerona y el Bruch los cantan,
Y el Ebro, el Bétis y el Cinca.
Mas si la española historia
Llenais con vuestra bravura,
No aparteis de la memoria
Que con la guerrera gloria
Se hermana bien la ternura.
Tambien cantaron de amor
Las arpas de la Provenza,
Al ostentar su valor
Los Berengueres de Entenza,
Y los Rogeres de Flor.
Y humillaros no temais

Al tender nobles las manos,
Si cuando á hacerlo llegais
Con las manos encontrais
De cariñosos hermanos.
Y será gloria mayor,
Tras tanto fiero quebranto,
Del Príncipe en rededor,
De fraternidad y amor
Alzar el lábaro santo.
Mas si os obligan, marchad,
Y el grito de guerra alzad:
Libertad y Alfonso sea,
Como fué en otra pelea
Isabel y Libertad.

UN BARCO.

SONETO.

¡Vedle, allí va; con la cortante quilla
Rompiendo el agua que espumante brota,
Tras nuevas playas de region remota
Veloz se aleja de la patria orilla!
Del ronco mar que asalta su escotilla
Y ambos costados con furor le azota
Al rudo empuje, hasta las nubes bota,
O en el fondo sin fin su casco humilla.
Audaz rompió las importunas trabas
Con que en tu seno, oh mar, hondo, encubierto,
Las encorvadas anclas sujetabas;
Y hora sin senda ni camino cierto,
¡Allá va el barco entre las hondas bravas!....
¡Que Dios le lleve al abrigado puerto!

A UNA FUENTE.

SONETO.

Del sol de Julio la encendida llama
Lanza del cielo su raudal ardiente,
Y en desbordado abrasador torrente
Por los abiertos campos se derrama:
Y cuando el aire á su calor se inflama,
Y seco llega á mi abatida frente,
Tú te reclinas, solitaria fuente,
De frágil musgo en la mullida cama.
Yo caminante, que en mitad del día,
Bajo la encina á cuyo pié murmuras,
Llego á beber en tu corriente fría
De ardiente sed á las instancias duras,
Eterno llevo en la memoria mía
Dulce recuerdo de tus aguas puras.

DOS AÑOS DESPUES.

SONETO.

Este es el manso rio y sosegado
Que á mi adorada Elvira retrataba;
Aquel el montecillo que se alzaba
De rojas clavellinas coronado.
La senda es esta en que mi dueño amado
En mis amantes ojos se miraba;
Aquí las veras de mi amor pagaba
Con uno y otro beso regalado.
Estos son los de flores guarnecidos
Campos de soledad, cuyas umbrías
Pasar nos vieron con cariño unidos:
Aquí fueron mis dulces alegrías:
Vosotros aquí estais, sitios queridos;
¿Dónde están ¡ay dolor! aquellos dias?

A LA TUMBA DE CALDERON,

el dia despues de la muerte de Espronceda.

SONETO.

Perdona, Calderon, si lleva inciertas
Mis voces hasta tí la pena mía,
Que traigo á saludar tu tumba fría
Hondas heridas en el alma abiertas:
La avara sepultura abrió sus puertas,
Y el noble amigo que mi amor tenía
Que yo abrazaba cuando Dios quería,
Ya no me tiende, no, sus manos yertas.
Acoge tierno en la morada santa
Al sol caido en su lozana aurora;
Díle que solo en desventura tanta
Lágrimas tengo que ofrecerle ahora:
Que si al recuerdo del dolor se canta,
Ante la causa del dolor se llora.

A CRISTO EN LA CRUZ.

SONETO.

A la asombrada tierra en anchas gotas
Llega la sangre que á su bien destinas,
Y humilde en ese leño te reclinas,
Tú que la tempestad riges y azotas:
Las nobles palmas por los clavos rotas,
Coronado de bárbaras espinas,
La frente ilustre ante tu hechura inclinas,
Y en tu propia bondad tu acero embotas.
¡Perdon, mi Dios! y templa tus enojos
Viendo á los hombres, que en su imbécil saña
Sobre tu sien pusieron los abrojos
Y entre tus manos la irrisoria caña,
Levantar hoy los espantados ojos
Con torpe miedo á contemplar su hazaña.

EL SOL PONIENTE.

SONETO.

Siguiendo el curso de tu real costumbre,
Luciente Sol, á quien el orbe acata,
Plegando vas tu manto de escarlata,
Flotante ha poco por la azul techumbre:
Salvar te miro la lejana cumbre
Que á mis cansados ojos te arrebata,
Y allá por otros mundos se dilata
Tu rica luz con noble mansedumbre.
Ya ni las auras que los huertos rizan,
Ni de la nieve cándida los ampos,
Ni las flores galanas que matizan
La verde alfombra de los verdes campos,
Alegrarán, ó Sol, el alma mía;
Tú te llevas la luz y la alegría.

Á SEVILLA.

SONETO.

Lleva hasta el borde de tu régio manto
Riquezas mil el Bétis en su espalda,
Y el alto bergantin llega á la falda
De tus cerrados montes con espanto:
Brotan de flores á tus piés en tanto
Pintados bosques de carmin y gualda,
Y altiva centinela tu Giralda
Los restos guarda del monarca santo.
Con tu gala y poder dándome enojos
Haces que el alma al recordar se aflija
De mi pobre Castilla los abrojos;
Pero un ejemplo tu altivez corrija;
Vuelve, Sevilla, tus soberbios ojos,
Y en las ruinas de Itálica los fija.

A UNA NUBE.

SONETO.

¡Qué hermosa vas del huracan violento,
Nube ligera, en las tendidas alas!
¡Qué rauda cruzas las etéreas salas
Cambiando formas á merced del viento!

Del sol poniente al rayo macilento
Cándida brillas y á la nieve igualas,
Y embebecido en tus lucientes galas
Te sigue con afan mi pensamiento.

Así tambien del fuego en que aun me abraso
Al empuje febril, mi fantasía
Ciega y brillante se entregó al acaso:

Y tambien vió caer su hermoso dia;
Y el sol de la esperanza en el ocaso
Tambien su última luz al alma envía.

UNA LÁGRIMA.

SONETO.

¡Oh cuán hermosa y llena de dulzura
Brillar te miro, lágrima querida,
Del párpado entreabierto suspendida,
Blanda, elocuente, cristalina y pura!
¡Mucha pena ¿verdad? mucha amargura
Guardaba allá en sus senos escondida
Al despedirte el alma dolorida,
Hija de su cariño y su ternura!!
Adios, prenda de paz y de consuelo;
Estrella que benéfica aparece
A templar los dolores de este suelo;
Vuela con esa brisa que te mece,
Y deshecha en vapor vuélvete al cielo,
Que este mundo sin fe no te merece.

A ELVIRA

SONETO.

Su curso el sol detiene embebecido
Por contemplar, mi Elvira, tu hermosura;
Y al pisar de los campos la verdura
Brota la flor bajo tu pié pulido:
Cantas, mi Elvira, tú, y huye corrido
El ruiseñor del bosque á la espesura;
Y envidian de tu aliento la dulzura
Las blandas auras del jardin florido.
Ven, ángel mio, ven, mi flor galana;
Tú sola calmas mi angustioso anhelo;
Los dulces bienes que tu labio mana
Bajando en tus palabras de consuelo,
No pensamientos de la mente humana,
Recuerdos son de tu querido cielo.

UNA FLOR.

SONETO.

¿Ves esa pobre flor, hoy deshojada,
Al pié del tallo donde ayer lucía
Y al soplo de las auras se mecía
De su propia hermosura enamorada?
Mañana, cuando el viento de pasada
Cruce este huerto en que brillar solía,
De extraño valle á la ribera umbría
Irá del torbellino arrebatada.
Así del alma las queridas flores,
Que amor cuidó con cariñosa mano,
Brillaron con sus mágicos colores:
Y ya han perdido su verdor lozano,
Como perdió su gala y sus primores
La pobre flor que marchitó el verano.

ADIOS AL VERANO.

SONETO.

Adios, dulce estacion; ya mis dolores
En tí no encuentran esperanza alguna,
Huye con tu belleza y tu fortuna,
Con tus noches de músicas y amores.

Huyan tu limpio cielo y sus primores,
Que plácida retrata la laguna;
Tu sol ardiente, tu tranquila luna,
Y esa tu alfombra de encendidas flores.

¿Qué á mí tus galas ni el aroma tierno
Que por los aires con tu aliento envías
Si no consuelas mi dolor eterno?

Mejor hermanan con las penas mías
Las tristes horas del pesado invierno,
Sus largas noches y lluviosos días.

NOCHE SIN SUEÑO.

SONETO.

Al corazon con ímpetu violento
La sangre hirviendo y á torrentes carga,
Y me sofoca, y el aliento embarga,
Y yo propio mis penas alimento:
Partirse el alma entre sollozos siento,
Del bien perdido á la memoria amarga,
Y en el silencio de la noche larga
Hora tras hora con angustia cuento.
Y raya el día, y sus albores rojos
Me irritan y acrecientan mi despecho;
Y sigue el corazon con sus enojos
La lucha horrible que desgarra el pecho;
Y al fin, sin una lágrima en los ojos,
Rendido caigo en el revuelto lecho.

A ELVIRA.

SONETO.

Yo te idolatro si en tu linda cara,
Dulce y risueña, mi fortuna auguro:
Yo te idolatro si tu ceño duro
En brazos del dolor me desampara.
Si un ángel fuese dable que engañara
Y burlases mi fe con labio impuro,
Por ser tuya no mas, yo te lo juro,
Tu misma ingratitud idolatrara.
Si el cielo, el mismo cielo, Elvira mía,
En su libro inmortal escrito hubiera
Que yo te tengo de olvidar un día,
Mi corazon al cielo desmintiera;
Y este amor, que sus fallos vencería,
Lo propio que escribió borrar le hiciera.

EN LA MUERTE DEL EMINENTE ACTOR
CARLOS LATORRE.

SONETO.

¡Todo acabó; la gloria y su dulzura,
Y el noble afan, y el entusiasmo ardiente,
Y el levantar la creadora mente
Sobre el mísero mundo y su amargura!
¡El eco aún de los aplausos dura
Que le rindió la alborotada gente,
Y aquella noble y despejada frente
Esconde ya la avara sepultura!
A Dios, Cárlos, á Dios: mientras severo
El canto de cien vates tus loores
Se prepara á entonar, y con esmero
Tu corona á teger, rica en colores,
Yo, discípulo, amigo, y compañero
Regaré con mis lágrimas sus flores.

SONETO.

Traducido libremente del Petrarca.

Bendito sea el año, el mes, el día,
Y la estacion, y el tiempo, el punto y hora
En que ese tu mirar, gentil señora,
Robó mi libertad y mi alegría;
Bendito aquel afan que el pecho hería,
Y el no menos cruël que siente ahora,
Y los dolores todos que atesora
En su seno mas hondo el alma mía.
Y bendita mi voz cuando se emplea
En proclamar tu nombre idolatrado
Entre los sueños que el delirio crea;
Y en mis años mejores derribado,
Que mi muerte tambien bendita sea
Si ella te hace feliz, dueño adorado.

AL CORAZON.

SONETO.

Sí, pobre corazon, sí, ya has caido
De aquella altura en que solías verte,
Y avara deshojó contraria suerte
La flor mejor de tu jardin querido.
En esta triste soledad perdido,
Sin porvenir que tu vigor despierte,
¿Qué importa, corazon, ser por la muerte
En tu lozana juventud herido?
El instante supremo desafía;
Pero con calma que te llegues quiero
Al borde oscuro de la tumba fría,
Pensando al afrontar el trance fiero,
Que de esta vida amarga el postrer dia
De otra vida mejor es el primero.

SONETO.

Traducido libremente del Dante.

Tan donosa y gentil va mi adorada
Cuando rica de gracias aparece,
Que tiembla toda lengua y enmudece,
Y los ojos humillan su mirada.
Modesta se retira y sonrojada
Cuando se oye alabar como merece;
Y maravilla celestial parece
A embellecer la tierra destinada.
Una inefable, plácida dulzura
Con su blando mirar al alma inspira,
Que mal quien no la vió sentir procura;
Y entre sus labios cariñosos gira
Un no sé qué, tan lleno de ternura,
Que está diciendo al corazon... «suspira».

SONETO.

Roto está el lazo, y para siempre roto,
Que tú apretaste con amante orgullo:
De la esperanza se agostó el capullo;
Tu fácil corazon rompió su voto.

La torpe adulacion recio alboroto
En tu alma levantó con su murmullo;
Sigue adormida á su falaz arrullo,
Y no hallarás á tus desmanes coto.

Adios, por siempre adios, de mis amores
Adorada ilusion, estrella mía;
Ella te derribó con sus rigores.

¡Pobre muger! No envidio su alma fría;
Ni toda mi amargura y mis dolores
Por su impudente calma trocaría.

SONETO.

¡No mas sufrir, ni con humilde queja
En mi pasion desatinada y loca
Busque la huella de tu pié mi boca!
Vil es aquel que envilecer se deja.
La triste luz de la verdad refleja
En mi alma, y la pena me sofoca;
Pero á su fin mi desventura toca
Mientras de mí tu liviandad te aleja.
Ultimas son de mal pagado llanto
Estas que ardientes en mi rostro miras
Lágrimas de dolor y de quebranto:
Tú de mis ojos el cendal retiras;
Que á deshacer mi vergonzoso encanto
Tú con tu fea ingratitud conspiras.

AL SUEÑO.

SONETO.

Ven á mís ojos, ven, tranquilo sueño,
Y entre tus lazos mágicos dormido,
Un instante siquiera dé al olvido
De la enemiga suerte el torvo ceño.
Ten de mí compasion, y tu beleño
Derrame en este pecho dolorido:
Alguna tregua al corazon herido
Al ansia encuentre de su loco empeño.
Deja al que del amor ganó la palma
Y, avaro de su bien, puede temerte,
Pues pierde en goces lo que gana en calma;
Y acude al infeliz que agradecerte
Sabrá en lo mas profundo de su alma
El tiempo que le iguales con la muerte.

PARA UN ALBUM.

SONETO.

Album precioso, que á mis manos vienes
En busca de una flor, de las que cría
El jardin de la dulce poesía,
Para aumentar las que en tus hojas tienes:
¿Qué te podré yo dar si á los vaivenes
De la suerte postrada el alma mía
Solo suspiros á la lengua envía
Y sus lágrimas son todos sus bienes?
Album, con esa dama que te espera,
Si es una flor lo que apetece ahora,
Que tú me ayudes á cumplir quisiera:
Lleva un espejo á tu gentil Señora,
Y él le dará en su imágen hechicera
La flor mas linda que el abril colora.